

A las fuentes de los Equipos de Nuestra Señora



A LAS FUENTES DE LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA

Textos fundacionales del Movimiento

EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA - Noviembre 1987
Patrocinado por la Fundación Santa María

INDICE

Introducción (Jean Allemand) (Traducción Annie Hurlot).....	5
Dios, primer amado (1945) (Henri Caffarel) (Traducción Annie Hurlot).....	18
Un Deber desconocido (1945) (Henri Caffarel) (Traducido en su día en Barcelona).....	20
La Carta Fundacional (1945) (Henri Caffarel y un grupo de hogares).....	23
Carta de los Equipos de Nuestra Señora.....	25
Vocación e itinerario de los Equipos de Nuestra Señora (1959) (Henri Caffarel) (Traducción Annie Hurlot).....	37
Los Equipos de Nuestra Señora al servicio del Nuevo Mandamiento (1956) (Henri Caffarel) (Traducido en su día en Barcelona).....	55
Discurso de Pablo VI a los Equipos de Nuestra Señora (4 de mayo de 1970), con presentación de Henri Caffarel.....	72
Los Equipos de Nuestra Señora frente al ateísmo (5 de mayo de 1970) (Henri Caffarel) (Traducido en s/ día en Barcelona)	87
A Dios (1973) (Henri Caffarel) (Traducido en s/día en Barcelona).....	107
¿Qué es un Equipo de Nuestra Señora? (1976) (Equipo Responsable de los ENS).....	111
Epílogo: Hacia el porvenir (Jean Allemand) (Traducción Annie Hurlot).	118

1

Introducción

Dice Charles Péguy que un árbol no crece mucho ni extiende sus ramas si «sus raíces no son profundas». El árbol de los Equipos de Nuestra Señora ha puesto de manifiesto su vitalidad. Resulta instructivo buscar en las capas profundas donde se alimenta. Esta es la idea que ha llevado a hacer esta recopilación de «textos fundacionales», que son en su mayor parte del Padre Henri Caffarel. El fue quien tomó la iniciativa, hace ya casi cincuenta años, de reunir unos hogares para reflexionar con ellos sobre el sacramento del matrimonio y sobre la vida conyugal. El fue quien siguió el desarrollo de la pequeña simiente, quien llevó esta preocupación en su espíritu, en su corazón y en su oración. El fue quien marcó las grandes etapas de su crecimiento, atento a la conducta del Espíritu.

Pero para captar, en el Espíritu, el sentido de estas páginas fechadas, no resulta inútil volver a seguir los grandes rasgos de los Equipos de Nuestra Señora, de su nacimiento y de su crecimiento. Los textos que siguen, bien situados en esta historia, tomarán así todo su relieve. Recordando la acción de Dios en el Movimiento, nos preparamos para acoger su designio sobre el porvenir. Esta es la meta principal de este pequeño libro. Vueltos hacia la fuente con la intuición primitiva, podremos ir adelante con valor y confianza.

UNA ÉPOCA FAVORABLE

No hubo generación espontánea. La pequeña simiente cae en tierra preparada. Hace varios años ya que el suelo cristiano se ve arado por gente que quiere desarraigar el matrimonio. Unos teólogos estudian el

sacramento. M.J. Scheeben, el precursor, Dietrich Von Hildebrand, el Padre Carré... Unos filósofos se interrogan sobre el amor humano. Madinier, Lacroix, Thibon... Gente casada toma conciencia de que este amor, santificado por un sacramento, es fuente de vida y de gracia. Pierre y Mireille Supouey, A. Christian cuyo libro, «Este sacramento es grande», tiene mucha influencia. Se van organizando tímidamente los primeros ejercicios para matrimonios. Parejas se agrupan para buscar juntos cómo vivir cristianamente el estado conyugal. Empieza una época que va a causar mucha efervescencia dentro de la Iglesia, alrededor del matrimonio. Dentro de este contexto nace y crece la iniciativa del Padre Caffarel.

EL PRIMER EQUIPO (1939)

El Padre Caffarel habla muchas veces de estos principios modestos. El está en París. Una mujer va a consultarle acerca de su vida espiritual. Luego conoce a su marido. Esta primera pareja le da a conocer a otras tres parejas jóvenes deseosas de vivir también una vida cristiana íntegra. La chispa surge: «¿Por qué no nos reunimos para investigar juntos sobre el matrimonio cristiano?» Así, el 25 de febrero de 1939, en casa de uno de los hogares, los cuatro matrimonios se encuentran con el Padre Caffarel. Así nace el primer Equipo. Toma el nombre de «grupo Nuestra Señora de todas las Alegrías». Esta iniciativa que surge de una necesidad difusa se va a ver llamada a un gran porvenir.

LA PAREJA, ESTA DESCONOCIDA

¿De qué hablaron durante esta primera reunión? Por suerte tenemos su reseña, que merece encabezar esta antología. Dentro del desorden de las ideas que se van lanzando sobre el tapete, surge una constante: el amor, y más concretamente, el amor dentro del matrimonio. Santificado por un sacramento. Imagen del amor trinitario. Fuente de santidad y de fecundidad. De esta manera va surgiendo la intuición central que va a tener como fruto lo que se va a llamar la «espiritualidad conyugal»: la gente casada está llamada a santificarse, no a pesar del matrimonio, sino dentro y por el matrimonio. Nos cuesta

hoy captar la novedad de esta afirmación, ya que nos beneficiamos de casi cincuenta años de reflexión y de práctica sobre esta espiritualidad conyugal. Aunque muchos ni siquiera la perciben y aunque no esté implantado del todo en la conciencia de la Iglesia. Es aún tierra ignorada que hay que descubrir. Adaptando un título célebre, no resulta exagerado decir: la pareja, esta desconocida.

«UN GRAN MISTERIO»

La intuición primitiva del Padre Caffarel surge dentro del contexto de una religión individualista y voluntarista. Los cristianos cumplen con unos deberes religiosos para estar moralmente en regla. Marido y mujer llevan su vida cristiana paralelamente; ésta se puede llevar a cabo con fervor, pero es cosa privada, de la que no hablan entre sí. El gran descubrimiento del Padre Caffarel con estos hogares jóvenes que recurren a él es la primacía del amor dentro de la pareja.

Como él mismo lo explica, su propio caminar le había preparado para ello. Con veinte años, había descubierto que la religión es una relación de amor con Cristo, lo cual resultó decisivo para su vocación. Y he aquí que tiene delante a unos matrimonios jóvenes con un amor totalmente nuevo. Hoy se alegra de haber descubierto el matrimonio con estas parejas mejor que dentro de un ministerio parroquial donde se encuentra sobre todo a individuos y más problemas que grandezas acerca del matrimonio. Mirando a estos matrimonios jóvenes, percibió el amor conyugal con toda su frescura primaveral, su dinamismo y su buena voluntad.

Cerca de ellos surgió la luz: la relación de amor del hombre y de la mujer, que fundamenta la realidad específica de la pareja, es a la vez reflejo del amor que está en Dios, participación en este amor y camino hacia él. Es todo el sentido del sacramento del matrimonio, este «gran misterio» del que habla San Pablo (Ef.5, 32). Los casados no tienen que buscar otro camino de santificación que su amor, acogido y transfigurado por el amor divino.

No nos engañemos. Este amor no los cierra sobre sí mismos. Al revés, les da fuerzas para la misión que es especialmente suya. Ayudados por su amor de pareja, van a procrear y educar unos hijos, llevar a cabo unas actividades profesionales, comprometerse al servicio

de la ciudad de los hombres. «No es a pesar de mis cargas familiares, sino precisamente porque yo era esposo y padre, por lo que me he comprometido en este conflicto», escribía un miembro de los Equipos, salvado de los campos de concentración. Incluso si trabajan cada uno por su lado, marido y mujer se entregan como pareja a las distintas tareas que les requieren. Toda su vida activa tiene forma conyugal.

De esta manera, amándose cada vez más, en cuerpo y alma, y cumpliendo con la misión de su amor, van avanzando hacia la santidad. El Padre Caffarel gusta de repetir que el matrimonio es darse el uno al otro para darse juntos a los demás. Este descubrimiento fue entonces una revolución silenciosa que todavía está lejos de haber dado todos sus frutos. Hoy nos conviene volverla a encontrar con toda su frescura original.

«OH NOCHE, TU QUE ME HAS GUIADO»

Esta intuición encierra otra que rápidamente descubre el Padre Caffarel: el paralelismo entre las dos relaciones de amor, la del ser humano con Cristo y la de los casados entre sí. Las dos tienen igual evolución. Después de la alegría del encuentro, un día llega la prueba de la noche y de la ausencia aparente: ya no siente uno que ama, ni se siente amado. Entonces se trata de ser fuerte en la fe y en la fidelidad hasta que el alba aparezca. En lo que concierne a la relación de amor del cristiano con Cristo, este caminar se ve descrito con una gran precisión por San Juan de la Cruz, poeta y doctor de la «noche oscura». Se puede decir otro tanto sobre la relación de amor del hombre y la mujer unidos por el sacramento del matrimonio: se enfrentan con crisis en las que el amor parece dejar de existir. Pero es simplemente que este amor se ve invitado a purificarse del egoísmo que siempre le amenaza para progresar hacia las zonas profundas del ser. El rechazo a pasar por «la noche» significa para el amor humano -como por el amor a Dios- renunciar a crecer y a llegar a todo su desarrollo.

«SI EL GRANO NO MUERE... »

Así aparece el germen primitivo, lleno de tan prometedoras cosechas. ¿Qué es lo que va a asegurar su desarrollo? Primero un

conjunto de medios concretos que van a encarnar en lo cotidiano de la vida el ideal entrevisto. El Equipo (que entonces se llamaba grupo), con su reunión mensual es el primero de estos medios: el Equipo aporta la ayuda mutua en todos los terrenos. Es, antes que la letra, el descubrimiento de la importancia de la «comunidad de base». El contenido de la reunión comporta ya lo esencial: comida, oración, intercambio. El hogar recibe también unas «reglas» para su propio progreso, sin que se pueda determinar exactamente el orden de su aparición: Participación en la misa, oración en familia, un cierto intercambio que aún no tiene el nombre de «deber de sentarse... »

Pero existe una acción más secreta que hoy subraya el Padre Caffarel: se trata de las pruebas. En el cristianismo, la fecundidad de la Cruz marca todas las obras divinas. «Si el grano caído en la tierra no muere, no da fruto» (Juan 12, 24). La cruz está presente en los hogares durante estos primeros años. Es la guerra y la ocupación. Tiempos de restricciones: no se come lo suficiente. Tiempos en que la muerte amenaza: arrestos y deportaciones. Habría que evocar las noches enteras de oración de los hogares que tiemblan por un ser querido. A esto hay que añadir ciertos problemas más personales de algunos dirigentes. Y la vida ofrecida generosamente por algunos miembros de los primeros grupos para el movimiento que nace. La fecundidad espiritual del sufrimiento unido al de Cristo explica la vitalidad de la planta joven y prepara el crecimiento rápido que va a seguir.

DIOS, EL PRIMER AMADO (1945)

En efecto, al terminar la guerra, los «grupos de hogares» se multiplican. No queremos aquí describir su expansión. Intentamos más bien captar el alma que le da vida, a través de los escritos que nos quedan. A partir de 1942, los grupos parisinos empiezan a sembrar en provincia. La idea de un boletín aparece para mantener un contacto entre ellos. El primer número sale en octubre de 1942. Se titula: «Carta a hogares jóvenes». En 1945, y en vista de la creciente expansión, aparece un boletín policopiado: «Grupo Nuestra Señora de los Hogares». El 25 de diciembre de este mismo año, se puede leer el primer editorial firmado por el Padre Caffarel. Es breve, pero marca muy bien la orientación esencial del Movimiento: «Que Dios sea en su casa el primer buscado, el primer amado, el primer servido». Y la

condición: «Amaos». Se trata de operar la simbiosis y la sinergia de dos amores: el amor mutuo y el amor a Cristo, el primero dependiendo del segundo en la pareja cristiana.

EL «DEBER DE SENTARSE» (1945)

En este mismo año 1945, una revista nace: «L' Anneau d'Or (el Anillo de Oro). *Cuadernos de espiritualidad conyugal y familiar*. Lanzada por el Padre Caffarel, como su subtítulo lo indica, esta revista pretende una investigación similar a la de los «grupos de hogares» en otro terreno. Revista y grupos van a caminar a la par ayudándose mutuamente. La revista, con sus artículos y sus testimonios, es un instrumento que se les ofrece a los hogares para comprender mejor y vivir mejor la espiritualidad conyugal. Los grupos forman como un laboratorio experimental de esta espiritualidad del hogar cristiano que la revista da a conocer ampliamente.

En el *L'Anneau d'Or* de noviembre de 1945 aparece un editorial llamado a ser muy conocido: «Un deber desconocido». El Padre, a partir de un texto de San Lucas, inventa el «deber de sentarse», que se va a convertir en una de las obligaciones fundamentales para los hogares del Movimiento. Ponerse juntos, marido y mujer, bajo la mirada del Señor para preguntarse, a la luz del Espíritu: ¿qué hacer para progresar en nuestro amor?, esto se va a convertir en una importante herramienta de la «espiritualidad conyugal». Tan importante, que se ha llegado a decir: «Tendrá un lugar en el código civil». De esta manera, poco a poco, la intuición primitiva se va desarrollando y se va encamando en la vida de los hogares.

LA CARTA FUNDACIONAL (1947)

El éxito de los «grupos de hogares Caffarel» obliga a cierta organización. Una estructura elemental se instala, la de los «hogares de enlace», que establecen una relación viva entre cada Equipo y el fundador y los hogares que le asisten en la animación. A las reuniones de responsables de Equipo se añaden las de «hogares enlaces». Pero una exigencia más vital se va imponiendo: dar una «regla» a este

movimiento y a sus miembros. Una regla que pueda condensar la intuición primitiva y los medios que han ido apareciendo poco a poco y que están en la lógica de la meta que se persigue. Esto será la «Carta Fundacional» promulgada el 8 de diciembre de 1947 con una carta de presentación. Después de un prólogo que desarrolla muy bien la meta del Movimiento, su mística y su disciplina se ven descritas con precisión. A la vez aparece la denominación definitiva de «Equipos de Nuestra Señora». Los grupos existentes se ven entonces invitados a adherirse a la Carta Fundacional y a formar así el Movimiento de los Equipos de Nuestra Señora. También aparece la «Carta mensual», policopiada como el boletín anterior (aparece así hasta 1959).

LOS «HOGARES DE CRISTIANDAD» (1948)

La opción por los «Equipos de Nuestra Señora» no fue algo tan sencillo. El ver escrito en la Carta Fundacional a la vez las intuiciones del Padre Caffarel y la experiencia de los «grupos» hace que aparezcan en éstos distintos niveles de exigencia. Algunos rechazan la Carta, que parece pedirle' demasiado. No serán «Equipos de Nuestra Señora». ¿Qué hacer con ellos? ¿Dejarles caminar solos? Ya sabemos lo precario que resulta caminar **une** grupos aislados sin apoyo ni acompañamiento. El Padre Caffarel les prepone que constituyan otro movimiento que no tenga todas las «obligaciones» de la Carta: «los hogares de Cristiandad». Este movimiento va a vivir durante unos años y no llegará a desarrollarse a pesar de la generosidad de sus miembros. El Padre Caffarel hoy comenta: «He intentado responder a unas necesidades según se iban presentando. Veo que el movimiento exigente es el que se ha mantenido y desarrollado».

INICIACION Y PROGRESO (1959)

Con la Carta Fundacional, los Equipos de Nuestra Señora tienen un punto de apoyo sólido. La expansión iniciada puede seguir. Se lleva a cabo sin grandes medios materiales, por contagio del ideal propuesto y del ejemplo vivido, por propagación hablada. El Movimiento en 1947 sale de Francia para implantarse en Bélgica y Suiza. Año tras año va ganando otros países: Brasil y Luxemburgo en 1950, la Isla Mauricio

en 1953, España y Canadá en 1955, Inglaterra en 1956, Portugal en 1957, Alemania y Estados Unidos en 1958, Austria e Italia en 1959, Australia y Colombia en 1961...

Este desarrollo encuentra muchos obstáculos. Incomprensión u hostilidad por parte de algunos obispos que no autorizan el Movimiento dentro de su diócesis. Uno de ellos en Francia, le decía a un hogar: «No olvidéis que solamente se os tolera». La crisis belga de 1960 será un síntoma particularmente agudo. Oposiciones locales de la Acción Católica y de sus consiliarios ... Pero los apoyos tampoco faltan: la del Cardenal Suhard, que autoriza al Padre Caffarel a no ocuparse más que de los hogares, la del Cardenal Feltin que aprueba los Equipos en 1969 y la de los Papas sucesivos ...

Grandes encuentros van a dar un ritmo a la vida de este Movimiento que se ha convertido en supranacional. El primero en Lourdes, en 1954 es motivo para que los hogares adquieran una conciencia de movimiento «católico» en el sentido etimológico de la palabra. En 1959, «mil hogares en Roma» escuchan al Padre Caffarel evocando la «vocación e itinerario de los Equipos de Nuestra Señora» para enfrentarse al porvenir. En este discurso se encuentra más ampliamente desarrollado lo que acabamos de decir sobre la historia del Movimiento. Esta retrospectiva desemboca en un interrogante: ¿los Equipos de Nuestra Señora están hechos para principiantes en la vida cristiana o para la gente que progresa? Se nos da una respuesta muy clara: los Equipos están hechos para los unos y para los otros.

¿Cómo realizar esta doble meta? La Carta Fundacional ofrece medios suficientes para ello. Pero, ¿no convendría inventar una pedagogía concreta para los hogares más exigentes? La solución se deja para más adelante. Viviendo, el Movimiento sabrá inventar lo que conviene a los hogares que confían en él.

EL AMOR POR ENCIMA DE TODO (1965)

Durante el siguiente encuentro de 1965 en Lourdes, el Padre Caffarel insistió sobre la vocación del Movimiento. En su conferencia: «Los Equipos de Nuestra Señora al servicio del mandamiento nuevo», saca de la «pequeña Iglesia» (Ecclesiola) que es el hogar y que es el equipo un elemento esencial: el amor fraterno. Se trata de este amor

del que habla Cristo en San Juan y que presenta como un «mandamiento nuevo»: «Amaos *como* os he amado» (Juan 13, 34). Un amor que brota del corazón de Dios y que transforma el amor humano y la amistad humana desde dentro, sin edulcorarlos, pero encaminándolos hacia una plenitud nueva. El Nuevo Testamento lo nombra en griego con la palabra *ágape*. Es el alma de la pequeña comunidad.

La marcha hacia la santidad, hacia la cual los hogares están invitados, es una marcha hacia un amor a la vez más intenso y de otra calidad: amarse más y amarse en Cristo. Volvemos a encontrarnos con la intuición del principio. El aprendizaje de este amor se hace dentro del Equipo, que está al servicio de los hogares, y a través de los medios propuestos por la Carta Fundacional.

Durante los años siguientes se lanza una experiencia: «los años de profundización». Esto responde al interrogante de 1959: ¿cómo hacer que los hogares pasen del nivel de la iniciación al del progreso dentro de la vida cristiana? Esta experiencia sigue hoy, con más o menos éxito.

LA URGENCIA DE LA MISION (1970)

El encuentro de 1970 tiene lugar en un contexto difícil después de las controversias de 1968: los acontecimientos de mayo en Francia y la Encíclica *Humanae Vitae* (25 de julio de 1968). Dos mil hogares de los Equipos se encuentran en Roma con importantes interrogantes. Allí reciben con alegría dos respuestas. El Papa Pablo VI, en un discurso eminentemente pastoral, les insiste sobre la grandeza del matrimonio cristiano, camino hacia Dios. Se puede considerar este discurso como un texto fundamental del Movimiento, ya que resume toda la reflexión elaborada dentro de los Equipos y a través de *L'Anneau d'Or*. Este es el motivo por el cual figura en esta antología.

Por su parte, durante este mismo encuentro, el Padre Caffarel invita a los hogares presentes, y con ellos a todos los miembros del Movimiento, a ensanchar su corazón y a reavivar la conciencia de su misión en un mundo ganado por el ateísmo: «Los Equipos de Nuestra Señora frente al ateísmo». Esta misión, unida a la vocación cristiana de la pareja, ha constituido siempre una preocupación del Movimiento y

de su fundador. La Carta Fundacional menciona expresamente el testimonio propio de los hogares. El *Anneau d'Or* en 1945 y los *Cuadernos de la Oración* en 1957 tenían una misma perspectiva apostólica: profundizar lo que los hogares de los Equipos vivían y transmitirlo a los demás. Las dos revistas, nacidas por las necesidades de los hogares, alimentadas con sus experiencias, pretendían repercutir sus descubrimientos. Dos organismos deben también mucho a los Equipos: el CPM y el CLER. Así, la fuente viva de la espiritualidad conyugal se ha esparcido a través de distintos canales.

Esta misión de los hogares, más urgente en un mundo invadido por el ateísmo, requiere una vida más evangélica. Por eso, el Padre Caffarel, al final de su conferencia, les pide un esfuerzo cada vez mayor de la lectura de la Palabra de Dios, de oración y de ascesis. A la crisis que padecen los hogares sólo puede responder con eficacia un recrudescimiento de exigencia espiritual.

A DIOS (1973)

Los años que siguen ven cómo van tomando su lugar estos nuevos medios espirituales, especialmente la lectura de la Palabra de Dios y la oración que se convierten en «obligaciones» introducidas en la Carta Fundacional. Esta ha tenido algunas modificaciones, mínimas por cierto, a lo largo de los años. El Preámbulo no ha sido retocado, ni la «mística de los Equipos». Los arreglos se hicieron sobre la «disciplina de los Equipos» y sobre las «estructuras de los Equipos».

En las estructuras han surgido nuevos niveles de responsabilidad (Sectores, Regiones), para responder al desarrollo del Movimiento.

En cuanto a la disciplina, se pueden distinguir dos capas sucesivas de arreglos. En la primera, en 1962, se hace la distinción entre «puesta en común» y «participación» durante la reunión mensual, se introducen los ejercicios espirituales como «obligación», se vuelve a definir la regla de vida con más amplitud. En la segunda, después de la peregrinación de 1970, se pide también a cada miembro de los Equipos de Nuestra Señora que dedique diez minutos diarios a la oración; que frecuente asiduamente la Palabra de Dios, con libertad para cada uno para fijarse la manera de hacerlo durante el mes; que estudie lo que es la ascesis cristiana para esforzarse en este sentido en su vida de

cristiano casado.

Algunas palabras sobre la ascesis, que ha tenido dificultades. Concebida como ejercicio de mortificación, es rechazada por nuestros contemporáneos. Pero éste no es su sentido más verdadero. Se le define mejor hablando de educación de sí mismo. Los padres educan a sus hijos, ya que éstos no son capaces de hacerlo. Pero llega el día en que el ser humano debe llevar a cabo por sí mismo su propia educación que se terminará con la muerte. Se ha definido la educación como una «dirección del crecimiento», la ascesis es la dirección del crecimiento humano y espiritual que cada uno lleva a cabo bajo la conducta del Espíritu de Cristo. Es evidente que la ascesis de los casados no será la de los religiosos. En su vida tal como es, encuentran los elementos para que el amor del cónyuge y de los hijos pase antes que el amor a uno mismo: llevar conjuntamente un problema, ayudar al otro en la depresión, dejar lugar a cierta continencia al servicio del amor, levantarse por la noche para cuidar a un hijo, consentir unas privaciones para los más pobres ... En nuestro mundo occidental entregado a la facilidad y al consumo, sigue siendo hoy un requisito fundamental para la vida cristiana de las parejas.

Después de ver la puesta en marcha de estas nuevas «obligaciones», el Padre Caffarel decidió retirarse de la dirección del Movimiento que fundó, en 1973. Lo explica en un editorial de la Carta de los Equipos de Nuestra Señora titulado: «A Dios». Es una nueva ocasión para volver a hablar del principio y de las grandes etapas de los Equipos para invitarles a mirar hacia el porvenir «con fidelidad a la gracia de los orígenes e inteligencia de las necesidades de los tiempos».

¿QUE ES UN EQUIPO DE NUESTRA SEÑORA? (1976)

Después que se marchara el Padre Caffarel, el equipo responsable del Movimiento se preguntó: ¿Podemos seguir modificando la Carta Fundacional para seguir la evolución de los Equipos? ¿Lo que era normal por parte del Fundador, lo seguía siendo? Después de un debate, se decidió no tocar más la Carta Fundacional. Se conserva tal cual, como testimonio del carisma fundacional. Y se redacta un documento más restringido que sirva de «regla» al Movimiento

actual. Es: ¿Qué es un Equipo de Nuestra Señora?

Este breve documento integra algunos puntos adquiridos por la reflexión del Padre Caffarel (sobre la ecclesia, el ágape) y algunos «puntos concretos de esfuerzo» (en vez de «obligaciones»), como la Palabra de Dios y la oración que solamente aparecen como nota en la última edición de la Carta Fundacional. Se distingue cuidadosamente entre estos «puntos concretos de esfuerzo» los medios espirituales objetos de participación durante la reunión de Equipo y las «reglas del club»: asistencia a las reuniones, cotización anual, lectura de la Carta de los Equipos, etc., que el responsable del Equipo se encarga de recordar. «¿Qué es un Equipo de Nuestra Señora?» sigue siendo hoy la norma concreta de la vida de los hogares del Movimiento.

NUEVAS ETAPAS (1976-1987)

Con el documento «¿Qué es un Equipo de Nuestra Señora?» publicado en 1976 se termina la antología de los textos «fundacionales» del Movimiento. Pero los Equipos han seguido caminando. Veamos brevemente sus etapas.

Nuevo encuentro en Roma, en 1976. Como los anteriores, es motivo de toma de conciencia para un nuevo impulso. Toma de conciencia más fuerte en cuanto al deber de evangelización como componente de una verdadera espiritualidad. El Padre Tandonnet, en San Pablo Extramuros, esboza «la vocación evangélica del hogar cristiano», evoca «los Equipos de Nuestra Señora al servicio de la evangelización» antes de echar «tres miradas breves sobre San Pablo» el gran modelo. Unas orientaciones van a derivar de esto, que van a colorear la vida del Movimiento durante los años siguientes: «Los envió a proclamar el Reino de Dios» (Lc.9, 2); «No toméis nada para el camino» (Lc.9, 3); y «el Espíritu del Padre hablará por vosotros» (Mt.10, 20). Se pone el acento sobre el trabajo de la evangelización. Empieza por el hogar y la familia. Llevará fruto con el desprendimiento y la docilidad al Espíritu.

Siguiendo un ritmo ya aceptado, Roma recibe de nuevo a los Equipos en 1982, después de seis años. Todo el Movimiento se ha preparado con un año caminando tras las huellas de los discípulos de Emaús (Le. 24, 13-15): «Cristo camina con nosotros». En efecto, juntos caminamos hacia el encuentro con Cristo en la Eucaristía y en la

Iglesia, muchas veces costándonos como a los discípulos desamparados. Y ésta es nuestra esperanza que tenemos que llevar a todos: ya El camina a nuestro lado. Nuevas orientaciones siguen esta meditación de la peregrinación: Matrimonio y Eucaristía, «Sois el Cuerpo de Cristo» (1 Co 12, 27), «estad siempre dispuestos a dar cuenta de la esperanza que está en vosotros» (1 P.3, 15). Todo ello como casados actuando dentro del mundo. Las dos facetas inseparables de la espiritualidad conyugal -vocación y misión- se ponen de nuevo de manifiesto a través de estas afirmaciones de Pablo y de Pedro.

Y los Equipos de Nuestra Señora han llegado a este año 1987 en que conmemoran los cuarenta años de la Carta Fundacional y cara al año 1988 en que nos encontraremos, de todos los países, alrededor de la Virgen María en Lourdes. Preparémonos, con una fidelidad más grande a la vocación y a la misión del Movimiento, a cantar con la Virgen un vibrante *Magnificat* al Señor que hizo maravillas para los Equipos de Nuestra Señora a lo largo de estos cincuenta años de vida y de crecimiento. Una multitud de sus miembros se hará eco en el cielo de nuestro cántico de la tierra.

2

Dios, primer amado (1945)

En 1942, al extenderse los «grupos» parisinos en provincia, la necesidad de un boletín se hizo sentir. En octubre de 1942, en plena guerra, salió el primer número de la «Carta de hogares jóvenes». En 1945, el boletín policopiado «Grupo de Nuestra Señora de Hogares» vino a sustituirlo. El 25 de diciembre de este mismo año, en dicho boletín se pudo leer el primer «editorial» del Padre Caffarel.

Era muy breve, pero marca muy bien la orientación esencial del Movimiento: «Dios, primer amado y primer servido».

París, 25 de diciembre de 1945
en la festividad de la Natividad del Señor.

Queridos amigos,
Llegó un nuevo
año,
¡Que sea bueno para vuestro
hogar! Rezo por vosotros.
Que Dios sea en vuestra casa el primero en ser buscado, en ser amado,
en ser servido.
Amaos: cuando crece la caridad en vuestro hogar, también crece en la
Iglesia, de la cual es célula viva.

Amaos: ubi caritas et amor, Deus ibi est.

Sed felices: el Señor espera esta alabanza y los que os rodean esperan

este testimonio.

Servid de reparación para aquellos hogares tan numerosos que cierran su puerta a Cristo y donde el amor se apaga.

Rezad por las viudas cuyo sacrificio es fuente de vida para vuestra familia.

Ayudadme.

Que Nuestra Señora sea en vuestra casa una Madre honrada y querida

3

Un deber desconocido

En el capítulo XIV del Evangelio según San Lucas, Cristo invita a sus oyentes a la práctica del deber de sentarse. Hoy día, en el siglo de las velocidades vertiginosas, es más oportuno que nunca destacar este deber desconocido.

No creo hacer un juicio temerario al decir que los mejores esposos cristianos, los que nunca olvidan el deber de arrodillarse, quebrantan a menudo el de sentarse.

Antes de emprender el arreglo de vuestro hogar, confrontasteis vuestras opiniones, calculasteis vuestros recursos materiales y espirituales, elaborasteis un plan. Pero, desde que pusisteis manos a la obra, ¿no descuidáis demasiado el sentaros para examinar juntos la labor realizada, hallar de nuevo el ideal entrevisto y consultar al Dueño de la obra?

Conozco las objeciones y las dificultades, pero sé también que de no vigilar el armazón se vendrá un día abajo la casa. En el hogar, donde no se aplica un tiempo a detenerse para reflexionar, a menudo se introduce e instala de una manera insidiosa el desorden material y moral; la rutina se adueña de la oración en común, de las comidas y de todos los ritos familiares; la unión se resquebraja. Estos defectos, y otros muchos, se observan no sólo en los hogares que carecen de formación, que ignoran los problemas de la educación y la espiritualidad conyugal, sino también incluso en el de aquellos a los que se considera como una autoridad en ciencias familiares; y efectivamente lo son en teoría. Por falta de la indispensable perspectiva, los esposos no ven ya lo que comprueba en cambio el visitante con sólo franquear el dintel de la puerta; esta desidia, de la que hablan con pena los amigos sin atreverse a hablar a los interesados por temor a su incompreensión o a su susceptibilidad.

Algunos matrimonios se han percatado del peligro. Han reflexionado y adoptado diversos medios para evitarlo. Uno de ellos me contaba

últimamente, después de haber pasado la experiencia, cuán provechoso es para los esposos separarse cada año de los hijos e ir juntos a viajar o descansar durante una semana. Pero quizá al leerme penséis que no todos disponen de servicio, o pueden confiar sus hijos a los amigos o parientes. Pero hay otras soluciones: por ejemplo, hubo tres familias que se unieron para disfrutar las vacaciones, yendo al mismo país, y así cada pareja pudo ausentarse una semana dejando sus hijos al cuidado de los otros.

Para evitar la rutina del hogar existe otro sistema sobre el que deseo hablaros más extensamente. Tomad la agenda y, del mismo modo que anotáis un concierto o una visita a unos amigos, anotad una cita con vosotros mismos; quede bien entendido que esas dos o tres horas son "tabú... ", digamos sagradas, ¡es más cristiano!, y no admitáis que un motivo que no os haría anular una cena amistosa en vuestro hogar o dejar de asistir a un concierto, os haga faltar a una cita con vosotros mismos.

¿Cómo emplear esas horas? Ante todo, confesad que no tenéis prisa; ¡un día es un día! Abandonad la playa y adentraos en la mar; hay que cambiar de ambiente a cualquier precio y olvidar las preocupaciones. Leed juntos un capítulo escogido de un libro preparado para esta hora privilegiada.

Después -o ante todo- rezad un rato. A ser posible, que uno de vosotros recite en alta voz una plegaria personal y espontánea; esta forma de oración -sin murmurar de los otros- acerca milagrosamente los corazones. Ya en la paz del Señor, comunicaos mutuamente esos pensamientos, esos agravios, esas confidencias que ni es fácil ni a menudo deseable hacerlas durante las jornadas atareadas y ruidosas, y que no obstante sería peligroso guardar en el secreto del corazón, ya que, como sabéis perfectamente, existen "silencios enemigos del amor". Pero no os detengáis ni en vosotros mismos ni en vuestras actuales preocupaciones; remontad a las fuentes de vuestro amor, reconsiderad el ideal vislumbrado cuando, con paso alegre, iniciabais el camino. Renovad vuestro fervor. "Hay que tener fe en lo que se hace y hacerlo con entusiasmo". Después, volved al momento actual, comparad el ideal y la realidad, haced el examen de conciencia del hogar -no digo el examen de conciencia personal-, tomad resoluciones prácticas y oportunas para curar, consolidar, rejuvenecer, airear, abrir el hogar. Aportad

a ese examen lucidez y sinceridad: remontad a las causas del mal que habéis diagnosticado.

¿Por qué no dedicar también algunos instantes a meditar sobre cada uno de vuestros hijos, pidiendo al Señor que de acuerdo con su promesa “ponga un ojo en vuestro corazón” a fin de verlos como Él, para guiarlos según su voluntad?

Y finalmente, y sobre todo, interrogaros sobre si Dios es el primero a quien servís entre vosotros.

Si os queda tiempo, haced lo que os agrade, pero por favor, no volváis a la charla insulsa o a escuchar la radio ¿es que no tenéis ya nada que decir? Entonces callad juntos y quizás no sea éste el tiempo menos provechoso. Recordad en efecto la frase de Maeterlinck: “Todavía no nos conocemos, todavía no nos hemos atrevido a callar juntos”

Es muy importante escribir un resumen de lo que se ha descubierto, estudiado, decidido durante la cita, pero puede hacerlo uno de vosotros y la próxima vez leerlo juntos.

Lo que os acabo de decir es sólo un medio para conservar joven y fuerte vuestro amor y vuestro hogar; seguramente existen otros muchos. Pero éste, adoptado por muchos esposos que conozco, ya ha demostrado su eficacia.

4

La Carta Fundacional (8 de diciembre de 1947)

La extensión del Movimiento hace que se sienta la necesidad de una estructura más sólida y de cierta codificación de lo que se vive en los «grupos Nuestra Señora de los Hogares». Por eso se redacta en 1947 la «Carta de los Equipos de Nuestra Señora». Al mismo tiempo aparece la denominación definitiva del Movimiento: «Equipos de Nuestra Señora». Esta Carta fechada el 8 de diciembre de 1947, «fiesta de la Inmaculada Concepción», se publica en el n.º 1 de la «Carta Mensual» (enero de 1947). Los «grupos» existentes están invitados a adherirse a ella y a entrar así en los «Equipos de Nuestra Señora». La Carta Fundacional, como estaba previsto, ha evolucionado con la experiencia y con los años. Adjuntamos aquí su versión primitiva, con la carta que la presentaba en el primer número de la «Carta Mensual».

Queridos amigos:

Unida a esta carta encontraréis la Carta de los Equipos de Nuestra Señora. Se trata de un gran acontecimiento en la historia de nuestros grupos de matrimonios. No queremos decir que esta carta, tal como se presenta, sea perfecta. Estamos convencidos de lo contrario. Pero

responde al deseo de numerosos grupos, expresado con frecuencia durante estos últimos años, de una dirección firme, de orientaciones precisas y de un cuadro robusto. Esto es, precisamente, lo que desearía daros esta Carta.

Ir hacia adelante, no se trata de disertar sino de vivir. La vida hará que aparezcan las modificaciones que deban aportarse a esta ley.

Muchos de vosotros pensaréis quizá al leerla que no aporta nada nuevo. Por suerte. Esto prueba que tiene en cuenta las experiencias que habéis realizado, que no se trata de una construcción del espíritu en la estratosfera.

Aplicadla, una vez leída y meditada. Es posible que entonces la encontréis terriblemente exigente, aunque no lo parezca. No ya debido al hecho de obligaciones extraordinarias, sino porque exige que todo cuanto se hacía hasta entonces aproximadamente, se haga bien en lo sucesivo. ¿No realizáis la educación de vuestros hijos en la vida corriente y las cosas pequeñas? Del mismo modo al obligaras a seguir fielmente las obligaciones de esta regla, os ayudaréis a vosotros mismos y ayudaréis a los matrimonios amigos a vivir cada día más perfectamente vuestra vocación de esposos, de padres y de hombres.

Más benévola, esta Carta hubiera convencido a muchos más. Y sin embargo renunciamos deliberadamente a una devaluación de la mística y de la disciplina, ya que no quisimos decepcionar a tantos matrimonios, sobre todo entre los jóvenes, que aspiran a una ley ruda, que les ayude a vivir en un clima de virilidad cristiana

No adherirse a esta Carta a disgusto. No es deshonoroso para un matrimonio, para un grupo, retirarse. Pero que los que la adopten, lo hagan sin reticencia, resueltamente

Hemos asumido nuestras responsabilidades. Rezad, reflexionad, asumid las vuestras.

5

Carta de los Equipos de Nuestra Señora

EL PORQUÉ DE LOS EQUIPOS

Vivimos en una época de contrastes. Mientras por un lado triunfan el divorcio, el adulterio y el neomaltusianismo, por otro lado menudean los esposos que aspiran a una vida íntegramente cristiana. Algunos de estos matrimonios han fundado los Equipos de Nuestra Señora.

Ambicionan llegar al límite de sus promesas bautismales.

Quieren vivir para Cristo, con Cristo y por Cristo.

Se entregan a El incondicionalmente.

Quieren servirle sin discusión.

Le reconocen como Jefe y Señor de su hogar.

La norma de su familia es el Evangelio.

Quieren que su amor, santificado por el Sacramento del Matrimonio, sea una alabanza a Dios.

Un testimonio para los hombres, dando pruebas evidentes de que Cristo ha salvado el amor,

Una reparación por los pecados contra el matrimonio.

Quieren ser en todas partes misioneros de Cristo.

Entregados a la Iglesia, quieren estar siempre dispuestos a responder a la llamada de su obispo y de sus sacerdotes.

Aspiran a ser competentes en su profesión.

Quieren convertir todas sus actividades en una colaboración a la obra de Dios y en un servicio a los hombres.

Al conocer su propia debilidad y el límite de sus fuerzas, pese a que su voluntad es ilimitada,

Porque experimentan a diario la dificultad de vivir cristianamente en un mundo paganizado.

Y porque tienen una fe inquebrantable en la eficacia de la ayuda mutua fraterna,

han decidido formar equipo

Sus Equipos no son guarderías de adultos de «buena voluntad», sino una **fuerza de choque** formada por **voluntarios**. Nadie está obligado a ingresar ni a permanecer en ellos. Pero los que ingresan deben seguir el juego noblemente.

SENTIDO DEL NOMBRE

La palabra «EQUIPO», que se ha elegido con preferencia a cualquier otra, implica la idea de una finalidad precisa, perseguida activamente y en común.

Los Equipos están bajo el patrocinio de NUESTRA SEÑORA. Con ello quieren subrayar la voluntad de servirla y su seguridad de que Ella es el mejor guía para llegar hasta Dios.

MÍSTICA DE LOS EQUIPOS

I. AYUDA MUTUA

1º No hay vida cristiana sin fe viva. No hay fe viva y progresiva sin reflexión. En realidad, muchos cristianos casados renuncian a todo esfuerzo de estudio y meditación porque no se dan cuenta de su importancia, o por falta de tiempo, de dirección y entrenamiento. Por eso su fe permanece siempre imperfecta y frágil; su conocimiento de los planes divinos y de las enseñanzas de la Iglesia, es muy superficial y fragmentaria. Conocen mal los caminos de la unión con Dios. Tienen una idea muy pobre de las realidades familiares: matrimonio, amor, paternidad, educación, etcétera. Consecuencias: poca vitalidad religiosa, irradiación muy limitada.

Los matrimonios de los Equipos quieren reaccionar, y en consecuencia se esfuerzan en profundizar sus conocimientos religiosos y en medir las exigencias de Cristo y ajustar a ellas toda su vida.

Persiguen este esfuerzo conjuntamente.

2° No se trata sólo de conocer a Dios y sus enseñanzas, sino de ir a su encuentro. Al estudio hay que añadir la oración. Del mismo modo que unos se ayudan a estudiar, en los Equipos se ayudan a orar. Ruegan los unos con los otros. Ruegan los unos por los otros.

"En verdad os digo, que si dos de vosotros en la tierra se juntan para pedir cualquier cosa, les será otorgada por mi Padre que está en los Cielos. Porque, allá donde dos o tres se han reunido en mi nombre, estoy Yo entre ellos."(Mateo XVIII, 19-20.)

Fortalecidos con la promesa del Señor, los hogares de los Equipos procuran no perder de vista la presencia de Cristo entre ellos y practican alegre y confiadamente la oración en común.

3° ¿No es una ilusión pretender ayudar a los amigos a mantener su vida espiritual, Sí no se les ayuda previamente a superar sus preocupaciones y dificultades? Por eso los hogares de los Equipos practican ampliamente la ayuda mutua, tanto en el plano material, como en el moral, obedeciendo así al consejo de San Pablo: «Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la Ley de Cristo.» (Gálatas VI, 2.)

Y así se esfuerzan en satisfacer la cuádruple exigencia de la amistad fraternal: **dar**; **recibir** (es más difícil que dar); **pedir** (aún más difícil); **saber rehusar** (la simplicidad en el pedir no puede existir donde no haya la simplicidad en rehusar el servicio solicitado, cuando no puede otorgarse sin demasiada dificultad).

II. TESTIMONIO

Los paganos quedaban admirados ante los primeros cristianos. Los Hechos de los Apóstoles (4, 32) nos dicen que: «Eran un solo corazón y una sola alma. » Decían al verlos: "Mirad cómo se aman." Y la admiración conducía a la adhesión. ¿Habría perdido la caridad fraterna en el siglo XX el poder de seducción que tenía en los primeros tiempos de la Iglesia? Los Equipos de Nuestra Señora creen, que hoy lo mismo que entonces, se conquistarán a los incrédulos para Cristo Si ven a unos matrimonios cristianos que se aman verdaderamente y se ayudan

unos a otros a buscar a Dios y a servir a sus hermanos. De esta manera, el amor fraterno, sobrepasando la ayuda mutua, se convierte en testimonio¹.

DISCIPLINA DE LOS EQUIPOS

Esta mística de los Equipos exige una regla con el fin de ser viva y duradera. La mística y la regla, lo mismo que el alma y el cuerpo, no pueden prescindir una de otra: la mística debe ser el alma de la regla; la regla, el soporte y la salvaguardia de la mística.

La regla debe ser lo suficientemente ligera para no poner trabas a la personalidad y a la misión de cada matrimonio; lo suficientemente dura para preservarlo de la molicie.

I. EL EQUIPO

Se compone de cuatro a ocho matrimonios, uno de los cuales es el **responsable**. Es importante no sobrepasar este número, ya que entonces se hace difícil conseguir intimidad y pierde calidad.

II. LA REUNIÓN MENSUAL

La amistad soporta mal una prolongada separación. Exige el trato; por esta razón el Equipo se reúne por lo menos una vez al mes.

He aquí el esquema de una reunión mensual:

1. Comida en común

Es aconsejable iniciar la reunión mensual con una comida conjunta, unas veces en un hogar y otras en otro (desde luego, dentro de lo posible). Los hombres no han encontrado todavía nada mejor para

¹ Usamos adrede el término “testimonio” en vez del apostolado. No porque los hogares de los Equipos rehúsen el apostolado, sino precisamente porque la mayoría de ellos están ya enrolados activamente en las diversas organizaciones de Acción Católica parroquial, social, profesional, cívica, Congregaciones, etc., y los que no lo están, no tardan, naturalmente, en comprender la necesidad de hacerlo. La acción les hace sentir la necesidad de una vida espiritual intensa, y para enriquecerla, acuden a los Equipos.

reunirse y para crear unos lazos de amistad. ¿No es así como se reúne la familia? ¿No es la comida eucarística la que reúne a los hijos de Dios? Los Hechos de los Apóstoles nos dicen que los primeros cristianos "partían juntos el pan en sus casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón." (Hechos II, 46.)

2. Oración en común

La oración en común es el sistema más útil para unirse en profundidad, para lograr un alma común, para cobrar conciencia de la presencia de Jesucristo entre los suyos. Pero la oración sólo logra todo eso cuando, al ser bastante prolongada, ayuda a olvidar las preocupaciones, e implantar el silencio. Se dedica a ella por lo menos quince minutos antes del cambio de impresiones.

Los matrimonios ponen en común sus intenciones, preciosamente antes de la oración. Para lograr que todos las adopten, deben presentarse con suficientes detalles y dar la impresión de que los que las recomiendan tienen mucho interés en ellas.

Luego, y con el fin de tenerlas en cuenta en la oración, se citan las intenciones actuales de la gran familia católica (por ejemplo: cristianos perseguidos, una misión comprometida, un determinado esfuerzo de apostolado, las vocaciones sacerdotales, etcétera).

Para que esta oración en común ensanche los corazones y los haga latir al ritmo de la Iglesia, se compondrá primeramente de salmos, oraciones e himnos litúrgicos, que se indicarán a los equipos a través de la *Carta Mensual*.

La segunda parte de la oración puede confiarse a la inspiración de una o varias familias; pero conviene prever un tiempo de silencio a fin de permitir que cada uno tenga un contacto más íntimo y personal con Dios.

3. Cambio de impresiones

Situado después de la oración, ha de ser su prolongación. Las conversaciones que no tienen lugar en la presencia de Dios, corren el riesgo de caer en el diletantismo; la mente juega con las ideas, el corazón no presta atención a las verdades que le obligarían a cambiar.

En los Equipos hay que esforzarse en ser totalmente leales; toda verdad mejor conocida se ha de inscribir en nuestra vida.

Los cambios de impresiones sólo son fecundos en la medida en que se han preparado. Por lo tanto, los esposos han de examinar juntos el tema de estudio y mandar por escrito sus reflexiones al hogar designado para dirigir el cambio de impresiones próximo, unos días antes de la reunión. Esta obligación que se les impone de dedicar un tiempo de reflexión conjunta cada mes, se ha comprobado que resulta muy fructífera.

La ayuda mutua en el estudio exige que el cambio de Impresiones sea preparado por todos. Aún es más necesaria en el terreno del estudio que no en el terreno material, en el que cada uno podría sentir escrúpulos de recibir sin aportar nada a los demás.

Los temas de estudio no se dejan a la libre elección de los Equipos. Los proporciona el Centro Director, no en nombre de un autoritarismo arbitrario, sino a fin de ayudar a adquirir una visión lo más completa posible del pensamiento cristiano y de iniciarse en una auténtica espiritualidad conyugal y familiar, los tres primeros años se dedican a los temas fundamentales. Primer año: Amor y Matrimonio. Segundo año: Fecundidad. Tercer año: Los caminos de unión con Dios.

Después de estos tres años, los equipos podrán escoger entre diversas series de temas, para cada uno de los cuales se indican lo mismo que para los anteriores- plan de trabajo, cuestionarios y referencias.

No es preciso decir que pueden organizarse reuniones suplementarias para tener otros cambios de impresiones o, sencillamente, para fomentar la amistad.

4. Participación y ayuda mutua

En las reuniones mensuales hay que reservar un momento (puede ser durante las comidas) para la puesta en común de las preocupaciones familiares, profesionales, cívicas, de los éxitos o fracasos, de los descubrimientos, penas y alegrías.

Después de la oración se dedica unos instantes a la "participación" sobre las obligaciones de la Carta. Cada matrimonio dice francamente si durante el mes transcurrido ha observado las obligaciones que le

corresponden según la Carta. No cabe duda de que existe un rincón íntimo y personal que no debe descubrirse bajo pretexto de la amistad. En los Equipos se ha reaccionado contra este impudor, actualmente harto frecuente, de unos matrimonios que no tienen inconveniente en descubrir a todo el mundo sus problemas de vida conyugal. Pero hecha esta reserva, qué bien cuadra, dentro de la línea de la verdadera caridad evangélica, practicar esta participación y recurrir con toda sencillez a la ayuda mutua fraternal ¡Cuántos hogares se salvaron de la mediocridad, cuando no de la quiebra, el día en que ya no se encontraron solos para luchar!

III. EJERCICIOS Y RETIROS

Si la reunión mensual es un medio poderoso, para cada uno, de profundizar su vida religiosa y, para todos, de ahondar los lazos de una gran amistad cristiana, ¡cuánto más útiles son aún los ejercicios y retiros! Cada hogar debe hacer, al menos cada dos años, unos ejercicios cerrados, de dos días completos, el matrimonio juntos. No obstante, cada cónyuge puede ser autorizado a hacerlos separadamente.

El año que el matrimonio no ha hecho ejercicios, ha de asistir a dos retiros.

IV. OBLIGACIONES DE CADA MATRIMONIO

Como hemos visto, los matrimonios vienen a buscar ayuda en los Equipos. Sin embargo, esto no les dispensa de esfuerzos. Para orientarlos y respaldarlos, los Equipos les piden:

a) Que se fijen ellos mismos una regla de vida. (La gran diversidad de matrimonios no permite establecer la misma para todos.) Sin regla de vida, el capricho preside a menudo la actitud religiosa de los esposos, actitud que deriva en puro desorden. Esta regla de vida (no creamos necesario indicar que cada cónyuge debe tener la suya propia) no es sino la determinación de los esfuerzos que cada cual comprende que debe imponerse para responder mejor a la voluntad de Dios sobre sí mismo. No se trata de multiplicar las obligaciones, sino de precisarlas con el fin de afirmar la voluntad y evitar ir a la deriva. Es recomendable

el consejo y control de un sacerdote, a fin de evitar lo mismo su exceso que su insuficiencia. No es obligatorio dar a conocer al equipo la regla da vida adoptada ni la manera cómo se observa. Hagamos notar, sin embargo, que muchos sienten la satisfacción de haber hecho llegar hasta ahí la ayuda mutua.

b) Rezar juntos y con los hijos, una vez al día, en la medida de lo posible, puesto que la familia, como tal, debe un culto a Dios y porque la oración conjunta tiene una gran fuerza.

c) Recitar diariamente la oración de los Equipos, uniéndonos en espíritu a todos los hogares que los forman.

d) Practicar mensualmente el deber de sentarse. Es la ocasión, para cada hogar, de fijar el rumbo a seguir.

e) Examinar entre esposos el tema de estudio mensual y mandar por escrito sus consideraciones antes de la reunión; asistir a esta reunión.

f) Leer cada mes el editorial de la Carta Mensual.

g) Practicar anualmente ejercicios en completo retiro. Deben durar como mínimo 48 horas y, a ser posible, asistir el marido y la esposa. Antes del compromiso del equipo sólo son obligatorios unos Ejercicios.

h) Dar cada año, a modo de cotización, **el fruto de una jornada de trabajo**, para asegurar la vida material y el progreso de la agrupación, a la que deben, en parte, su enriquecimiento espiritual.

1) Buscar y acoger fraternalmente, cuando se presente la ocasión, a los hogares de los otros equipos

V. EL HOGAR RESPONSABLE DE EQUIPO

Una breve fórmula define su papel y subraya su importancia capital. Es al responsable del amor fraterno. Debe lograr que el equipo sea un éxito de caridad evangélica y que cada hogar encuentre en él la ayuda necesaria.

Se le recomienda encarecidamente preparar la reunión mensual con el Consiliario del equipo.

El Hogar Responsable es el que cuida de la unión con el Centro y, por él, con el conjunto de los Equipos de Nuestra Señora.

Cada mes envía a su Hogar de Enlace" la reseña de las actividades de su equipo. Estas reseñas permiten que cada equipo, por medio de la Carta Mensual, se beneficie con las experiencias de los demás.

También permite conocer, en su caso, el estado de languidez de un equipo, en cuyo caso puede poner remedio el Centro Director. Todo equipo que no quiere o no puede seguir francamente el juego es eliminado. Se trata de una disciplina necesaria, puesto que muchas agrupaciones mueren asfixiadas bajo el peso de miembros inútiles que no han sido podados a tiempo.

Cuando el Hogar Responsable se ve obligado a excluir a un matrimonio que no observa los compromisos de los Equipos, debe hacerle comprender que si bien el interés general exige su separación, no deja por ello de contar con el mismo afecto. Cuidará en ese caso de que continúen siendo sólidos los lazos amistosos.

El Hogar Responsable es designado por los hogares del equipo en el momento de su fundación y después al finalizar el año de trabajo. El que ha ejercido esta función durante el año puede ser reelegido. El Centro Director puede rechazar su designación.

Este Hogar Responsable de equipo no cumplirá bien su misión si no recurre a la oración. Por eso, los dos esposos se comprometen (salvo grave impedimento) a oír Misa una vez entre semana y a rezar durante diez minutos diarios.

VI. EL PAPEL DEL SACERDOTE EN EL EQUIPO

Cada equipo debe contar con el apoyo de un sacerdote. En efecto, todos los planes de trabajo no pueden sustituir la aportación doctrinal y espiritual del sacerdote. Este, no solamente da los principios, sino que ayuda también a los hogares a encontrar la aplicación de los mismos en su vida. Esta colaboración es fructífera. Sacerdotes y matrimonios aprenden a comprenderse, a apreciarse y a ayudarse; las intenciones apostólicas importantes del sacerdote las asumen los hogares, mientras aquél tiene presentes en su Misa a estos hogares cuyos esfuerzos, luchas y deseos conoce.

VII. LANZAMIENTO DE UN NUEVO EQUIPO

Lanzar un Equipo de matrimonios es una cosa delicada.

Un comienzo demasiado rápido, sin haber precisado bien los objetivos y los métodos, aboca casi necesariamente a un fracaso. Por lo

tanto, es necesaria una preparación que constará como mínimo de tres reuniones, dedicadas a la lectura y comentario de la Carta, lo cual se hará en lo posible bajo la dirección de un "Hogar Piloto". Después, el nuevo equipo formulará la petición de admisión temporal

Transcurrido por lo menos un año propondrá la petición de "compromiso". Si se acepta, los matrimonios del nuevo equipo se comprometerán ²a observar lealmente la Carta de los Equipos de Nuestra Señora, tanto en su espíritu como en su letra.

VIII. ADMISIÓN DE UN NUEVO MATRIMONIO EN UN EQUIPO

El matrimonio que desee ser admitido en un equipo ya formado, deberá tomar conocimiento de la Carta, que estudiará con la ayuda del Hogar Responsable o de otro matrimonio del equipo; luego, se ejercitará en practicar progresivamente las obligaciones. Después de una prueba leal de un año como mínimo, hará su solicitud de compromiso. Más adelante se compromete con el equipo con ocasión de la renovación del compromiso de los demás hogares.

¿Cómo procurar al nuevo hogar la formación adquirida por los otros hogares del equipo durante el estudio de los temas básicos? Corresponde al Hogar Responsable ayudarle a estudiar los puntos fundamentales, y le puede dispensar durante algún tiempo de contestar a los cuestionarios que en aquel momento se estudian en su equipo.

LA CARTA MENSUAL

Por alejados que se encuentren los equipos del Centro Director, es necesario un estrecho contacto entre ellos. No menos importante es la relación fraterna entre los mismos equipos, relación hecha de conocimiento mutuo, de ayuda y de oración.

² Nuestra psicología contemporánea es frecuentemente hostil a estas ceremonias de compromiso; como si fuesen inútiles o solamente espectaculares, Pero quien reflexione sobre ello descubre en seguida que los compromisos pierden fuerza en la medida en que desaparecen los ritos. De la misma forma en que los ritos pierden su sentido cuando no interpretan un compromiso profundo.

La **Carta Mensual**, dirigida a cada hogar, establece y mantiene este doble enlace vertical y horizontal. En ella se encuentran noticias de los equipos, reseñas de experiencias interesantes, el editorial de que se ha hablado antes, los textos de oración para la reunión mensual, informaciones, etcétera.

HOGARES DE ENLACE

Aunque muy útil, la Carta Mensual no es suficiente para que las relaciones entre el Centro y los equipos sean tan estrechas y fecundas como es de desear. Corresponde a los hogares de enlace hacerlas tales. Con este fin el Equipo dirigente les confía la relación con unos cinco Equipos. Son reclutados entre los hogares parisinos o entre los hogares de regiones donde los Equipos son numerosos. Sus frecuentes contactos con el Equipo dirigente los ayudan a transmitir sus impulsos y a tenerle al corriente de los deseos y necesidades de los Equipos. Gracias a ellos, las relaciones entre equipos y Equipo dirigente no son puramente administrativas, sino que son fraternas y fructíferas.

EL EQUIPO DIRIGENTE

Está compuesto por sacerdotes y matrimonios. No es únicamente un órgano administrativo, sino el órgano motor de todo este gran cuerpo constituido por el conjunto de equipos. Su misión es la de mantener viva la mística y fuerte la disciplina. Sus miembros deben vivir cerca de Dios en la oración y cerca de los equipos mediante una solícita amistad.

Por su parte, los hogares deban sostenerlo con sus oraciones y ayudarla con sus observaciones y sugerencias.

Los esposos no considerarán su ingreso en los Equipos y su adhesión a la Carta como un término, sino como un punto de partida. La ley del hogar cristiano es la caridad. Ahora bien, como ésta carece de límites, desconoce el descanso.

En la fiesta de la Inmaculada Concepción de 1947.

Nota I. EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA Y PARROQUIA

Los Equipos no son, ya se ha dicho, una organización de apostolado, sino un grupo de espiritualidad. Esto no significa, sino todo lo contrario, que rehúsen responder a la llamada de su clero cuando éste estime oportuno confiarles responsabilidades en la parroquia. Se podría citar el ejemplo de numerosos Equipos que se han encargado de la organización de ayuda mutua entre familias, de Ejercicios o Retiros espirituales de matrimonios, de ejercicios cuaresmales o de cursillos prematrimoniales y que aportan un precioso concurso a los esfuerzos de pastoral litúrgica o misional de su párroco y son para él un sólido punto de apoyo.

Nota II. EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA Y L'ANNEAU D'OR

Son dos cosas distintas. *L'Anneau d'Or* no es el órgano de los Equipos: un suscriptor de la revista no es necesariamente un miembro de la organización. El espíritu es, ciertamente, el mismo y hay, de una parte y de otra, la misma voluntad de promover el reino de Cristo en los hogares. También es verdad que *L'Anneau d'Or* es un precioso instrumento de trabajo para los Equipos y que las encuestas y trabajos de éstos son una apreciable contribución a la redacción de la Revista. Pero no es menos cierto que *L'Anneau d'Or* se dirige a un público más amplio y que entre sus colaboradores hay quien no pertenece a los Equipos.

Nota III.

Esta Carta no está redactada de modo intangible. Quiere permanecer viva y puede sufrir reformas. Los hogares de los Equipos deberán cordialmente hacer conocer al Equipo dirigente lo que, por su experiencia, les parezca susceptible de mejora o modificación.

6

Vocación e itinerario de los Equipos de Nuestra Señora

Texto de una conferencia hecha durante la peregrinación de los Equipos de Nuestra Señora a Roma en mayo de 1959, sacado del número especial de L'Anneau d'Or: Mil hogares en Roma

Mis queridos amigos de los Equipos:

El sábado, el reverendo Padre Carré nos habló del trabajo de reflexión acerca del matrimonio, que los teólogos han realizado durante los veinticinco últimos años. Sacó los grandes ejes de esta búsqueda. Pero es menester que esta reflexión de los teólogos se convierta en vida de los hogares. Los Equipos de Nuestra Señora se aplican en ello: incluso es su razón de ser. Y nuestra alegría es grande, ya que ayer oímos a su Santidad Juan XXIII aprobar nuestra meta y alentarnos, con toda su eminente autoridad y su paternal bondad, para que sigamos con nuestros esfuerzos en el camino que hemos emprendido.

Queremos responder a la confianza del Papa, pero, para ello, es im-

portante que tengamos una visión exacta de los objetivos de nuestro Movimiento. De allí la importancia de esta parada que es nuestra peregrinación.

Nos tiene que llevar a tomar mejor conciencia de la voluntad de Dios sobre los Equipos, a interrogarnos sobre nuestra manera de responder a esta voluntad, a decidarnos a corresponderle cada vez mejor «con confianza y humildad» según el consejo del Santo Padre.

Resulta siempre delicado interrogar la voluntad de Dios: se puede hacerle decir lo que queremos que diga. Sin embargo, nada es más necesario.

No necesito decirlos que no he conocido la voluntad de Dios sobre nuestro Movimiento por una revelación: he intentado descubrirla poco a poco, descifrarla en los acontecimientos, día a día -de la misma manera que vosotros, padres, intentáis discernir la vocación de un hijo mirando cómo evoluciona, con amor atento. Desde el día ya lejano en que, sacerdote joven, recibí la visita de una pareja joven deseosa de ser ayudada en su caminar hacia Dios, hasta hoy ante esta inmensa asamblea me he esforzado en comprender las necesidades y aspiraciones de los hogares cristianos, de percibir en ellos las pulsaciones de la gracia, para ayudarles a responder a ellas.

No os ocultaré que he conocido horas difíciles: ¿cuáles son los deseos y aspiraciones que hay que satisfacer, por ser orientados hacia el progreso, al crecimiento espiritual? ¿A cuáles hay que oponerse por tender hacia la mediocridad, hacia la dejadez?

Hoy me propongo presentaros las grandes etapas de nuestro Movimiento en el transcurso de los veinte últimos años, para ayudarlos a reconocer la conducta de Dios sobre nosotros y a captar lo que llamaría: la vocación de los Equipos de Nuestra Señora. Veo cinco fases en nuestra historia, que vamos a recorrer sucesivamente.

LOS ORIGENES

Subiendo por el río hasta la fuente, encontráis a cuatro hogares jóvenes, ricos de un amor completamente nuevo. Porque son cristianos convencidos, no quieren vivir su amor al margen de su fe. A falta de ideas muy concretas sobre la doctrina del matrimonio cristiano, una intuición muy fuerte les llena de esperanza y los conduce hasta el

sacerdote: «Este amor humano que es nuestra riqueza y nuestra alegría, no es posible que Dios no lo considere como algo muy hermoso y muy grande; queremos saberlo, nos lo tiene que revelar». Al escucharles adivino fácilmente que les decepcionaría cruelmente si no les doy más que definiciones jurídicas, si no les ofrezco más que reglas morales. En una circunstancia parecida, ya se me había dado esta contestación irónica y decepcionada: «Se le habla de amor y contesta: familia».

No sabía mucho más que mis interlocutores. Por lo menos, tenía el convencimiento de que, ya que el amor viene de Dios, ya que el matrimonio es institución divina, la idea divina del amor y del matrimonio tenía que ser mucho más exaltante que todo lo que estos hombres y estas mujeres jóvenes podían imaginar. Mi respuesta fue: «Busquemos juntos, unámonos y vayamos de descubierta».

Reuniones inolvidables. El mismo clima de alegría que el de una salida al alba, por un hermoso día de verano, para un paseo en la montaña. Cada uno de nosotros aporta lo que tiene: el sacerdote, sus conocimientos sobre el matrimonio y el conjunto de la doctrina cristiana; ellos, su experiencia primaveral del amor y del matrimonio. Sin duda ninguna, para encontrar lo que buscamos no hay que atenerse a consideraciones biológicas, psicológicas, sociológicas, y hay que ir más allá de los puntos de vista jurídicos y morales. Si el matrimonio es un «gran misterio» como lo dice San Pablo, solamente una mirada de fe puede penetrar en su riqueza divina. Y de hecho nuestras reuniones se desarrollan en un ambiente de fe viva, curiosa, entusiasta.

Poco a poco va sobresaliendo el lugar eminente del matrimonio cristiano en el gran designio de Dios. Nos aparece como ordenado a la gloria del Señor. Sus fines son en efecto la multiplicación de los hijos e hijas de Dios, la ayuda mutua de los esposos en su búsqueda de la santidad. No es necesario buscar en otra parte para avanzar hacia el Señor: el matrimonio es un camino sagrado, la familia cristiana es una célula viva de la Iglesia.

No solamente el matrimonio se sitúa en el designio de Dios, sino que también revela sus riquezas. Este fue uno de los descubrimientos más alegres de estos espíritus jóvenes y deseosos de saber. ¡Cómo se aplicaban para descifrar la parábola del matrimonio! Los profetas la nombraron muchas veces para que entendamos mejor la alianza de Dios con su pueblo Israel. San Pablo mismo, para hacernos entrever la

unión de Cristo y de la Iglesia y después los místicos, para revelarnos la intimidad de amor de Cristo con el alma cristiana, todos pensaron que nada mejor que esta parábola del amor conyugal.

Pero había aún más para descubrir. El matrimonio cristiano, sacramental, no solamente representa la unión de amor entre Cristo y la Iglesia, sino que también hace participar a la pareja en esta unión. Quiero decir que gracias al sacramento del matrimonio el amor que une Cristo con la Iglesia es el mismo que trabaja para unir, hacer vivir y regocijar el esposo y la esposa.

Trabajábamos desde hacía apenas un año cuando surgió la gran prueba. Nuestro grupo y cada uno de los hogares se vio disociado por la partida de los hombres a la guerra.

Pero habíamos hecho una experiencia capital de la cual me gustaría sacar brevemente las lecciones, ya que explican las orientaciones que siguieron.

Me había dado cuenta de cómo conviene presentar la doctrina cristiana del matrimonio a hogares jóvenes, cuando se les quiere convencer de caminar hacia Dios con buen paso. Lo acabo de esbozar. No insistiré sobre ello.

A la vez había tenido la explicación sobre el clásico fenómeno que entristece a los sacerdotes y a los mismos hogares: la disminución de la vida cristiana al principio del matrimonio. Entrevista la explicación, el remedio se había encontrado. Esta disminución proviene de que las parejas jóvenes disocian amor humano y amor divino y no ven el lazo de unión que existe entre los dos. Si se les enseña que no es necesario rebajar el uno para hacer crecer el otro, que el amor humano debe llevar al amor divino y el amor divino al amor del cónyuge.

Si comprenden que con el sacramento no solamente el matrimonio se encuentra santificado, sino que también santifica, entonces el hecho de entrar en el matrimonio ya no supondrá un debilitamiento de la vida cristiana, sino que iniciará un nuevo punto de partida. Así no tienen que contar con las primeras decepciones para volverse hacia Dios.

No menos evidente se me apareció la fecundidad de la colaboración del sacerdote y los hogares. No solamente a mí. A ellos también; uno de ellos lo había entendido muy bien, cuando un día en su oración daba gracias a Dios por «el matrimonio de nuestros dos sacramentos». El sacerdote aporta la doctrina, los hogares la

experiencia: de esta conjunción sale un arte de vivir cristianamente el matrimonio.

Unos lazos se habían establecido no solamente entre ellos y el sacerdote, sino también entre ellos. Habían comprobado que nada tanto como buscar juntos el pensamiento de Dios. Y nada tan necesario como esta unión para unos hogares que quieren progresar en esta búsqueda para vivirla cada vez mejor.

Otra lección se podía sacar de nuestra experiencia, el lugar que la oración había tomado en nuestras reuniones: así como el rayo luminoso vuelve a su fuente cuando se encuentra con un espejo, así también al caer en unos corazones rectos y puros la verdad que viene de Dios vuelve espontáneamente hacia Dios en forma de oración.

Estoy seguro de que, al escucharme, acabáis de entender el origen de algunos de los aspectos esenciales de vuestra vida de equipo.

LA ELABORACION

La fase que acabo de presentaros se había desarrollado en un clima de alegría primaveral: unos hogares jóvenes, un amor nuevo, la gracia del sacramento del matrimonio en su primer brote. La segunda fase se inicia en París en 1940 en un ambiente de desastre. Pero el mismo instinto vital conduce a los matrimonios hacia el sacerdote: la necesidad de salvar su amor. Han oído hablar de los experimentos intentados antes de la guerra -de los que os acabo de hablar y de algunos más- y a su vez, se quieren comprometer en este camino.

La vida de estos nuevos grupos se parece a la del primero, pero se desarrolla en un ambiente más grave. A lo largo de los años se llega a una ampliación y una profundización.

Los hijos se multiplican, crecen: la vida conyugal revela nuevas riquezas y conoce pruebas inesperadas; las dificultades materiales y los peligros que amenazan al país también amenazan a los hogares. Su fe en Dios, en el amor conyugal, en la vida, ¿todo ello podrá resistir?

Y resistió. Nuestros hogares han podido comprobar que la erosión del tiempo no afecta a los que se abre sobre lo eterno. Pero para que en ellos el amor progrese -amor de Dios y amor mutuo- hace falta que los esposos avancen en el conocimiento de Dios y de su designio. ¿Quiere esto decir que ha llegado el tiempo para ellos de ir más allá de la doctrina del matrimonio y de llevar sus investigaciones a otros

terrenos? Sí y no. Con una profundización de la doctrina del matrimonio van a descubrir los demás sectores de la doctrina católica. En efecto, comprenden que no se trata de aislar el matrimonio del conjunto de esta doctrina, sino más bien de situarlo bajo los fuegos entrecruzados de los grandes dogmas: la vida trinitaria, la encarnación redentora, el cuerpo místico, la vida litúrgica, y sacramental... Con estas luces, que a la vez les revela grandezas nuevas, el matrimonio les hace acceder a un mejor conocimiento de los misterios del cristianismo.

No se les ahorran las críticas: ¿para qué tanto tiempo pasado a estudiar y a meditar? Su existencia misma da la respuesta: el matrimonio y las verdades cristianas mejor conocidos, los viven mejor.

Entonces es cuando sale lo que llamamos: «espiritualidad conyugal y familiar» o también «espiritualidad del cristiano casado». La expresión es afortunada aun cuando encierra un equívoco. Se puede traducir: ¿Cómo vivir cristianamente las realidades conyugales y familiares? ¿Cómo vivir, en el matrimonio, todas las exigencias de la vida cristiana? Miembros de los Equipos de Nuestra Señora, sabéis que hemos optado por esta segunda interpretación.

¿Cómo vivir todas las exigencias de la vida cristiana, en el estado del matrimonio? La segunda parte de la frase constituye el problema. Oración, caridad, abnegación, pobreza, castidad, apostolado se imponen a cualquier cristiano, casado o no. Pero en nuestras reuniones de trabajo aparece que estas virtudes no se tienen que vivir igual por cristianos casados que por monjes. Si no se verían muy pronto impracticables. Para la madre obligada por sus hijos a levantarse por la noche, el ascetismo no es primero llevar un cilicio; para los esposos, la pobreza evangélica consiste a veces en aceptar un hijo más; para ellos, la castidad no reside en la exclusión, sino en el buen uso de las relaciones sexuales... Resultaba apasionante buscar los principios y las reglas de vida que fundamentan la espiritualidad del cristiano casado. De esta manera, durante los años sombríos, *L'Anneau d'Or* se preparaba, y, fundado en 1945, al final de esta segunda fase, se esforzó por dar a conocer a muchos hogares este arte de vivir cristianamente en el matrimonio y las tareas temporales, este estilo cristiano de vida en el hogar que poco a poco se había elaborado en nuestros grupos de trabajo.

Segundo terreno donde se manifiesta una profundización durante

los años 40-45: la amistad entre los hogares. La amistad nació espontáneamente en el primer grupo, favorecida por la alegría de los descubrimientos hechos en común. En el clima grave de los años de guerra, se descubrió con más profundidad las exigencias de la caridad de Cristo. Bajo una forma u otra, las dificultades visitaban entonces a todos los hogares. Y la privación de bienes materiales no era la más cruel. La ausencia del padre, prisionero o llevado a campo de deportación, se dejaban duramente sentir en muchos hogares. Otros se veían amputados de su jefe por la muerte. Así se comprendió que lo esencial de la caridad es la ayuda mutua, este recurso material y moral que se da a un hermano en Cristo para ayudarlo a responder plenamente a la voluntad de Dios, a cumplir bien con su misión humana y cristiana. Los que han vivido estos años de intensa caridad fraterna conservan de ella una cierta nostalgia; con una vida más fácil, la ayuda mutua tiene muchas veces tendencia a relajarse.

Me iluminó el poder constatar que, por el hecho de haber invitado a maridos y mujeres a amarse mejor dentro del hogar y por el hecho de haber invitado a los hogares a amarse dentro del equipo, no se había producido un «aislacionismo», como algunos lo habían temido. Al contrario. Cuando el corazón humano comete la imprudencia de abrirse a la caridad de Cristo, ésta se amplía de manera irresistible a las dimensiones de la Iglesia y del mundo. Enseñar a los esposos a amarse mejor, a los hogares a ayudarse mutuamente, es iniciarles al amor de todos los hombres, incluso los enemigos. Pienso en una viuda que me pidió que celebrase una misa por el aviador que había lanzado la bomba que mató a su marido. Recuerdo también esta frase escrita por alguno de vosotros, rescatado de los campos de concentración: «No es a pesar de mis cargas familiares, sino precisamente porque era esposo y padre que me he comprometido en este conflicto». ¡Cuántas veces también he visto en nuestros grupos a hombres y mujeres que, viendo las necesidades y dificultades de los miembros del Equipo, tomaban conciencia de las condiciones de vida inhumana de millones de hogares (condiciones que hacen muy difícil si no imposible el ideal cristiano del matrimonio) y comprendían el deber imperioso que tenían de comprometerse en tareas sociales!

En el terreno de la oración por fin, también se hizo notar una profundización. Brotaba espontáneamente en el grupo de antes de la guerra, como la alabanza cara a la belleza. Ahora se la buscaba, se

imponía. ¿Quién no se sentía débil y desprovisto frente a un porvenir inquietante? Se descubría entonces la humilde oración de petición. Los que pertenecían a los Equipos en aquellos años lejanos conservan un recuerdo inolvidable de estas veladas enteramente dedicadas a la oración. Incluso a veces noches enteras. Recuerdo también la llamada de teléfono de una mujer joven diciéndome que su marido acababa de ser arrestado y llevado. En seguida todos los miembros del equipo fueron avisados y, la noche siguiente, en casa de esta mujer, la oración fue ininterrumpida. Simplemente, cuando uno se sentía demasiado cansado, se iba a dormir un rato, las mujeres en una habitación, los hombres en otra. Nos separamos después de una misa celebrada a las 6 en una iglesia vecina, dejando paz y confianza a la esposa y a los hijos de nuestro amigo. Estos recuerdos hasta nos hacen sentir una cierta vergüenza de nuestra tibieza de hoy- Quizás menos peligros nos acechan directamente, pero ¿acaso el mundo necesita de menos oración?

LA CARTA

La guerra se termina, los prisioneros vuelven, los grupos de hogares están a la orden del día y se multiplican. Temible éxito: ¿todos los matrimonios acuden por deseo de profundizar su vida cristiana? No resultaba evidente. A veces, parecía más bien curiosidad, búsqueda de amistades humanas, esnobismo. Además, los hogares más antiguos, los de la fase heroica, se ven tentados de relajarse en la euforia de la paz recobrada, de las viejas amistades confortables. ¿El hermoso empuje que había animado los primeros grupos se había agotado ya? Se había puesto tanta esperanza en estos grupos de hogares: ¿había que renunciar?

Había una crisis: pero no todas las crisis derivan en fracaso. Cuántas veces, en nuestras reuniones de hogares, pensando en el desarrollo del amor conyugal, estudiando la evolución de los hijos, habíamos constatado este fenómeno de las crisis en el crecimiento de cualquier vivo, y que llevan al progreso o a la regresión según la manera de llevarlas. ¿Qué había que hacer para que la de nuestros grupos favorezca un progreso, el llegar a una madurez? ¿Cuál podía ser la voluntad de Dios?

No os ocultaré que es la historia de la Iglesia, el estudio de la vida religiosa, lo que me inspiró la solución. Busqué el porqué la santidad nunca dejó de florecer y volver a florecer en las órdenes religiosas a lo largo de los años, a pesar de las crisis interiores y exteriores y comprendí que uno de los factores esenciales de la solidez y la vitalidad de estas órdenes era su regla. Entonces, me pregunté: ¿por qué no proponer una regla a los cristianos casados deseosos de progresar espiritualmente? No una regla de monjes, sino una regla para laicos casados.

¿Qué orientaciones había que dar a esta regla? ¿Más mística y poniendo el acento sobre el ideal evangélico? ¿Más jurídica y determinando unas obligaciones? Sin duda, habría que unir los dos puntos de vista. Por eso, vuestra regla, la Carta Fundacional de los Equipos de Nuestra Señora, en una primera parte fija la meta hacia la cual hay que tender, y en una segunda parte, los medios -métodos y obligaciones- para conseguirlo.

Me parece necesario, en esta etapa importante de nuestra historia que es nuestra peregrinación a Roma, presentaros la Carta Fundacional de los Equipos de Nuestra Señora en su significado más profundo. Podría haber empezado por allí y dejar de contaros la historia de los Equipos. Pero son las observaciones y experiencias hechas durante las dos primeras fases del Movimiento las que explican y justifican lo que llamaría la pedagogía de nuestra Carta.

Primer objetivo de esta Carta: presentar el ideal cristiano del matrimonio y determinar los medios que van a permitir a los hogares adquirir de ello una mejor inteligencia. Durante los años anteriores, ya recordaréis que había comprendido que para llegar a una vida espiritual generosa en los cristianos casados había primero que hacerles descubrir las grandezas de su vocación.

¿Cómo la Carta Fundacional favorecía este descubrimiento? Con el tema mensual de estudio sobre el tema de espiritualidad conyugal y familiar. La obligación que tenéis de estudiar este tema durante el mes, marido y mujer juntos, y después de poner por escrito vuestras reflexiones para enviarlas al que dirigirá el debate durante la reunión mensual, presenta varias ventajas importantes. Primero os obliga a profundizar en el tema, a concretar vuestro pensamiento, os hace acostumbraros a ayudaros mutuamente, marido y mujer, en el estudio de vuestra fe y por fin, durante la reunión mensual, permite un

intercambio de puntos de vista tanto más provechoso si ha sido bien preparado por el que dirige el debate, gracias a vuestras respuestas.

Los ejercicios cerrados, al menos cada dos años, es otro medio privilegiado para entrar más adelante en la inteligencia de la vida cristiana. Lo había podido constatar ya en 1939, fecha de los primeros ejercicios cerrados que prediqué a hogares. Es cierto que algunos predicadores piensan que los ejercicios no se hacen para esta profundización en las riquezas del dogma cristiano, sino solamente para la oración, la revisión de vida, las resoluciones. En cuanto a mí, pienso que hay que proponerse los dos objetivos, por lo menos cuando se trata de hogares cuya cultura religiosa necesita enriquecerse mucho.

Pero la Carta Fundacional no solamente tiene como meta el hacer descubrir las grandezas de la fe cristiana. Tiene igualmente que ofrecer los medios para que el hogar pueda vivirlas. «Ay del conocimiento que no se vuelve amor». De ahí una serie de obligaciones que tienen como razón de ser el hacer progresar los hogares en la vida cristiana, invitándoles a recurrir a Dios, al sacerdote, a la ayuda mutua fraterna, a la ayuda de un cuadro.

Presento en primer lugar las obligaciones numerosas que conducen a los hogares a buscar ayuda en Dios. *La oración conyugal y familiar*: Cristo, presente en el hogar por el sacramento del matrimonio, espera primero de los con quien vive que se unan a él para alabar al Padre. *La oración en la reunión mensual*: situada después de la cena, antes de los intercambios, este largo rato de oración es el gran momento de la reunión, el que consideráis más importante. *La oración a la Virgen*, que cada miembro de los Equipos dice cada noche, reúne de manera invisible a todos los hogares del Movimiento, de Europa, de África, de América, para pedir a Aquella bajo cuyo patrocinio nos hemos colocado, que les ayude a servir a Dios cada vez más perfectamente. No es necesario decir que los ejercicios presentados antes como un medio de profundizar en unos conocimientos religiosos son también y primero un tiempo privilegiado de oración.

Al invitar a los hogares a recurrir a Dios primero, los Equipos les ofrecen también la ayuda de aquel que es el gran don de Dios a los hombres para conducirles hacia El: *el sacerdote*. El papel del consiliario de Equipo es capital en nuestro Movimiento. A los sacerdotes que vienen a preguntarme sobre este papel suelo mostrarles que nuestro Movimiento -su organización y sus distintos métodos- es

esencialmente un instrumento puesto a disposición de los sacerdotes para permitirlos llevar mejor su misión de educadores espirituales de los hogares.

Otra gran ayuda que ofrecen los Equipos: la ayuda mutua. La mística de la ayuda mutua, las obligaciones de ayuda mutua: entre esposos, entre hogares, entre Equipos. La ayuda mutua es uno de los nombres propios de la caridad. «Llevad las cargas los unos de los otros, decía San Pablo, y cumpliréis la ley de Cristo».

La ayuda mutua entre esposos es, como decía Pío XI en *Casti Connubii*, uno de los fines esenciales del matrimonio. Se debe hacer cada día. La obligación de una conversación mensual entre los cónyuges, que llamamos «Deber de sentarse» se debe considerar con esta óptica de ayuda mutua espiritual: marido y mujer juntos, bajo la mirada de Dios, buscan su voluntad y su pensamiento sobre su hogar, para cumplirlo mejor. ¿Quién podría decir cuántos hogares deben su equilibrio humano y espiritual a la práctica del Deber de sentarse? Oración conyugal y familiar, estudio en común del tema: estas obligaciones, ya nombradas, son también medios de ayuda mutua entre los esposos.

Ayuda mutua entre los hogares. Es en un sentido la razón de ser de los Equipos. Recordad este pasaje de la Carta Fundacional: «Al conocer su propia debilidad y el límite de sus fuerzas, pese a que su voluntad es ilimitada, porque experimenta a diario la dificultad de vivir cristianamente en un mundo paganizado, y porque tienen una fe inquebrantable en la eficacia de la ayuda mutua fraterna, han decidido formar equipo». Todos los momentos y todas las actividades de la reunión mensual se ven orientados hacia esta ayuda mutua fraterna: la comida y «puesta en común» donde se dicen las noticias, alegrías, penas, fracasos y éxitos, donde se piden consejos y ayudas, la «participación» de este momento cruel y bienhechor donde cada uno da cuenta de qué manera ha respetado las obligaciones de la Carta. La oración y el intercambio de puntos de vista se deben de ver también bajo esta óptica de ayuda mutua entre hogares... Pero, ya lo sabéis, esta ayuda mutua no se puede limitar a los medios que acabamos de examinar. Hay que estar atentos a las necesidades de los coequipiers. Conocemos a muchos hogares que ha salvado, materialmente y moralmente. Una carta que acabo de recibir me da un ejemplo de ello - que es también un símbolo. Una mujer estaba entre la vida y la muerte después de un parto dramático. Había perdido mucha sangre, se

imponía una transfusión: todos los miembros del Equipo se ofrecieron espontáneamente para salvarla.

Por fin, *ayuda mutua entre Equipos*. Nuestro Movimiento es un equipo de equipos. Así los Equipos antiguos ayudan a los que nacen en la otra punta del mundo, haciendo que se aprovechen de sus experiencias. Pero el Movimiento entero se aprovecha del ejemplo de cada Equipo, del dinamismo apostólico de los de Brasil, de la amistad fraternal que, en la Isla Mauricio, ha triunfado sobre los prejuicios raciales, etc. El testimonio de este hogar belga ofreciendo a Dios el niño que la muerte les había arrebatado, comentado durante un retiro, ha devuelto la paz a un hogar suizo que no podía aceptar una prueba similar.

Nuestros contemporáneos, bastante individualistas y francotiradores, sólo ven en un marco, molestia, encarcelamiento. Sin embargo, los Equipos, lejos de pedir perdón por ello, proponen su *fuerte estructura* y su *rigurosa disciplina* como una ayuda de gran precio: primero la Regla y luego el compromiso de respetarla dentro de un plazo de dos años después de afiliarse, el control concerniente, la manera de respetar las obligaciones de la Carta -control: no me asusta la palabra-pero control inspirado por la caridad y llevado a cabo con vistas a ayudar al crecimiento de la caridad, y por fin los Responsables que de arriba abajo son los guardianes de la Regla, de su correcta interpretación y de su aplicación.

Tengo que referirme aquí, después de esta larga enumeración de ayudas que nos ofrece la Carta, a un medio de progresar que tiene para nosotros un lugar privilegiado: se os pide que os paréis periódicamente para colocar vuestra vida bajo el haz luminoso de la voluntad de Dios, para verificar, con lealtad y generosidad, de qué manera le sois fieles, para así concretar las resoluciones que os van a permitir responderle mejor.

A nivel individuo, este método encuentra su aplicación en la obligación de la *regla de vida*. La Carta, dadas las diferencias de edad, de cultura, de formación espiritual entre los hogares, no puede proponer más que un programa mínimo. Por eso dice que cada miembro debe darse un reglamento de vida que determine las obligaciones que cree se debe imponer para corresponder mejor a la espera del Señor.

A nivel pareja, es el *Deber de Sentarse*. No voy a volver sobre ello. A

nivel Equipo, es la reunión de fin de año, llamada también *reunión balance*, donde con franqueza y buena voluntad uno se pregunta qué reformas conviene adoptar, qué pasos adelante hay que hacer para que la vida de equipo progrese en los terrenos de la oración, del estudio, de la amistad fraterna.

Esto es, de manera demasiado larga y demasiado breve, lo que es la Carta Fundacional de los Equipos de Nuestra Señora, su razón de ser, sus objetivos, su pedagogía. Cuando, hace doce años, la propuse a los grupos que existían entonces, tenía un cierto temor: ¿sería comprendida y aceptada, aportaría la solución a la crisis de la que hablé antes? De hecho, algunos grupos nos han dejado, ya que no les gustaba adoptar una regla. No sin tristeza por otra parte, ya que estaban muy amarrados al espíritu del Movimiento. La mayoría la adoptó no tanto por entusiasmo como por confianza.

Los años han aportado una confirmación inesperada a lo bien fundado de la Carta. Se ha visto y se ve a muchos hogares que llegan a los Equipos precisamente porque proponen una regla en la cual encuentran un sentimiento de fuerza y de seguridad ¿Quiere esto decir que nuestro Movimiento en marcha no comporta todo un contingente de gente que se arrastra y gruñe? Moisés también los tenía en su caravana y yo no soy Moisés y no os llevo hacia una tierra donde manan la leche y la miel.

¿Necesito precisar una vez más que la Carta no es un fin, un absoluto? Si se nos demuestra que una de las obligaciones o uno de los métodos no es un medio de hacer progresar en la caridad al conjunto de los hogares -que es lo que importa- de inmediato se le retirará o corregirá.

LA EXPANSION

La Carta Fundacional requirió tres años, de 1947 a 1950, para salir a la luz. Hace nueve años que el Movimiento vive de ella. Y se encuentra bien.

Las 4.ª y 5.ª fases que me quedan para presentar se superponen a la fase de la Carta más que le suceden.

Después de la promulgación de la Carta Fundacional, los Equipos se han desarrollado rápidamente en Francia, en Bélgica, en Suiza. Visiblemente, el Movimiento respondía a la espera de muchos hogares.

¿Pero, llegaría más allá de las fronteras lingüísticas y de los océanos? De hecho e independientemente de toda publicidad que nos repugna, los Equipos han llegado, de año en año, a 19 países donde están ya implantados: en 1950 Brasil, en el 51 Luxemburgo, en el 52 Bélgica de habla neerlandesa, en el 54 España (este mismo año se fundaron los Equipos por correspondencia), en el 56 Portugal, Isla Mauricio, Canadá y los Equipos de Viudas, en el 57 Holanda, Gran Bretaña, en el 58 Alemania, Colombia y Estados Unidos. Desde mayo de 1959 los Equipos han nacido en Inglaterra, Italia, Australia y Dinamarca.

Esta expansión inesperada parece probar que esta aspiración de los hogares cristianos a unirse para vivir mejor su fe es un mar de fondo de los que la historia de la Iglesia nos ha ofrecido muchos ejemplos. Aún ayer recibía un testimonio: uno de nuestros hogares franceses instalado en California por algún tiempo había hablado a su alrededor de ejercicios espirituales para hogares: 25 hogares se han dejado convencer y han vuelto entusiasmados.

Y, ya que hablo de América, no puedo dejar de nombrar los importantes Movimientos de hogares, que, en una óptica bastante diferente de la nuestra, trabajan admirablemente al desarrollo de la vida cristiana de los hogares, en Argentina, Uruguay, Estados Unidos. Buenas amistades se han establecido entre ellos y nosotros.

El impulso de los Equipos de Nuestra Señora más allá de las fronteras y de los océanos planteó un problema nuevo. ¿Había que promover en cada país una dirección nacional autónoma o concebir un gran Movimiento con una dirección única? La cuestión fue debatida largamente durante unos encuentros internacionales y finalmente se optó por la fórmula del Movimiento único. Desde luego no porque fuera más fácil: esta solución impone al Equipo dirigente unas cargas muy pesadas, pero nos pareció que cuando no existen razones imperiosas, como es el caso para organismos culturales, sociales o políticos... hay que ir en el sentido de la unidad más perfecta -es responder así al deseo de Cristo que nos dice en su oración del Jueves Santo: «Que sean uno como nosotros somos uno». ¿El ejemplo de las grandes órdenes religiosas no nos demuestra además que en el terreno de la espiritualidad no hay fronteras? Es una experiencia que estáis haciendo con alegría, todos vosotros que estáis pasando juntos unos días en Roma. En nombre de esta fraternidad de los hogares, hemos querido mezclar las nacionalidades en vuestros Equipos de ocho

hogares peregrinos. Y sé que ya unas amistades estupendas se están entablando. ¿No resulta maravilloso para los corazones cristianos ver cómo todos estos hogares se dan la mano por encima de las fronteras?

Al optar por la unidad se imponía que el Equipo dirigente se constituyera con sacerdotes y hogares de distintos países, que unos encuentros internacionales permitieran la puesta en común de experiencias e investigaciones. Esto se irá haciendo poco a poco. Se irán poco a poco organizando los órganos necesarios. Uno de mis mayores deseos es que sacerdotes no franceses vayan aportando su concurso al Centro director.

No es menos urgente que unos hogares, renunciando a su profesión, se dediquen al desarrollo y a la acción apostólica del Movimiento, tanto en el plano de la dirección central como en cada país. No dejéis de confiar estas intenciones al gran Apóstol de las naciones cuya tumba habéis querido como lugar de cita para nuestros grandes encuentros (San Pablo Extramuros).

No necesito decir que aun siendo un Movimiento supra-nacional, los Equipos de Nuestra Señora quieren ser filialmente sumisos a la jerarquía de la Iglesia, en cada país, en cada diócesis.

HACIA EL PORVENIR

Los hijos, al crecer, van planteando problemas nuevos, ya lo sabéis. También nuestro Movimiento. Hay que esperar, pues, fases nuevas, y también crisis nuevas. Esto es una ley de los vivos, ya que para llegar a un nuevo nivel de evolución hay que atravesar un período crítico. Me gustaría para terminar hablaros de los signos que me hacen presagiar una quinta fase bastante próxima.

Después de varios años de vida de equipo -y muchas veces coincide con el difícil período de la cuarentena en los esposos, lo cual no simplifica las cosas- los hogares se encuentran en una encrucijada: dos vías se les ofrecen, una que sube, la otra quedando más abajo.

Unos que, poco a poco, han llegado a una madurez espiritual, evolucionan en el sentido del progreso. No analizan siempre lo que les ocurre. En realidad, la llamada a la perfección se hace oír en lo más íntimo de su conciencia; presienten lo que es el amor de Dios, sus terribles exigencias y sus dones magníficos, y piden al Movimiento

que les ayude a responder a esta llamada.

Otros presentan signos de esclerosis, de envejecimiento espiritual, de esta «tibieza» que tanto temían los antiguos Padres del desierto. Los hay que se van eliminando solos. Así este matrimonio que escribió a su Equipo: «Considero que mi vida religiosa es suficiente y no veo la necesidad imperiosa de mejorarla. Además, nuestro progreso a través del Equipo ha sido poco considerable y muy difícil de realizar. El Movimiento es altamente idealista y debo decir que el combate de la vida me ha hecho abandonar todo idealismo». Sin embargo, otros se quedan -e incluso iba a decir se incrustan- en el Movimiento. U observan la regla, pero se contentan con ello, se encuentran satisfechos de ellos mismos y esto es grave: para ellos la Carta es un tope y no un trampolín y recuerdan a los fariseos. O toman y dejan lo que les parece de las obligaciones de los Equipos cuando no es de las consignas de Cristo. No puedo ocultar que la angustia del sacerdote es grande ante estos hogares. Se parece a la de los padres que descubren un día que su hijito o su hijita se ha parado en su desarrollo mental, lo cual es una prueba de las más terribles. También estos hogares parecen definitivamente parados en su evolución espiritual (hablo de hogares, pero a veces es uno de los dos el que padece este mal). Para ellos, se puede temerlo todo, ya que quien no avanza va hacia atrás.

Ante las aspiraciones de unos, la dejadez de otros (los menos numerosos por fortuna), pienso que nuestros antiguos Equipos se encuentran en una encrucijada tan grande como antes de la Carta. Una opción se impone. Para entrever la solución hay que considerar atentamente la naturaleza de nuestro Movimiento. ¿Nuestros equipos son un movimiento de iniciación a la vida cristiana dentro del matrimonio o un movimiento de perfeccionamiento cristiano? Solamente la respuesta a esta pregunta nos puede colocar en el buen camino.

Si nuestros Equipos son un movimiento de iniciación a la vida cristiana no deben retener a los hogares más que un tiempo. Permanecer más allá de un cierto límite en un movimiento de iniciación es un contrasentido que favorece al infantilismo. No se pasa uno la vida iniciándose. No queremos que nuestro Movimiento sea una guardería de eternos menores, de espiritualmente débiles, una asociación de gente que vive de la renta de la vida espiritual. Pero si nuestros Equipos son un movimiento de perfeccionamiento, «una

escuela de perfección», según la antigua denominación de las órdenes religiosas, entonces sí que los hogares pueden pensar quedarse en él. Pero es importante que los hogares, después de la etapa de iniciación, se orienten deliberadamente hacia la perfección evangélica, tomen su Cruz y se entreguen a las exigencias del Amor, caminen hacia el don total.

Movimiento de iniciación, movimiento de perfeccionamiento, ¿qué tenemos que elegir? Estoy convencido de que nuestros Equipos deben ser a la vez movimiento de iniciación y movimiento de perfeccionamiento. Si fueran solamente movimiento de perfeccionamiento, los hogares dudarían en entrar. O si entrasen, no sabrían a qué se comprometen, ya que hay que alcanzar un cierto grado de evolución espiritual para aspirar a la perfección cristiana. Si nuestros Equipos fueran solamente movimiento de iniciación cristiana, muy pronto decepcionaría a los hogares que se han visto conducidos a desear más.

La solución teórica es sencilla: los años de iniciación han pasado y/o los hogares se retiran o se comprometen en la vía ascendente. La solución concreta es menos fácil. Pero estoy convencido que los meses, los años que vienen, verán la solución. Lo que está en juego es de capital importancia; por eso os invito a rezar intensamente por esta intención.

Si afirmo tajantemente que los Equipos de Nuestra Señora tienen que ser no solamente un movimiento de iniciación, sino también un movimiento de perfección cristiana, es porque me parece que las necesidades actuales de la Iglesia requieren la instauración urgente de movimientos de perfección para laicos casados. Sabéis que nuestra Humanidad se desarrolla a un ritmo vertiginoso y que, según los demógrafos, para finales de siglo se habrá doblado y también sabéis que no solamente las vocaciones sacerdotales no se multiplican al mismo ritmo, sino que muchas veces disminuyen. Entonces, mañana aún más que hoy, la cooperación de los laicos al apostolado de la Jerarquía se impondrá.

Pero otro motivo aún más fundamental me hace pensar que los movimientos de perfección para laicos casados corresponden a una necesidad urgente de la Iglesia. En efecto, ahora es importante que en todos los sectores de la vida moderna la santidad de Cristo se encuentre presente: nuestro mundo tiene una necesidad imperiosa de laicos

santos. Entendedme, de hombres y mujeres entregados a Cristo, llenos de su caridad, movidos por su Espíritu. Obreros, campesinos, jefes de empresa que sean santos, artistas y científicos que sean santos, políticos que sean santos. Santos, misioneros y quizá mártires. No hay que esperar que salgan por generación espontánea. No surgirán más que de familias profundamente cristianas, se formarán y apoyarán en estos movimientos de perfección.

Pienso a veces en los grandes siglos de la historia de la Iglesia, entre ellos el admirable siglo XII, donde se vio trabajar a la vez para la profundización y la renovación de la vida religiosa, a unas figuras cristianas de un poder excepcional: Bruno de Cologne, fundador de los Cartujos, Bernard de Clairvaux, abad de los Cistercienses, Norbert de Xanten, fundador de los Premonstratenses, Hildegarde de Bingen, y me digo que si sabemos orar, quizás obtengamos que el Señor haga hombres que, por la profundización y la renovación de la vida cristiana en el matrimonio, consigan lo que estos gigantes que acabo de nombrar han logrado para la vida religiosa, que fundarán lo que llamaré grandes órdenes de laicos casados donde se podrán formar estos apóstoles y estos santos laicos de los cuales nuestro mundo moderno tiene una necesidad imperiosa.

Qué porvenir se podría esperar para la Iglesia, si el luminoso mensaje de Cristo sobre el matrimonio llegase a los cuatro rincones del mundo, si llegase a seducir a muchas parejas jóvenes, si animase a unas familias cada vez más numerosas donde todos amasen a Dios por encima de todo.

7

Los Equipos de Nuestra Señora al servicio del Nuevo Mandamiento

La conferencia del P. Caffarel a los peregrinos de Lourdes fue mucho más que un discurso de circunstancias. Presentó bajo un nuevo aspecto la «vocación» de los Equipos de Nuestra Señora. Nos ha parecido de extraordinario interés que todos los matrimonios del Movimiento poseyeran el texto de la misma. A ello se debe este número, que sirve de enlace entre las Cartas Mensuales, Equipos Nuevos y los números ordinarios. Pedimos a todos no solo que lo lean sino que lo mediten atentamente. Que cada equipo, cada miembro de los equipos, se preocupe por averiguar a la luz de su contenido qué respuestas qué progresos le corresponden.

En el seno de la Iglesia, los movimientos de laicos, y no sólo las órdenes religiosas, tienen una vocación. Y por vocación hay

que entender que Dios les llama a un servicio de Iglesia original, a una función insustituible. Pero del mismo modo que la vocación de los Benedictinos no es igual a la de los Jesuitas, que la de los Dominicos no es igual a la de los Padres Blancos, igualmente cada movimiento de los laicos tiene su propia vocación. Y lo mismo que un individuo toma poco a poco conciencia de los múltiples aspectos de su vocación - pensad en un franciscano, en un carmelita ... que, después de diez años, de veinte años, de cincuenta años de vida religiosa, comprende infinitamente mejor las exigencias de su propia vocación-, así también ocurre con los movimientos.

Por esto es de capital importancia, tanto para los movimientos como para los individuos, reservarse ciertos momentos, privilegiados, para reflexionar sobre la propia vocación.

Para los Equipos de Nuestra Señora estos momentos privilegiados son nuestras grandes concentraciones internacionales en París, a menudo, en Lourdes en 1954, en Roma en el año 1959. Cada vez nos esforzamos por adquirir un mayor conocimiento de la vocación de nuestros movimientos Y de su misión dentro de la Iglesia.

Es a una reflexión de este tipo a la que quiero invitaros hoy.

Fijaos en la expresión que he empleado, «mayor conocimiento...»: Se trata de profundizar más que de innovar.

UNA EXPERIENCIA CARACTERÍSTICA

Nuevamente me he planteado la pregunta: ¿cuál es la vocación de los Equipos de Nuestra Señora? Dicho de otra manera, ¿qué espera Dios de ellos?

Y me ha parecido que a esta pregunta podía responderse de varias maneras, pues los aspectos de la vocación de los Equipos de Nuestra Señora son múltiples. Quise luego llegar a lo esencial y me pregunté qué PODÍA PONERME SOBRE LA PISTA DE LO ESENCIAL. ME ACORDÉ ENTONCES DE la observación que me hizo un miembro de los equipos en nuestra primera peregrinación a Lourdes: «Explíqueme usted, me dijo, este fenómeno extraño: en el tren hemos tenido un intercambio de

impresiones entre miembros de los equipos y al cabo de una hora entre los cuatro matrimonios se habían creado unos lazos de amistad mucho más profundos que los que unen a viejos amigos nuestros, con los que nos reunimos y charlamos a menudo».

Quisiera le respondí, que no os contentarais con transmitirme una impresión así, en bruto, sino que intentarais analizarla. Y me contestó, tras unos minutos de reflexión: « Voy a hacerle tres observaciones. Primero: después de una hora o dos de conversación, habíamos entablado una amistad como nunca conocimos, ni siquiera con nuestros mejores amigos. No necesariamente una amistad profunda, sino de otro orden. Segunda observación: teníamos la sensación de estar más cerca de Dios. No era simplemente la experiencia de un profundo encuentro entre hermanos, sino que iba unida al encuentro de Dios. Y finalmente, la tercera: es como si, después de este tipo de conversaciones, uno se encontrara purificado, mejorado interiormente, habitado Por una alegría de una rara calidad.»

Con posterioridad a esta conversación, ¡cuántas veces he recogido testimonios semejantes! Es, sin duda, una experiencia habitual de los Equipos de Nuestra Señora. Se constata por todas partes donde los equipos están implantados, en todas las latitudes: tanto en la isla Mauricio como en los Estados Unidos, en el Brasil y en Alemania... y no sólo como un episodio durante una reunión excepcional, sino con muchísima frecuencia en las mismas reuniones de equipos. No deduzco de ello que esté reservada a nuestro Movimiento. Pienso, con todo, que nos pone en el camino de lo que llamaba, hace un instante, lo esencial de nuestra vocación.

Alguien ajeno a los equipos no dejaría de achacarlo a sentimentalismo. Pero nosotros estamos convencidos ¿no es cierto?, de que se trata de algo distinto, de una experiencia propiamente religiosa. En el Nuevo Testamento es donde debemos buscar la explicación. Nos fijaremos en cuatro pasajes.

LA RESPUESTA DE LAS ESCRITURAS

El texto de San Mateo: « *Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.*» (Mt 18, 20), ¿acaso no nos ofrece ya una primera explicación de lo que digo? Cien es que Cristo no siempre hace sensible su presencia, pero lo importante es no dudar de ella siempre que se cumplan las dos condiciones claramente indicadas por este versículo.

¿Os habéis fijado en el pequeño inciso de la frase de Cristo? No dice: «Cuando estéis dos o tres reunidos, yo estoy en medio de vosotros», sino: «Cuando estáis reunidos *en mi Nombre...* » Es decir: para que se realice mi promesa, no basta con que estéis reunidos por un motivo cualquiera, por bueno que éste sea; es necesario que os hayáis juntado por mí, por amor a mí, para buscarme.

La segunda condición la indica la palabra «reunidos», pues se puede estar juntos, sin estar reunidos, unidos. Y ¿que es lo que realiza la unión en Nombre de Cristo? Una puesta en común entre dos – o varios - hijos de Dios lo mejor de ellos mismos: su conocimiento y su amor del Señor, De otra manera, permanecen pura y simplemente yuxtapuestos, pero no están unidos.

* * *

El evangelio de san Juan nos ofrece otros puntos nuevos. Aunque no encontramos en él un texto sobre la presencia de Cristo en medio de los suyos, como el de san Mateo tan explícito, en cambio, oímos a Cristo que invita a sus discípulos, con una intensidad extraordinaria, a amarse mutuamente. Escuchemos al Señor durante la última noche que pasa con sus apóstoles: «*permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor..., Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado... Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando...Lo que os mando es que os améis los unos a los otros...Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado.*» (Jn. 15, 9b-10a, 12, 14, 17, 11).

Para comprender este texto hay que recordar que sigue inmediatamente a la alegoría de la viña. Cristo es la vid, los cristianos son los sarmientos: si el sarmiento permanece unido a la vid, vive de la vida de la vid y da mucho fruto. Pero, ¿qué hay que hacer para permanecerle unido, para «permanecer en su amor», según su misma expresión? Esta misma pregunta que nos hacemos nosotros, Cristo la leía sin duda en el corazón de los apóstoles. Su respuesta, ya la conocéis, es ésta: « *Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*», pero, ¿cuáles son estos preceptos? «*Este es mi precepto*, responde Cristo: *que os améis unos a otros como yo os he amado*». Fijaos en el paso del plural al singular: Cristo comienza por decir: "Si guardáis mis mandamientos» y unas líneas más abajo: «Este es *mi* precepto». Es significativo. Toda la ley, para quienes, como los apóstoles, aman a Cristo y quieren permanecer en su amor, se resume en un solo deber: el amor mutuo. Es, para sus discípulos, la actividad principal. Y, se toma o se deja. Si se observa se permanece unido a El, si se quebranta, se aparta uno de El

No nos olvidemos de una palabra del texto de san Juan, una palabra pequeña pero capital: «*Cómo*». Cristo no dice solamente: «Mi mandamiento es que os améis unos a otros», sino que precisa: «*Que os améis como yo os he amado*». Podemos tener la seguridad de que aquella noche a los apóstoles no les fue difícil entender este «cómo». Cristo acababa de lavarles los pies y había añadido: «*Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.*» (Jn. 13, 15). Amarse como El es, pues, estar unos al servicio de otros. Poco después de este gesto de Cristo, tan emocionante, le oyeron decir: «*Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos.*» (Jn. 15, 13). Así, amarse mutuamente es ponerse los unos al servicio de los otros eventualmente hasta el propio sacrificio. Finalmente les había dirigido estas palabras admirables: «*A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.* » (Jn. 15, 15). Amar como El es decirse unos a otros lo mejor de lo que se piensa, lo mejor de lo que se vive: lo que se sabe, lo que se vive de Dios.

Lo que más preocupa al corazón de Cristo es que los suyos se amen entre ellos. Durante esta misma noche vuelve a repetírselo, antes de rogar a su Padre: «*Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.*» (Jn. 13, 33a, 34-35).

Jesús no fue demasiado pródigo en palabras tiernas, a menudo trató con dureza a sus discípulos. Su amor lo manifiesta más con obras que con palabras. Pero esta noche no puede contener su ternura: «*Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros* »

Habla de precepto, «*Un precepto nuevo os doy...*» pero, en realidad se trata más bien de un testamento, el testamento espiritual del que abandona a sus seres queridos y entrega lo más profundo de su pensamiento, de sus sentimientos, de su voluntad, ¿Habéis notado un término que no figuraba en el primer fragmento que hemos leído? Califica a su precepto de «nuevo». Y, en efecto, es nuevo, puesto que nuevo es el amor que preconiza: es un amor cuyo origen no está en el corazón del hombre, sino en el corazón de Dios. Hasta tal punto que los escritores sagrados forjarán, para designarlo, una palabra también nueva: agapé, en griego (*caridad* en castellano). Del Padre, por el Hijo, este amor surge en el corazón de los cristianos y por ellos ha de propagarse en el mundo entero.

Este gran precepto, más importante que todos los demás, habéis visto que no es «amad», sino «*amaos los unos a los otros*». Muchos cristianos se desorientan al ver que Cristo concede tanta importancia al amor mutuo. El amor más grande no es el más difícil: ¿amar a aquellos por quienes no se siente simpatía alguna, a los que nos han ofendido, herido, a aquellos de quienes no esperamos nada a cambio, y a todos los desheredados ... ? Pero, amar a los hermanos, a los amigos, ¡es demasiado fácil!, ¡es casi un lujo! Intentemos comprender las razones por las que Cristo afirma la prioridad de tal amor.

* * *

Una de ellas aparece claramente en la gran plegaria que al final de esa misma noche Cristo dirige a su Padre, la plegaria denominada a menudo: plegaria por la unidad

Acaba de dar el mandamiento nuevo a sus apóstoles: «*Amaos los unos a los otros*». A su Padre, le pide que ayude a los que El deja a realizar este amor. Pero lo hace en términos inesperados. No dice: «Padre, haz que se amen», sino «*que sean uno*» (Jn. 17, 22). Los seres que se aman, lo sabéis bien, vosotros que estáis casados, aspiran a estar unidos. El amor tiende con todo su dinamismo a la unión. Y sin embargo, Jesucristo desea algo aún mejor para sus discípulos. No sólo que estén unidos, sino que sean uno. Este es el efecto de la caridad fraterna la unidad de los cristianos lo que llamamos en el Credo la Comunión de los santos.

Sin duda ellos mismos serán los primeros en beneficiarse de tal unidad. Pero esta unidad no es de menos provecho para quienes les rodean. El amor mutuo de los cristianos, la unidad de los cristianos, es una teofanía es decir manifestación de Dios, mucho más iluminada que la del Sinaí, cuando el Eterno se manifestó en medio de relámpagos y truenos. Cuando los cristianos se aman, Dios está allí y se da a conocer a los hombres. Oíd cómo Cristo ora a su Padre:

«Para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí.» (Jn., 17, 23).

Cristo recoge aquí de nuevo, en su oración, lo que había dicho un momento antes a sus apóstoles bajo otra forma: «*En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.* » (Jn., 13, 35).

Me diréis: amarse los unos a los otros no es exclusivo de los cristianos, ¿por qué, entonces, presentarlo como una señal característica? Porque el amor de los cristianos entre ellos es un amor tan particular que no puede confundirse con ningún otro. Cuando los no creyentes constatan este amor de los discípulos de Cristo y su unión, no la toman por una amistad cualquiera. No pueden por menos de notar en él un amor de calidad desconocido, misterioso, que les lleva a descubrir, en el amor

fraterno de los cristianos, la manera de amar de Dios, la manera de amar del Padre que ha amado a los hombres hasta dar su Hijo, la manera del Hijo que ama hasta dar su propia vida. Así, amándose, más que con todos los discursos, es como los cristianos proclaman que Dios es amor, aclaman al Dios que es Amor. El amor mutuo es el signo característico, perpetuo, universal, de los discípulos de Jesucristo. No se reconoce a los cristianos por una insignia en el ojal, sino por este signo.

Y he aquí una de las razones básicas por las que Jesucristo concedía la prioridad sobre cualquier otro amor a la caridad mutua de sus discípulos. Y he aquí porqué San Juan, anciano ya, después de haber meditado cincuenta años las palabras de su Maestro, insistía constantemente en lo mismo. Y tanto lo repetía que algunos fieles se sentían molestos. Oíd el testimonio que nos transmite san Jerónimo: «En Éfeso, el bienaventurado evangelista, llegado a una edad muy avanzada, se hacía acompañar por sus discípulos a las asambleas de fieles. Ya no podía hablar mucho, pero repetía: «Hijitos míos, amaos los unos a los otros». Sin embargo, discípulos y hermanos, cansados de oírle decir siempre lo mismo, le reprochaban: «Maestro, ¿por qué repetís siempre esto?» Y les respondía con esta sentencia, digna de su autor: «Porque es el precepto del Señor, y si es el único que se observa, ya basta.»

En su primera epístola, habla del mismo modo. Dirigiéndose a los que aman así a sus hermanos, pero que aún pecan por su natural debilidad y sufren por ello, escribe: «*Aunque nuestra conciencia nos condene, pues Dios, que lo sabe todo, está por encima de nuestra conciencia* » (1 Jn., 3, 20). «*No cabe temor en el amor; antes bien, el amor pleno expulsa el temor* » (1 Jn., 4, 18).

* * *

Después de la lectura y el rápido comentarlo del texto de san Mateo y de los tres pasajes de san Juan, comprenderéis mejor, espero, la impresión de realizar una experiencia rara religiosa, de descubrir una clase única de amistad cuando, dentro de los Equipos de Nuestra Señora, vivís entre vosotros una verdadera

caridad fraterna.

Se nos muestra de este modo uno de los aspectos esenciales de la vocación de los Equipos: ejercitarse entre hogares a la práctica del Mandamiento Nuevo, a fin de que se observe siempre mejor en esa doble comunidad que es el matrimonio y la familia. Hay en ello, lo comprendéis bien, una evocación singularmente grande.

Podría ya terminar aquí mi conferencia si el amor mutuo fuera siempre tan fácil como este intercambio ferviente entre unos peregrinos en ruta hacia Lourdes. Pero el amor, todo amor, y por consiguiente también el que Cristo recomienda a los suyos, no es sólo, no es siempre fervoroso, es también un esfuerzo. Así pues, no será del todo inútil hablar brevemente de la práctica de la caridad fraterna en estos tres campos: vuestra vida de equipo, vuestra vida conyugal, vuestra vida de familia.

LA CARIDAD FRATERNA ENTRE HOGARES

Lo que caracteriza a un equipo de Nuestra Señora, respecto de otros grupos, respecto del amor entre los esposos, o del amor de los padres y de los hijos, es que la práctica del «mandamiento nuevo» es su razón de ser. Ha sido fundado para eso. Todo - organización, métodos, obligaciones, actividades- está ordenado a este fin.

Veis de inmediato que se equivoca el hogar que entra para complacer a su párroco, o el que recién llegado a una ciudad, lo hace para adquirir relaciones, o también aquel que tiene cinco hijas y sueña ya en «colocarlas» como suele decirse. El motivo que les lleva a unirse en equipo, aunque respetable, no es el bueno. Se decepcionarían y decepcionarían a los demás miembros del equipo, excepto si su motivo se convertía, desde el momento en que advirtieran, si lo advertían, su equivocación.

La autenticidad del motivo asegura un buen comienzo, asegura al mismo tiempo la buena marcha del equipo. Pero el motivo puede, con el tiempo, degenerar, y de ahí la caída de ciertos equipos. Las causas de tal degeneración son variadas. Señalaré ante todo la tentación de la amistad: al principio nadie

se conoce, y es únicamente en nombre de Cristo que todos se reúnen. Pero pronto se instauran lazos de amistad humana entre los miembros del equipo (nunca nos alegramos demasiado de ello), pero existe entonces el peligro de ir a las reuniones sólo bajo el impulso de la amistad y ya no en nombre del Señor. Entre otras causas señalaría la rutina: ya no se tiene presente el verdadero motivo; se asiste a la reunión maquinalmente. Otros miembros de los equipos obedecen al sentimiento del deber. Si abandonan el equipo, corren el riesgo de no sobrevivir...

De tal modo que poco a poco, se insinúa subrepticamente, una impresión de insatisfacción, de decepción. Se oye esta reflexión melancólica: ya no es como antes. Surgen entonces nuevas tentaciones: resignarse, o perder la fe en el valor del equipo, o echar la culpa a los demás. Pero tentación no significa pecado. Si bien urge realizar un examen de conciencia leal.

El decaer de una vida de equipo se debe a veces a otra causa: se está enteramente de acuerdo sobre el fin, pero no se quieren admitir las exigencias del amor fraterno. Resulta fácil el amor fraterno en un compartimiento de tren en ruta hacia Lourdes. Pero la perseverancia en el amor mutuo es menos fácil, menos enardecedora, que el nacimiento o del amor mutuo. Por esto hay que buscar todos juntos las grandes leyes de la caridad fraterna, si se quiere que dure y se expanda en el equipo. Quisiera que se os quedara bien grabada esta idea: un equipo de Nuestra Señora no es sólo un grupo de matrimonios en el que se practica el amor fraterno, sino en el que, en primer lugar, *se inicia al amor fraterno*. Y es una dura iniciación. Uno aprende a conocerse a sí mismo en el diálogo con los demás y lo que se aprende sobre uno mismo no siempre es halagüeño. Es a veces verse obligado a ejercitar virtudes difíciles. ¡Con cuánta frecuencia, para perseverar, será necesario dejar que resuene en nosotros mismos, de nuevo, la consigna de Cristo: «Hijitos míos, como yo os he amado, así también amaos mutuamente!»

En la medida en que en el equipo nos habremos iniciado a las exigencias de la caridad fraterna, seremos más capaces de vivirlo siempre con mayor perfección: entre esposos primero y también entre padre e hijos.

ENTRE ESPOSOS

El motivo principal, si no el único, que preside el establecimiento de un equipo consiste, como hemos visto, en amarse para amar mejor a Dios. En el origen de un matrimonio intervienen numerosos motivos, causas muy variadas: la vieja atracción de los sexos, el miedo a la soledad, la necesidad de amar y de ser amado, el deseo de tener hijos y, naturalmente también, el deseo de progresar espiritualmente. Pero hay que confesar que este deseo de progresar espiritualmente no es siempre el primero de los motivos. Compíte con los otros.

La gran tarea de los esposos cristianos es pues, primeramente, tomar conciencia de que el «mandamiento nuevo» les concierne, y luego, convertir su amor conyugal en caridad conyugal, esta caridad conyugal cuyas prodigiosas riquezas, el R. P. Spicq en su conferencia magistral³, os hizo descubrir. Si abordo nuevamente este tema sólo es para subrayar algunos aspectos del mismo.

Cuando digo a unos esposos que el Mandamiento Nuevo les concierne, con frecuencia constato que les provoca cierto mal humor. Pero, nuestro amor, dicen, no es un amor de deber, de precepto, ¿sería esto un amor? Ha nacido espontáneamente y ha de conservar este carácter de espontaneidad. Los que así reaccionan dan a entender que no han comprendido un aspecto esencial del cristianismo: los mandamientos de Dios, y, entre todos, el de la caridad, no están grabados en tablas de piedra como en la Antigua Ley, sino en el corazón de los cristianos. O, dicho de una manera más exacta, los mandamientos de Dios son unos dinamismos divinos, espontaneidades divinas infundidas por Dios en el corazón de los cristianos. Existe siempre, es cierto, una ley que se expresa por medio de preceptos, pero esta ley existe únicamente para ayudarnos a tomar conciencia de los impulsos del Espíritu Santo dentro de nosotros. Tranquilícense, pues, los esposos, su amor conyugal no está llamado a ser un amor de precepto, sino a renovarse en su interior gracias a la

³ Les dos conferencias del R. P. Spicq, en Lourdes, han sido publicadas en el *Anneau d'Or*, n. ° 125, de Octubre 1965.

caridad que del corazón del Padre pasa al alma de los hijos.

Otros esposos temen que la caridad deshumanice el amor conyugal. ¿Han leído bien el Evangelio? ¿Han visto cómo Cristo acaricia a los niños de Palestina? ¿Cómo se apiada de las muchedumbres hambrientas? ¿Cómo siente un dolor desgarrador ante la tumba de su amigo Lázaro? ¿Cómo podría este Cristo recomendar a los esposos un amor deshumanizado? ¿Conocéis aquel texto de san Francisco de Sales en que habla a los casados? Os lo leo para que no intentéis nunca más pensar que la caridad deshumaniza: «El gran san Luis, igualmente riguroso con su carne como tierno en el amor a su mujer, casi fue reprobado por su abundancia de caricias, aunque, en verdad, mereciese, más bien alabanzas por saber anteponer a su espíritu marcial y animoso estos pequeños actos que se requieren para la conservación del amor conyugal; pues muchas de estas pequeñas demostraciones de pura y franca amistad no bastan para unir los corazones, pero los acercan y predisponen de un modo agradable a la conversación mutua.»

Pero, bien es verdad que convertir el amor conyugal en caridad conyugal no es cosa sencilla. Los esposos intuyen que es necesario establecer la comunión en el plano de las almas. Pero el intercambio es mucho más fácil en los planos inferiores: de la vida común, de la carne, incluso en el de las ideas. Cuando es la personalidad íntima la que tiene que entrar en acción, es ya bastante más difícil, se tiene la impresión de echarse al agua helada. Y con mayor motivo cuando se trata de expresar la propia vida religiosa profunda, uno se siente como paralizado por un sentimiento de terror, no se sabe cómo empezar, suponiendo que exista una vida profunda.

Y sin embargo, el Mandamiento Nuevo lo exige. Que los esposos se ejerciten, pues, incansablemente en esta comunicación en el plano de las almas.

Que cada uno se esfuerce por descubrir el rostro del hijo de Dios de su cónyuge, más allá de los defectos y de las cualidades aparentes, el alma en busca del Señor, sus intentos y sus fracasos, y, más profundamente aún, el Dios que la habita. Y que se abra a este hijo de Dios que el Señor le ha confiado, que lo acoja con humildad, amor, respeto. Ello le hará dar lo mejor de sí

mismo, y en primer lugar tomar conciencia de ese mejor.

Si cada uno tiene que esforzarse por descubrir al otro para acogerle, tiene también que entregarse al otro, ensayar entregarle lo más profundo de su alma, su intimidad con Dios. Esto supone una lucha encarnizada contra el respeto humano, el falso pudor, la avaricia del corazón.

Pero qué bello es aquel matrimonio en el que cada uno puede decir al otro: «En tu amor por mí, encuentro el amor de Dios que viene a mí. En mi amor por ti, me uno al amor de Dios que toma mi corazón para amarte.» Los esposos que viven a este nivel de intercambio no necesitan que se les recuerde la gran exigencia de la caridad: a saber, que es necesario trabajar incansablemente en la santificación del ser amado. Cuando se ha entrevisto a Dios vivo en un ser, no se puede querer sino que guarde esta presencia y que se le entregue siempre más.

Entre aquellos que se aman así, el amor es más fuerte que la muerte: hay entre vosotros viudas y viudos que estarían dispuestos a testificarlo.

Cómo deseo veros a todos convencidos de que esta caridad conyugal, porque es de origen divino, puede conocer una profundidad siempre nueva, si no se falsean sus exigencias. Entonces los esposos experimentan la alegría que Cristo prometió después de promulgar el mandamiento nuevo: « *Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado* » (Jn. 15, 11).

No tiene otra razón de ser sino favorecer esta caridad conyugal, las distintas obligaciones de la Carta en las que semanalmente habéis ido pensando mientras me escucháis: el estudio en común de los temas, el «deber de sentarse», la oración conyugal, los retiros... Todas están al servicio del mandamiento nuevo.

ENTRE PADRES E HIJOS

Uno de los grandes triunfos de la caridad entre esposos será la instauración de la caridad entre padres e hijos, de la cual voy a hablaros.

Pero ahora pienso en aquéllos de entre vosotros que no tienen hijos, de nuevo conocerán el sufrimiento que les es familiar. Prometámosles rezar para que Dios les conceda esa fecundidad objeto de sus deseos. Y si hay alguno que no tiene ya la esperanza de tener hijos, pidamos, por ellos, a Dios que les conceda una ancha fecundidad espiritual.

Hace unos días recibí una carta muy cordial que me decía poco más o menos esto: «Los Equipos de Nuestra Señora han hecho mucho para favorecer el amor conyugal, pero mucho menos para la educación de los hijos. Mi mujer y yo rezamos para que Dios suscite un super-Caffarel que se imponga este objetivo.» Por mi parte me uno enteramente a la oración de este matrimonio. Pero, en espera de que sea atendida, os diré: el «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» se dirige también a los padres y a las madres en relación con sus hijos. Y también, uno de los objetivos esenciales de los Equipos de Nuestra Señora es hacerlo comprender y practicar.

A priori, esto puede parecer sorprendente, ya que la caridad fraterna de que hablamos es un amor recíproco, una amistad. Pero, hemos de distinguir dos fases en las relaciones de los padres para con sus hijos. La primera, en la que no me detendré casi, cuando el niño es pequeño. Ya en este estadio de amor vertical, de arriba a bajo, se impone la conversión del amor paternal y del amor maternal en caridad paternal y maternal. Pues, el amor de un padre y el amor de una madre, tan fuertemente incrustados en la naturaleza humana, están lejos de ser caridad desde su punto de partida. A menudo, incluso no es sino una faceta del amor a sí mismo. La conversión de este amor en caridad, caridad que consiste en amar a los hijos con el mismo amor de Dios, y para que vivan de Dios, se hace lentamente y requiere un esfuerzo continuado.

Pero es de la segunda fase de la que quiero hablaros un poco más ampliamente, haciéndoos observar que si los padres no han aprendido ya a amar a sus hijos pequeños con caridad, no llegarán a esta segunda fase. Un proverbio árabe dice: «Cuando tu hijo crezca, apresúrate a hacerte su amigo». Es igualmente cierto en el plano de la caridad. La caridad tiende siempre a lo horizontal, es decir a la reciprocidad, al intercambio entre iguales, al «amaos los

unos a los otros». ¿Cómo llegar a ello?

Esta caridad mutua presupone que ya en el plano humano se haya instaurado un verdadero diálogo entre padres e hijos, donde cada uno se abra y cada uno acoja al otro, el padre con su hijo o su hija, la madre con su hijo o su hija. De otro modo, la personalidad del hijo se desarrolla mal.

Cuántos niños, cuántos hombres y mujeres entre los que me escucháis, podrían firmar esta página de uno de nuestros grandes escritores, que evoca la memoria de su padre: « ¿Qué conocí de él?...Una función, la función paternal, Un gobierno de derecho divino que ejercía sobre mí, sobre nosotros, durante treinta años consecutivos, con conciencia: huraño y duro, pero, por este gran motivo, unido a nosotros como a sus deberes... Pero él, el ser que verdaderamente era cuando se encontraba solo, en presencia de sí mismo, ¿quién era? No lo sé. Nunca expresaba un pensamiento delante mío, un sentimiento en el que yo hubiese podido ver algo íntimo, algo que fuera realmente, profundamente suyo, sin máscara alguna... Y de mi, ¿qué sabía?» Cuántas veces los hijos mayores no sospechan nada de la vida profunda de su padre y de su madre, de lo que su padre y su madre comparten, en un tren hacia Lourdes, con gente a quien una hora antes no conocían. Todo el error reside aquí: las relaciones entre ellos son sólo una relación de funciones, función de padre, función de madre, la función de hijos.

Pero cuando se instaura un verdadero diálogo, las cosas cambian completamente. Y con mayor motivo cuando el diálogo tiene por base la caridad fraterna. Dos seres, antes de reconocerse padre (madre) e hijo (hija), superior e inferior, se saben hijos de un mismo Padre y reconocen con alegría que ahí reside la más profunda de las realidades. Os sorprenderéis si os digo que para mí el Papa es ante todo mi hermano, porque veo en él, antes que su función (por noble que sea), una realidad mucho más admirable todavía: su ser de hijo de Dios, engendrado por Dios. El y yo somos hijos del mismo Padre. Y no creáis que por esto le sea menos respetuoso ni menos dócil.

Nada como la oración familiar para promover esta caridad en el seno de la familia. No hay entonces más que hijos de Dios, iguales, más o menos pecadores, necesitando unos y otros ser perdonados,

decididos unos y otros a ayudarse mutuamente para amar más a Dios.

Una familia cristiana debería proclamar con su sola presencia que Dios es amor. Ante ella, los no-creyentes deberían tener la reacción de los paganos en presencia de los primeros cristianos: « ¡Ved cómo se aman!»

* * *

Ha llegado el momento de terminar; pero no sin responder antes a una objeción

que quizás os sentís tentados a hacerme, porque la oís por todas partes y acaba por impresionaros: «El amor mutuo entre matrimonios, el amor mutuo entre esposo y esposa, el amor mutuo entre padres e hijos: ¡ sentís añoranza del *ghetto!*» No negamos que el amor mutuo, por otra parte como todo amor, encierra el peligro del círculo cerrado, cuyos prisioneros están tan alejados de Dios como de los hombres. Es verdad que hay familias, como también equipos de militantes, que degeneran en secta –y la secta es como el cáncer del cuerpo social: células que se desarrollan en detrimento del organismo. Pero, bajo pretexto de que existe un riesgo, ¿vamos a descuidar el gran precepto del Señor y las admirables promesas que de él se desprenden?

Si los falsos amores aprisionan la caridad fraterna es en cambio, el gran remedio para encontrar a Dios: «*Quien ama ha nacido de Dios y conoce a Dios,*» Es también el gran medio de ensanchar el corazón a la medida del universo entero. El que ha descubierto verdaderamente esta maravillosa realidad que es la caridad fraterna, ¿cómo puede no estar impaciente por instaurarla por todas partes: entre sus parientes, en su parroquia, en los grupos de que forma parte? Y, en el plano puramente humano; ¿cómo puede no tener interés por promover el diálogo y la vida de equipo? Hay que afirmarlo muy alto: todo progreso en sentido profundo en la caridad lleva consigo, necesariamente, un progreso en la extensión de la misma. Cuando dos o tres se aman con caridad fraterna, experimentan el amor con el que Dios ama a toda la creación.

Ahora puedo responder a la pregunta planteada al comienzo de mi conferencia: ¿Cuál es, pues, la vocación de nuestro movimiento dentro de la Iglesia? La defino de buen grado así: los Equipos de

Nuestra Señora se saben y se quieren al servicio del Mandamiento Nuevo, entienden trabajan con todas sus fuerzas para que la caridad fraterna se instaure entre los esposos, entre padres e hijos, entre matrimonios y, más allá del movimiento, en toda la cristiandad.

Nuestro mundo tiene una imperiosa necesidad de cristianos que se amen entre ellos Y si nuestro Movimiento se aplica sin desfallecer a promover esta caridad fraterna, estad seguros de que responde así a una de las necesidades más urgentes de nuestra época.

A una necesidad de nuestra época, pero antes a una misericordia de Dios para con nuestra época. Me explico. Cuando en el mundo o en la cristiandad aparece una necesidad urgente, Dios suscita rápidamente el socorro. Así, cuando se descubrió el Nuevo Mundo, Dios suscitó un florecimiento de órdenes misioneras. Cuando los cristianos eran hechos prisioneros por los turcos, Dios suscitó una orden para redimirlos. Cuando los niños pobres no tenían instrucción, suscitó numerosas congregaciones... Cuando, en nuestro siglo veinte, el matrimonio, esta institución en la que se cimenta la solidez de la civilización y de la Iglesia, se disloca y se corrompe, Dios, en su misericordia, suscita unas agrupaciones para remediar el desastre. Esta es, estoy profundamente convencido, la razón de ser de nuestros Equipos -sin pretender por ello ningún monopolio-. Pero, entendámonos bien de qué manera hemos de socorrer el matrimonio. Los remedios de la sicología y de la biología, los consejos de la moral natural resultan insuficientes. Hemos de atrevernos a decir a los esposos que *sólo hay remedio para el amor en la caridad de Cristo*. Y que esta caridad, cuya fuente es el corazón de Dios, la recibirán abundantemente por el canal de su sacramento, si la desean y la piden con fe perseverante.

Estad convencidos, mis queridos amigos, que no sólo el matrimonio se aprovechará de nuestro esfuerzo: toda la Iglesia está interesada en ello, puesto que una renovación del matrimonio ha de contribuir, sin duda, eficazmente a esta renovación de la Iglesia a que todo el mundo aspira, y por la que todos los cristianos han de trabajar.

7 de junio de 1965

8

Discurso de Pablo VI a los Equipos de Nuestra Señora

PRESENTACION

4 mayo 1970. En la Basílica de San Pedro de Roma, dos mil parejas, unidas por un mismo sentimiento, acaban de participar en la misa. La concelebraron ciento sesenta sacerdotes, reunidos en torno al altar papal, erigido sobre la tumba de aquel pescador joven del lago Tiberíades, a quien Cristo confió hace veinte siglos, guiar a los corderos y las ovejas de su rebaño.

Llega el sucesor de Pedro y les dirige la palabra.

Su discurso es excepcionalmente largo. Esto se debe a que el Papa, es fácil notar, se siente feliz de tener ante él a semejante auditorio. Sabiendo que está dispuesto a acoger sus palabras, tiene interés en hacerle saber el fondo de su pensamiento sobre el matrimonio, ese camino que puede conducir a las más altas cumbres de la vida cristiana.

Es extraordinaria la intensa atención de los que escuchan; contenido y fervoroso el tono del que habla.

¿Quién son esas dos mil parejas llegadas de todos los continentes? Forman parte de los Equipos de Nuestra Señora. Movimiento formado

por más de 20.000 matrimonios agrupados en 3.500 Equipos, repartidos en 36 países. Estos Equipos tienen por finalidad ayudar a sus miembros a vivir una fe cada día más auténtica, y no *al margen* de su matrimonio, a *pesar* de su amor, sino *gracias* a todos los recursos de un matrimonio santificado y santificante.

Escuchan a Pablo VI con profunda alegría. Esas dos mil parejas nunca habían oído ni leído unas enseñanzas del Papa que les hicieran caer en la cuenta -como en esta ocasión- de que sus dificultades, sus esfuerzos, sus búsquedas, eran totalmente comprendidos. Así, pues, no se habían equivocado cuando presentían que el amor conyugal y el amor de Dios, lejos de entrar en competencia, se estimula uno a otro. El amor conyugal, reflejo del amor divino, puede conducir a la plenitud de este amor, el cual enriquece, fortifica y anima el amor humano.

Para comprender rectamente este discurso del Papa y no interpretarlo erróneamente, hay que tener presente en la imaginación el auditorio al que se dirige y la intención del que lo pronuncia. En efecto, es lo que pudiéramos llamar un discurso «situado»: alguien habla a alguien. Dirigiéndose a unos esposos que conocen las enseñanzas de la Iglesia sobre el matrimonio y que, no sólo las aceptan, sino que se esfuerzan en reflexionarlas, el Papa puede prescindir de poner en guardia contra los errores y entretenerse en nociones elementales, consideraciones apoloéticas, resúmenes de psicología, de moral práctica ... Así, pues, expone de golpe, de manera positiva, en toda su riqueza luminosa y exigente, el pensamiento divino sobre esas grandes realidades humanas: la dualidad de los sexos, la pareja, el matrimonio, el amor conyugal, la unión carnal, la fecundidad, la paternidad, la abertura del amor humano sobre el misterio de Dios.

¿Quiere esto decir que estas enseñanzas se dirigen solamente a un grupo limitado de esposos? En absoluto. Va destinado a todos los esposos, a condición, no obstante, que penetren en la actitud espiritual de aquellos **a quienes fue dirigido: es decir, una leal voluntad de vivir su matrimonio en total acuerdo con el pensamiento divino.**

A todo lector de buena voluntad no podrá dejar de impresionarle la palabra y el «tono» del Papa. Se nota que está a sus anchas. Tiene ante él a unos hijos que le conceden todo su crédito, que sienten avidez por comprender mejor los puntos de vista de Dios y que desean darlos a conocer desde un extremo del mundo al otro.

Pero hemos de confesar que este discurso es, a veces, arduo. Se

tiene la sensación de que el Papa ha querido decir la mayor cantidad de cosas posible, disponer al máximo de riquezas doctrinales y espirituales en el limitado lapso de una audiencia pública. De ahí esa gran densidad.

Lejos están todavía los teólogos de haber explorado todo el contenido.

En cuanto a este folleto, su ambición es limitada. Quisiera tan sólo facilitar la lectura de este texto tan importante del mismo modo que se subrayan con lápiz rojo algunos pasajes esenciales de un libro, las palabras clave, o como se anota al margen las reflexiones que surgen. Está redactado en forma sencilla, a fin de que aquellos no habituados a un lenguaje tan sustancial, puedan sin embargo captar bien las ideas, tan estimulantes. Ideas que, ciertamente, no están reservadas a una «aristocracia», sino destinadas a todos y sobre todo a esos «pequeños» que, hoy en día, lo mismo que en tiempos de Cristo, son con frecuencia más aptos que «los prudentes y los sabios» a penetrar en las profundidades del pensamiento divino.

Sin duda alguna, el Papa quiere que todos los cristianos casados puedan recibir lo que llama «la buena nueva para el amor humano» aportada por Cristo; que todos los confesores asimilen esta enseñanza a fin de comprender los problemas de los esposos; que se impregnen, en estas importantes consideraciones sobre el matrimonio, todos cuantos tienen a su cargo la educación efectiva y sexual de los jóvenes, la preparación al matrimonio, la formación de los esposos. Imposible en adelante ignorar estas páginas que carecen de otras equivalentes, en los anteriores documentos del Magisterio.

Este documento es un gran acontecimiento.

INTRODUCCION

Alegría del Papa por encontrarse entre los matrimonios cristianos.

Queridos hijos, queridas hijas:

1 Ante todo os agradecemos desde el fondo del corazón vuestras palabras de confianza, vuestra plegaria por nuestras intenciones en la

vigilia nocturna, y por vuestro compromiso en el servicio a las vocaciones. Queremos manifestaros la gran alegría que experimentamos al acogeros esta mañana y también al dirigirnos, más allá de vuestras personas, a los 20.000 matrimonios de los Equipos de Nuestra Señora, de cuya expansión por todo el mundo nos hablabais hace un momento, y la preocupación de vivir con Cristo y tejer con su ayuda la trama cotidiana de vuestro amor conyugal. Entre hogares cristianos, formáis pequeños equipos de mutua ayuda espiritual sostenidos en el esfuerzo por una presencia sacerdotal. ¿Cómo no alegrarnos de ello?

Queridos hijos e hijas, con todo el corazón el Papa os anima, e implora la bendición de Dios sobre vuestras sesiones de estudio....Frecuentemente se ha dicho con cierta injusticia que la Iglesia recelaba del amor humano. También queremos deciros claramente en este día: no. Dios no es enemigo de las grandes realidades humanas, y la Iglesia no desprecia en modo alguno los valores cotidianos vividos por millones de hogares. Muy al contrario, la buena nueva traída por Cristo Salvador es también una buena nueva para el amor humano, que es muy excelente en sus orígenes –“Y vio Dios que todo esto era bueno” (*Génesis* 1, 31) –, a pesar de haber sido corrompido por el pecado, y rescatado hasta el punto de llegar a ser, por la gracia, medio de santidad.

El matrimonio, en el Señor, vocación de santidad

2. –Como todos los bautizados, vosotros, en efecto, sois llamados a la santidad, de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia solemnemente reafirmada por el Concilio (Cfr. *Lumen gentium*, núm. 11). Pero os corresponde llegar a la santidad a vuestra manera, en y por vuestro camino de hogar (*Ibid*, núm. 41). La Iglesia nos enseña: “Los esposos son capaces por la gracia, de llevar una vida santa” (*Gaudium et spes*, núm. 49, párr. 2), y de hacer de su hogar “como un santuario de la Iglesia en casa” (*Apostolicam actuositatem*, núm. 11).

Estos pensamientos, cuyo olvido es tan trágico para nuestra época, os son ciertamente familiares. Desearíamos reflexionar sobre ellos con vosotros durante algunos instantes para reforzar todavía en vosotros, si hubiese necesidad de ello, la voluntad de vivir generosamente vuestra

vocación humana y cristiana en el matrimonio (Cfr. *Gaudium et spes*, nn. 1, 47-52), y de colaborar juntos al gran designio de amor de Dios sobre el mundo, que es el de formarse un pueblo “para alabanza de su gloria” (*Efes* 1, 14).

I. EL MATRIMONIO

Desde su origen, el matrimonio y todos sus componentes: el don mutuo del hombre y la mujer, su comunidad de vida, el amor, la unión carnal, la fecundidad...”es una gran realidad terrestre”. El Papa, en esta primera parte, quiere afirmarlo explícitamente, antes de presentar (segunda parte) la nueva nobleza del matrimonio cristiano.

HOMBRE Y MUJER LOS CREÓ

3. –Como nos enseña la Santa Escritura, el matrimonio, antes de ser un Sacramento, es una gran realidad terrena: “Dios creó al hombre a su imagen, a la imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó” (*Génesis* 1, 27). Es necesario siempre volver a esta primera página de la Biblia, si se quiere comprender lo que es, lo que debe ser una pareja humana, un hogar.

Los análisis psicológicos, las investigaciones psicoanalíticas, las encuestas sociológicas, las reflexiones filosóficas podrán ciertamente aportar sus luces sobre la sexualidad y el amor humano, pero nos cegarían si despreciásemos esta enseñanza fundamental que nos ha sido dada desde el principio: la dualidad de sexos ha sido querida por Dios, para que juntos el hombre y la mujer sean imagen de Dios, y como Él, fuente de vida: “Creced y multiplicaos, llenad la tierra y dominadla” (*Gén* 1, 28).

Una lectura atenta de los Profetas, de los libros sapienciales, del Nuevo Testamento, nos muestra la significación de esta realidad fundamental, y nos enseña a no reducirla al deseo físico y a la actividad sexual, sino a descubrir en ella el carácter complementario de los valores del hombre y de la mujer, la grandeza y las debilidades del

amor conyugal, su fecundidad y su apertura al misterio del designio de amor de Dios.

LA EDUCACIÓN EN UN CLIMA ERÓTICO

4. —Esta enseñanza conserva hoy día todo su valor y nos defiende contra las tentaciones de un erotismo destructor. Este fenómeno denigrante debería, al menos, ponernos en guardia sobre el peligro de una civilización materialista que presiona oscuramente en este terreno misterioso que es como un último refugio de un valor sagrado. ¿Sabremos sacarlo de la ciénaga de la sensualidad? Sepamos, al menos, ante una invasión cínicamente realizada por industriales avaros, yugular sus efectos nefastos en los jóvenes. Sin barreras ni retrocesos, se trata de favorecer una educación que ayude al niño y al adolescente a tomar progresivamente conciencia de la fuerza de los impulsos que se despiertan en ellos, a integrarlos en la construcción de su personalidad, a dominar las fuerzas que surgen para realizar una plena madurez afectiva igual que la sexual, a prepararse por ello a la entrega de sí en un amor que le imprimirá su verdadera dimensión, de manera exclusiva y definitiva.

EL MATRIMONIO UNO E INDISOLUBLE

5. —La unión del hombre y de la mujer difiere, en efecto, radicalmente de toda otra asociación humana, y constituye una realidad singular, es decir, la pareja fundada sobre la entrega mutua de uno a otra: “Y ellos se hacen una sola carne” (*Gén 2, 24*). Unidad cuya indisolubilidad irrevocable es el sello puesto sobre el compromiso libre y mutuo de dos personas libres que, “desde entonces, ya no son dos, sino una sola carne” (*Mat 19, 6*); una sola carne, una pareja, se podría casi decir un solo ser, cuya unidad tomará forma social y jurídica, por el matrimonio, y se manifestará por una comunidad de vida, cuya expresión fecunda es la entrega carnal. Es decir, al casarse los esposos expresan una voluntad de pertenecerse durante toda la vida y contraer con esta finalidad un vínculo objetivo, cuyas leyes y exigencias, lejos de ser una servidumbre, son una garantía y una protección, un verdadero apoyo,

como vosotros mismos lo experimentáis en vuestra experiencia cotidiana.

AMOR CONYUGAL

6. —El don no es, en efecto, una fusión. Cada personalidad permanece distinta, y lejos de disolverse en la entrega mutua, se afirma y se pule; crece a lo largo de la vida conyugal, según esta ley grande del amor: darse el uno al otro para darse juntos.

El amor es, en efecto, el cimiento que da su solidez a esta comunidad de vida, y el impulso que la arrastra hacia una plenitud cada vez más perfecta. Todo el ser participa de ella, en las profundidades de ese misterio personal, y de sus componentes afectivos, sensibles, carnales igual que los espirituales, hasta llegar a constituir cada vez más perfectamente esta imagen de Dios que la pareja tiene como misión encarnar a lo largo de sus días tejiéndola con sus alegrías y con sus pruebas puesto que es una gran verdad que el amor es más que el amor.

No existe amor conyugal alguno que no sea, en su exultación, impulso hacia el infinito, y que no se considere, en su impulso, total, fiel, exclusivo y fecundo (Cfr. *Humanae Vitae*, núm. 9). En esta perspectiva es donde el deseo encuentra su pleno significado. Medio tanto de expresión como de conocimiento y de comunión, el acto conyugal conserva, fortalece el amor, y su fecundidad conduce a la pareja a su pleno desarrollo: él se convierte, a imagen de Dios, en fuente de vida.

El cristiano sabe que el amor humano es bueno por su origen, y si ha sido, como todo lo que existe en el hombre, herido y deformado por el pecado, encuentra en Cristo su salvación y su redención. Por lo demás, ¿no es ésta la lección de veinte siglos de historia cristiana? Muchas parejas han encontrado realmente en su vida conyugal el camino de la santidad, en esta comunidad de vida que es la única que puede fundarse sobre un sacramento.

II. EN EL SEÑOR

Sexualidad y amor, desde su origen, fueron deteriorados por el pecado. Pero Cristo Salvador vino a sanar, mejor todavía a ennoblecer

admirablemente todos los componentes de la unión del hombre de la mujer. Es el tema de esta segunda parte. Gracias a Él, todo adquiere una profundidad y plenitud nuevas.

CREACIÓN NUEVA

7 La regeneración bautismal obra del Espíritu Santo (cf. Tit 3, 5), nos convierte en criaturas nuevas (cf. Gal 6, 15), “llamadas a vivir una vida nueva” (Rom 6, 4). Esta gran empresa de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, también él, purificado y renovado, es una realidad nueva, un sacramento de la nueva alianza. Y he aquí que en los umbrales del Nuevo Testamento, como en el dintel del Antiguo, se yergue un matrimonio. Pero, mientras que el de Adán y Eva fue la fuente del mal que se ha desencadenado en el mundo, el de José y María es la cima de donde desciende la santidad por toda la tierra.

El Salvador comenzó su obra de salvación por esta unión virginal y santa en que se manifiesta su voluntad todopoderosa de limpiar y santificar la familia, santuario y cuna de la vida.

UNIÓN EN CRISTO

8. —Desde entonces todo se ha transformado. Dos cristianos desean casarse; San Pablo les advierte: “Vosotros no os pertenecéis” (1 Cor 6, 19). Miembros de Cristo el uno y la otra “en el Señor”, su unión también se hace “en el Señor”, al igual que la de la Iglesia, “y ésta es la causa por la que dicha unión es un gran misterio” (Efes 5, 32). Una señal que no solamente representa el misterio de la unión de Cristo con la Iglesia, sino que la contiene y la irradia por la gracia del Espíritu Santo, que es su alma vivificante. Porque es precisamente el amor mismo que es propio de Dios el que Él nos comunica para que nosotros lo amemos y para que nosotros nos amemos también con este amor divino: “Amaos los unos a los otros como Yo os he amado” (Juan 13, 34). Las mismas manifestaciones de su ternura están, para los esposos cristianos, impregnadas de este amor que ellos beben en el corazón de Dios. Y, si la fuente humana corre el riesgo de estropearse, su fuente divina es tan inagotable como las profundidades insondables de la ternura de Dios. Hacia aquella comunión íntima, fuerte y rica tiende la

caridad conyugal. Realidad interior y espiritual, ella transforma la comunidad de vida de los esposos “en lo que se podría llamar, según la enseñanza autorizada del Concilio, Iglesia doméstica” (*Lumen gentium*, núm. 11), una verdadera “célula de Iglesia”, como ya lo decía nuestro amadísimo predecesor Juan XXIII a vuestra peregrinación el 3 de mayo de 1959 (*Discursos, mensajes, coloquios del Santo Padre Juan XXIII*, I, Tip. Pol. Vat. p. 298) célula de base, célula germinal, la más pequeña sin duda, pero también la más fundamental del organismo eclesial.

PLENITUD DEL AMOR CRISTIANO

9. —Tal es el misterio en el que se enraíza el amor conyugal, y que ilumina todas sus manifestaciones. Misterio de la Encarnación, que eleva nuestras virtualidades humanas penetrándolas desde el interior. Lejos de despreciarlas, el amor cristiano las conduce, en efecto, a su plenitud, con paciencia, generosidad, fuerza y dulzura, como San Francisco de Sales gustaba subrayar cuando hacía el elogio de la vida conyugal de San Luis. (*Introducción a la vida devota*, III parte, cap. 38, Aviso para los matrimonios en *Obras*, Biblioteca de la Pléyade, París, Nrf. Gallimard, 1969, p. 237). Porque, si la fascinación de la carne es peligrosa, la tentación de angelismo no lo es menos, y una realidad despreciada tarda muy poco en reivindicar su puesto. Así pues, conscientes de llevar sus tesoros en vasos de barro (Cfr. 2 *Cor* 4, 7), los esposos cristianos deben esforzarse, con humilde fervor, por traducir en su vida conyugal las recomendaciones del Apóstol Pablo: “Vuestros cuerpos son miembros de Cristo... Templos del Espíritu Santo...; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 *Cor* 6, 13-20).

“Casados en el Señor”, los esposos no pueden desde entonces unirse más que en nombre de Cristo a quien pertenecen y para quien deben trabajar como sus miembros activos. Así pues, ellos no pueden disponer de su cuerpo, concretamente en cuanto que es principio de generación, sino en el espíritu y para la obra de Cristo, toda vez que ellos son miembros de Cristo.

FECUNDIDAD DEL MATRIMONIO

10. —Los esposos cristianos “colaboradores libres y responsables del Creador” (*H. V.*, núm. 1), los esposos cristianos ven que su fecundidad

carnal adquiere por ello una nobleza nueva. El impulso que les alienta a unirse es portador de vida y permite a Dios procurarse hijos.

Convertidos en padre y madre, los esposos descubren con asombro, en las fuentes bautismales, que su hijo es desde entonces, hijo de Dios, “renacido del agua y del Espíritu” (*Juan 3, 5*), y que les es confiado para que ellos cuiden ciertamente de su crecimiento físico y moral, pero también de la eclosión y de la manifestación en él del “hombre nuevo” (*Efes 4, 24*). Este hijo no es solamente lo que ellos ven, sino también lo que ellos creen, “una infinidad de misterio y de amor que nos deslumbraría si le viésemos cara a cara...” (Manuel Mounier a su mujer Paulette, el 20 de marzo de 1940 en *Obras t. IV París, Seuil, 1963 p, 662*). También la educación se convierte en verdadero servicio de Cristo, según su misma palabra: “Lo que hacéis a uno de mis pequeños, a Mí me lo hacéis” (*Mat 25, 40*). Y si sucede que el adolescente se cierra a la acción educativa de los padres, éstos participan entonces dolorosamente, en su misma carne, de la pasión de Cristo ante la negación del hombre.

MISTERIO DE LA PATERNIDAD

11. –Queridos padres, Dios no os ha confiado una tarea tan importante (Cfr. *Gravissimum educationis*) sin haceros un don prodigioso, su amor de padre. Por medio de los padres que aman a su hijo en el que vive Cristo, es el amor del Padre el que se derrama en su hijo muy amado (Cfr. 1 *Juan 4, 7-11*). Por medio de su autoridad es su autoridad la que ejerce. Por medio de su abnegación, su providencia de “Padre, de quien toda paternidad trae su nombre, en el cielo y en la tierra” (Cfr. *Efes 3, 15*).

También el pequeño bautizado, a través del amor de sus padres, hace el descubrimiento del amor paternal de Dios y, nos dice el Concilio, “la primera experiencia de la Iglesia” (*Grav. Educationis*, núm. 3). Sin duda que no tomará conciencia de ello sino cuando sea mayor, pero ya el amor divino, a través de la ternura de su padre y de su madre, hace brotar y desarrollarse en él su ser de hijo de Dios. Así, pues, grande es realmente el esplendor de vuestra vocación, a la que Santo Tomás considera con justicia muy semejante al ministerio sacerdotal: “Algunos propagan y defienden la vida espiritual por un ministerio

únicamente espiritual: es el objeto del sacramento del orden; otros lo hacen por un ministerio a la vez corporal y espiritual; es lo que realiza el sacramento del matrimonio, que une al hombre y la mujer para que engendren una descendencia y la eduque con miras al culto de Dios” (*Contra Gentiles* IV, 58, trad. Bernier-Kerouanton, Paris, Lethielleux, 1957, p. 313).

OBLIGACIÓN DE EJERCER LA HOSPITALIDAD

12. — Los hogares que conocen la dura prueba de no tener hijos son llamados también, sin embargo, a cooperar al crecimiento del pueblo de Dios, de múltiples maneras.

En esta mañana, desearíamos solamente atraer vuestra atención sobre la hospitalidad que es una forma preeminente de la misión apostólica del hogar. La recomendación de San Pablo a los Romanos: “Practicad la hospitalidad con ardor” (12, 13), ¿no se dirige en primer lugar a los hogares y él mismo, al formularla, no pensaba en la hospitalidad del hogar de Aquila y Priscila de la que él había sido el primer beneficiario, y que, en consecuencia, debía acoger a la asamblea cristiana? (Cfr. *Hechos* 18, 2-3; *Rom* 6, 34; *1 Cor* 16, 19). En nuestros tiempos, tan duros para muchos, realmente es una gracia ser acogidos “en esta pequeña Iglesia”, según la palabra de San Juan Crisóstomo (*Homilía 20 sobre los Efesios* 5, 22-24, núm. 6; *PG* 62, 135-140), entrar en su ternura, descubrir su maternidad, experimentar su misericordia, pues es una evidente realidad que un hogar cristiano es “el rostro sonriente y dulce de la Iglesia” (Expresión de un hogar de los “Equipos de Nuestra Señora”, citada por H. Caffarel en “El Anillo de Oro”, núms. 111-12; “El matrimonio, este gran Sacramento”, París, Feu nouveau, 1963, p. 262). Se trata de un apostolado insustituible que os corresponde realizar generosamente, un apostolado de hogar para el cual la formación de los novios, la ayuda a los matrimonios jóvenes, el auxilio a los hogares en apuros constituyen campos privilegiados. Ayudándoos mutuamente, ¿de qué tareas no sois capaces en la Iglesia y en la ciudad?

Os invitamos a ello con una gran confianza y con mucha esperanza: “La familia cristiana proclama en voz alta el poder actual del Reino de Dios y la esperanza de la vida bienaventurada. Así también,

por su ejemplo, por su testimonio, ella convence al mundo del pecado e ilumina a los hombres en busca de la verdad” (*Lumen gentium*, núm. 35).

III. VOCACIÓN DE SANTIDAD

En el transcurso de la primera y segunda parte, Pablo VI expuso magistralmente las grandezas humanas y cristianas del matrimonio. En esta tercera parte, el maestro espiritual va a revelarse como un padre espiritual enormemente comprensivo de las dificultades que encuentran los esposos en su andadura hacia el ideal que acaba de trazar.

CAMINAR EN EL AMOR

13. –Queridos hijos y queridas hijas, vosotros estáis perfectamente convencidos de ello, y viviendo las gracias del sacramento del matrimonio camináis “con un amor incansable y generoso” (*Ibid*, núm. 41) hada esta santidad a la cual todos somos llamados por la gracia (Cfr. *Mt* 5, 48; *1 Tes* 4, 3; *Efes* 1, 4), y no ciertamente por exigencia arbitraria, sino por amor de un Padre que quiere la perfección plena y la dicha total de sus hijos. Además, para llegar a ella, vosotros no estáis confiados a vosotros mismos, toda vez que Cristo y el Espíritu Santo, “estas dos manos de Dios”, según la expresión de San Ireneo, trabajan incesantemente por vosotros (Cfr. *Contra los Herejes*, IV, 28, 4; *PG* 7, 1, 200).

No os dejéis, pues, vencer por las tentaciones, las dificultades, las pruebas que surgen en el camino, ni tengáis miedo de marchar, cuando sea necesario en contra de la corriente de lo que se piensa y se dice en un mundo de costumbres paganizadas. San Pablo nos previene de ello: “No os mostréis de acuerdo con este mundo, sino transformaos por la renovación de vuestro espíritu” (*Rom* 12, 2). No os desaniméis, a la hora de las deserciones: nuestro Dios es un Padre lleno de ternura y de bondad, colmado de solicitud y desbordante de amor para sus hijos que encuentran dificultades en su camino. Y la Iglesia es una madre que trata de ayudaros a vivir en toda su plenitud este ideal del matrimonio cristiano del que os recuerda, con su belleza, todas sus exigencias.

PENSAR, QUERER, OBRAR EN LA VERDAD:
TAREA DE LOS SACERDOTES CONSILIARIOS

14. —Queridos hijos, Consiliarios de los “Equipos de Nuestra Señora”, vosotros lo sabéis por una larga y rica experiencia: Vuestro celibato consagrado os hace particularmente disponibles, para ser junto a los hogares, en su marcha hacia la santidad, los testigos operantes del amor del Señor en la Iglesia. A lo largo de los días, vosotros les ayudáis a “marchar en la luz” (1 *Juan* 1, 7), a pensar justamente, es decir, a ajustar su conducta en la verdad; a querer justamente, es decir, a orientar, como hombres responsables, su voluntad hacia el bien; a obrar justamente, es decir, a colocar progresivamente su vida, a través de los azares de la existencia, al unísono de este ideal del matrimonio cristiano que ellos persiguen generosamente. ¿Quién no lo sabe?

No es sino poco a poco como el ser humano llega a jerarquizar y a integrar sus múltiples tendencias hasta ordenarlas armoniosamente en esta virtud de la castidad conyugal donde la pareja encuentra su plena manifestación humana y cristiana. Esta obra de liberación, porque de ello realmente se trata, es el fruto de la verdadera libertad de los hijos de Dios, cuya conciencia exige a la vez ser respetada, educada y formada, en un clima de confianza y no de angustia en el que las leyes morales, lejos de tener la frialdad inhumana de una objetividad abstracta, están allí para guiar a la pareja en su camino. Cuando los esposos se esfuerzan, en efecto, paciente y humildemente sin dejarse desanimar por los fracasos, por vivir verdaderamente las exigencias profundas de un amor santificado que las reglas morales les recuerdan, éstas no se rechazan como un obstáculo, sino que se consideran como un auxilio poderoso.

LA IGLESIA ANTE LA PROBLEMÁTICA
DEL MATRIMONIO

15. —La vida de los esposos, como toda vida humana, conoce perfectamente etapas, y las épocas difíciles y dolorosas —vosotros los experimentáis a lo largo de los años— tienen también su puesto. Pero es necesario decirlo muy alto: jamás la angustia y el miedo deberán encontrarse en las almas de buena voluntad, porque al fin ¿el Evangelio

no es una buena nueva también para los hogares, y un mensaje que, aun cuando es exigente, no es menos profundamente liberador? Tomar conciencia de que todavía no se ha conquistado su libertad interior, que todavía se encuentra sometido al impulso de sus tendencias, descubrirse casi incapaz de respetar, al instante, la Ley moral, en un terreno tan fundamental, suscita naturalmente una reacción de angustia. Pero es el momento decisivo en el que el cristiano, en su desarrollo, en lugar de abandonarse a la rebelión estéril y destructora, accede, con humildad, al descubrimiento desconcertante del hombre ante Dios, un pecador ante el amor de Cristo Salvador.

MISTERIO PASCUAL EN LA FAMILIA

16. —Partiendo de esta toma de conciencia radical, se modela todo el progreso de la vida moral, al encontrarse la pareja “evangelizada” de este modo en sus profundidades, y al descubrir los esposos “con temor y temblor” (*Fil* 2, 12), pero también con una alegría llena de admiración, que en su matrimonio, como en la unión de Cristo y de la Iglesia, es el misterio pascual de muerte y de resurrección el que se realiza. En el seno de la gran Iglesia, esta pequeña iglesia se conoce entonces por lo que ella es en verdad: una comunidad débil y a veces pecadora y penitente, pero perdonada, en marcha hacia la santidad, “en la paz de Dios, que supera toda inteligencia” (*Fil* 4, 7). Lejos de estar, por tanto, al abrigo de toda deserción “que aquél que se vanaglorie de estar en pie tenga cuidado de no caer” (*1 Cor* 10, 12), ni dispensados de un esfuerzo perseverante, a veces en condiciones crueles que únicamente el pensamiento de participar en la Pasión de Cristo puede hacer soportar (Cfr. *Colos* 1, 24), los esposos saben al menos que las exigencias de vida moral conyugal que la Iglesia les recuerda no son leyes intolerables ni impracticables, sino un don de Dios para ayudarles a llegar, a través y por encima de sus debilidades, a las riquezas de un amor plenamente humano y cristiano. Y así, lejos de tener el sentimiento angustioso de encontrarse como acorralados en un callejón sin salida, y según los casos, de dejarse caer acaso en la sensualidad, abandonando toda práctica sacramental, incluso rebelándose contra una Iglesia considerada como inhumana, o de agotarse en un esfuerzo imposible a costa de la armonía y del equilibrio, incluso de la

supervivencia del hogar, los esposos se abrirán a la esperanza, en la certeza de que todos los recursos de gracia de la Iglesia están allí para ayudarles a marchar hacia la perfección de su amor.

CONCLUSIÓN

APOSTOLADO DEL TESTIMONIO

17.—Éstas son las perspectivas en las cuales los hogares cristianos viven, en medio del mundo, la buena nueva de la salvación en Cristo, y progresan hacia la santidad en y por su matrimonio, con la luz, la fuerza, la alegría del Salvador. Éstas son también, de igual manera, las orientaciones fundamentales del apostolado de los “Equipos de Nuestra Señora”, partiendo del testimonio de su propia vida, cuya fuerza de persuasión es tan grande.

Inquieto y enfebrecido, nuestro mundo se debate entre el temor y la esperanza, y numerosos jóvenes comienzan a caminar, titubeando, por el camino que se abre ante ellos. Que esto sea para vosotros un estímulo y una llamada. Con la fuerza de Cristo, podéis y, en consecuencia, debéis realizar grandes cosas. Meditad su palabra, recibid su gracia en la oración y en los sacramentos de Penitencia y de Eucaristía, consolaos los unos a los otros, testimoniando con sencillez y discreción vuestra alegría. Un hombre y una mujer que se aman, una sonrisa de niño, la paz de un hogar; predicación sin palabras, pero extraordinariamente persuasiva, en la que todo hombre puede ya presentir, como por transparencia, el reflejo de otro amor, y su llamada infinita.

HACIA UNA NUEVA PRIMAVERA EN LA IGLESIA

18. —Queridos hijos, la Iglesia, de la que sois células vivientes y operantes, da por mediación de vuestros hogares como una prueba experimental del poder del amor salvador, y produce sus frutos de santidad. Hogares probados, hogares felices, hogares fieles, vosotros prepararéis para la Iglesia y el mundo una nueva primavera cuyas primeras flores nos hacen ya saltar de gozo.

9

Los Equipos de Nuestra Señora frente al ateísmo

TEXTO DE LA CONFERENCIA PRONUNCIADA
EN ROMA POR EL «ABBE» CAFFAREL
A 5 DE MAYO 1970

Todo cristiano debería periódicamente interrogarse sobre la manera como responde a la llamada de Dios, a su vocación. Esto es cierto para los religiosos y es cierto también para los esposos cristianos. Lo sabéis perfectamente vosotros, esposos de los Equipos, que practicáis todos los meses el «deber de sentarse», este encuentro del marido y la mujer para ponerse de acuerdo, en presencia del Señor. Vuestro Ejercicios anuales no tienen otra razón de ser.

El interrogante es más grave hacia la mitad de la vida, que es también un recodo, que debe ser una nueva partida. Es por esta razón que una vez transcurridos diez años de vida en el Movimiento, se os proponen dos años llamados de profundización.

Lo que es cierto para los individuos y para los esposos, lo es también para las instituciones. También ellas deben reflexionar sobre su «vocación» a fin de ver qué hay que corregir y renovar.

He pensado que esta peregrinación era para nuestro Movimiento, tras treinta años de existencia, la ocasión privilegiada de interrogarse sobre la manera como ha comprendido la llamada de Dios y la manera

como ha respondido a ella.

El Equipo responsable del Movimiento se ha formulado, pues, esta pregunta: « ¿Cuál es, exactamente, la vocación de los Equipos de Nuestra Señora? ».

Nos ha parecido que no era ya posible limitarse a definir esta vocación, como al principio, cuando sólo se componía de algunas decenas de esposos. Ahora que el Movimiento, implantado en más de treinta países, agrupa a más de veinte mil matrimonios, debe definirse su vocación en relación no ya solamente con las necesidades de los esposos, sino en referencia a las importantes llamadas de los hombres contemporáneos. Hasta el punto de que nuestra cuestión coincide, al menos parcialmente, con la que se formuló el Concilio respecto a la misión de la Iglesia y a la que respondió con un documento de capital importancia: *la Constitución pastoral de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Gaudium et Spes*. El Concilio cobró conciencia de que un aspecto esencial de la misión de la Iglesia, en nuestro siglo XX, consiste en responder al reto que le lanza el ateísmo. En otros tiempos, los Concilios habían resuelto otras cuestiones, refutado otros errores referentes a la Encarnación, la Redención, la Trinidad, la Gracia ... Actualmente, la interpelación que la Humanidad lanza a la Iglesia, a los cristianos, es todavía más fundamental: se contesta la misma existencia de Dios. De todas las contestaciones es la más radical, la más dramática.

Me propongo indicaros, ante todo, en qué sentido os interpela de una manera especialísima a vosotros, esposos de los Equipos de Nuestra Señora; ver después si nuestro Movimiento responde al reto del ateísmo, y finalmente, precisar lo que debemos hacer para responder mejor a él. Pero empecemos por cobrar conciencia de este fenómeno característico de nuestro tiempo, el ateísmo.

EL ATEISMO

Un Padre del Concilio me decía la extraordinaria impresión que le produjo a la asamblea conciliar la intervención de un obispo checoslovaco, monseñor Hnilica, salido del campo de concentración, cuando proclamó en el ámbito de San Pedro: «Una tercera parte del mundo se encuentra bajo la influencia del ateísmo, que no oculta su

intención de conquistar el mundo entero». Otra observación -no recuerdo si del mismo Padre o de otro- comentaba: «El ateísmo es el error más grave, la enfermedad mortal de nuestra época.»

El hecho de que «masas inmensas se organicen en un universo del que está ausente Dios» es un fenómeno sin precedentes. Para designar el siglo XX, los historiadores del futuro lo llamarán sin duda el siglo de la muerte de Dios, expresión que en otros tiempos hubiera sonado a blasfemia y que actualmente se emplea sin pestañear.

Y no obstante, la mayoría de los cristianos no parecen sospechar la gravedad del fenómeno. No admiten de buen grado que se les alerte sobre este particular, es verdad que no agrada mucho lo que puede perturbar el confort de las costumbres del espíritu.

No obstante, hay entre vosotros algunos que han cobrado una aguda conciencia del problema: por una parte, aquellos que viven en régimen comunista -¡lástima que no puedan hablar en mi lugar!-, y por otra parte, aquellos hogares en que, de pronto, surge el ateísmo: un hijo o una hija que declara no creer ya en Dios, cosa que cada día es más corriente. Las altas murallas tras de las cuales se parapetaba, harto fácilmente, el hogar cristiano, no le ponen ya al abrigo de las tempestades de este mundo.

Vaticano II dedicó al ateísmo un capítulo importante de la Constitución *Gaudium et Spes* que acabo de mencionar. No hay nada que se le parezca en los documentos de los otros Concilios, lo cual subraya perfectamente la novedad del fenómeno. Leamos algunas frases características de este capítulo.

«Unos niegan expresamente la existencia de Dios (leyendo esta frase pienso en Nietzsche cuando escribía: « ¿Dónde está Dios? Os lo voy a decir: ¡Lo hemos matado! Vosotros y yo... ¿No escuchamos todavía el ruido de los sepultureros enterrando a Dios?»); otros se contentan con decir que el hombre no puede afirmar nada absolutamente sobre El; otros someten a examen el problema de Dios con tal método, que aparece como un problema sin sentido... Otros se representan a Dios de tal forma que esta representación que ellos mismos rechazan no es, de ningún modo, el Dios del Evangelio (como ese Dios del que habla Jean-Paul Sartre). Hay además otro ateísmo, que no pocas veces procede de una violenta protesta contra el mal que existe en el mundo... Y la misma civilización moderna puede hacer cada día más difícil el remontarse hacia Dios... »

Siguen unas páginas capitales sobre «la actitud de la Iglesia frente al problema del ateísmo.»

Cierto es que algunas encuestas recientes parecen indicar una regresión del ateísmo. Hay que entender su significación: el ateísmo progresa en expansión, indudablemente, como una inundación que fuera cubriendo regiones cada vez más vastas y numerosas, pero al mismo tiempo es cierto que algunos hombres de ciencia empiezan a apartarse del cientificismo que, a principios de siglo pretendía reducir todo conocimiento al que procuran las ciencias modernas físicas y químicas, y sostenían que la ciencia no tardaría en resolver incluso los problemas religiosos y metafísicos. Es cierto también que la «revolución de los jóvenes» que ha estallado estos últimos años en numerosos países, da fe de la imperiosa necesidad en que se encuentran nuestros jóvenes de huir de la civilización materialista que les asfixia. Se les oye hablar de «espiritualidad», precisamente en el momento en que muchos cristianos no soportan esta palabra. Pero, no hay que hacerse ilusiones; esta desafección de unos y otros respecto al ateísmo no es en absoluto una señal de una vuelta al cristianismo. Los que no se adhieren al dogma de la muerte de Dios, se dirigen o bien hacia un deísmo que aún admitiendo a Dios, como causa del mundo, continúa opuesto a todas las afirmaciones reveladas, o bien hacia unas místicas orientales, cosa que constataba hace poco el Dr. Ramsey, arzobispo de Canterbury: «Nosotros los cristianos no hemos insistido sobre el papel de la contemplación, de tal manera que ahora la gente va a buscar el misticismo en los movimientos no cristianos.»

Podemos imaginar con espanto lo que ocurrirá cuando aquellos que se aferran a un deísmo inconsistente o a unas místicas inciertas, descubran que no encuentran allí la respuesta a las aspiraciones del corazón humano.

¿Por qué razón, pues, no se dirigen a los cristianos, aquellos a quienes decepciona el ateísmo?

-Porque no parece que los cristianos encuentren la felicidad en su fe en Dios.

-Porque, a todos los niveles, manifiestan poca solicitud en hablar de su Dios. Un periodista con un sentido del humor bastante cruel, denominaba últimamente a esta Iglesia que ya no sabe hablar de Dios:

«La Iglesia del silencio».

-Finalmente, porque el semblante de Dios que dejan entrever los cristianos a través de su comportamiento, o eventualmente a través de sus palabras, no es nada atrayente.

No cabe duda que a este falso semblante de Dios presentado por los cristianos, se referían los redactores de *Gaudium et Spes* al escribir esta severa e inesperada frase: «en esta proliferación del ateísmo puede muy bien suceder que una parte no pequeña de la responsabilidad cargue sobre los creyentes... »

Todos tenemos que hacer examen de conciencia a partir de esta pregunta: Los que no ven y no escuchan ¿no se exponen a confundirse sobre el verdadero semblante de Dios? Padres y madres, al formularos esta pregunta pensad de una manera especial en los hijos que Dios os ha confiado.

LOS FALSOS SEMBLANTES DE DIOS

Hay un falso semblante de Dios que indigna de una manera especial a muchos de nuestros contemporáneos: el Dios vengador del orden transgredido, ya se trate del orden moral, del orden lógico o del orden social.

-El Dios del orden moral. Un Dios profesor de moral, que vigila, espía, amenaza. Por lo demás susceptible, rencoroso, vengativo. No se entretiene, sin duda, en los pecados veniales, pero los otros, los mortales, acarrear su enemistad y merecen el infierno eterno. De ahí la angustia, esa angustia insidiosa que, hemos de confesarlo, roe la conciencia de muchos cristianos, a menos que no terminen por volver la espalda a ese «Dios para los justos» a ese «padre sádico», como le llamaba Freud en atroz frase. Y no cabe duda que predicar la moral, defender el orden moral, son cosas respetables. No obstante, eso no quita que Cristo predicara: «No vine para los justos, sino para los pecadores». Frase que los educadores cristianos encuentran más prudente usar con parsimonia. Por esta razón no es de extrañar que en nuestras iglesias no veamos ya casi más que a los temperamentos débiles o las personas muy virtuosas, ya que los pecadores se creen excluidos.

-El Dios del orden lógico, racional. «El Dios de los filósofos». Un Dios cuya existencia demuestra la razón, describe las perfecciones, un Dios piedra angular de las grandes arquitecturas doctrinales. Un Dios frío como una idea, decepcionante como un sistema. ¡Que nadie se atreva a contestar las bellas construcciones intelectuales de los teólogos, a sentirse insatisfecho de ciertas formulaciones de verdades cristianas!: el Dios de la Inquisición y de sus sucedáneos permanece amenazante. ¿Cómo podrían los espíritus inquietos que caminan a tientas y se dirigen lealmente en busca de la verdad, aceptar ese Dios vengativo que exige el servilismo intelectual? El orden racional es respetable, es cierto, y el trabajo de la teología más indispensable que nunca; pero continúa en pie que nuestro Dios no es el de los filósofos: «Te doy gracias, Padre mío, por haber ocultado estas cosas a los prudentes y sabios y habérselas revelado a los pequeños.»

-El Dios del orden social, del que no sabemos exactamente si se ha aliado El con el poder o bien ha sido el poder que se ha aliado a Él. El caso es que ha existido connivencia entre los dos: primero fue el emperador, luego «el muy católico rey» y actualmente son los gobernantes, los dominantes, los ricos... ¿Cómo pueden admitirlo los que carecen de pan, de trabajo y de estima? Y es cierto que existe un orden social eminentemente respetable, aquel que favorece la paz y el desarrollo de las personas humanas. Pero ¡poco importa qué clase de «orden establecido»! Y sabemos perfectamente que el Juicio Final versará precisamente sobre la actitud de los hombres respecto a los oprimidos.

¿No pensáis que cristianos y no cristianos, y vuestros mismos hijos, han podido imaginar con frecuencia que una u otra de estas tres caricaturas representaban el verdadero semblante de Dios? ¿Cómo extrañarse entonces que pecadores, espíritus inquietos y gentes oprimidas hayan constituido el frente común del ateísmo frente a ese Dios jupiteriano?

Es verdad que frente a esto, otros cristianos -o los mismos- han presentado con frecuencia, por sus palabras y su manera de obrar, a un «buen Dios» tranquilizante. ¿Es más seductor este otro semblante de Dios? Sin duda no ha contribuido menos a decepcionar a los hombres, a favorecer también al ateísmo, ese Dios buena persona, bonachón, abuelo más que verdadero padre, ese Dios «tapa agujeros», «socorrista», «agente de seguros». La frase de Voltaire, frase mordaz,

no es sino demasiado cierta: «Si Dios creó al hombre a su imagen y semejanza ¡cómo se la ha devuelto el hombre!»

Este semblante de Dios no engendra ni rebeldía ni odio; y quizá es peor, porque provoca desprecio. ¡Cuánto más atractivo el Dios de los musulmanes en su inaccesible grandeza!: «Alá es uno. Alá es grande. Nadie le iguala». ¡Cuánto más fascinante el Dios de la India, presente en el corazón de los seres, omnipresente, única Realidad!

Lo que quizás sorprende más al ateo o al candidato ateo, entre la nueva generación, es el corte, en la existencia de tantos cristianos, entre su relación con Dios y su vida. Escuchémosles: se habla de confort, de vacaciones, de un coche más moderno, de residencia secundaria y de todas estas preocupaciones de dinero que arrastran consigo estas cosas; hablan del último espectáculo -eventualmente licencioso-, del último premio literario: ¡es preciso estar al corriente!; critican a los políticos, a los parientes, a los amigos, a la Iglesia. ¿Dónde está en todo esto la influencia de Dios? En cuanto a la influencia de la civilización materialista es evidentísima: «La mayoría de las personas, hace observar un converso inglés, C.S. Lewis, piensan en Dios como un aviador piensa en su paracaídas. Lo guarda siempre a mano para el caso que lo necesitara, pero espera no tener que utilizarlo nunca.» Los jóvenes, ávidos de autenticidad y que escuchan las conversaciones de los padres, que observan su comportamiento ¿cómo podrían tomarse en serio a ese Dios tratado por sus fieles con tan poco honor?

Lewis reacciona con un humor áspero; otros reaccionan con profunda indignación. Pienso en todos aquellos que albergan una voluntad poderosa de lucha contra la miseria y el hambre, la opresión y la muerte; no pueden menos que apartarse de esos cristianos que se desinteresan de la causa sagrada del hombre, que desertan del frente donde se libra el combate contra las injusticias, ocultándose detrás de su Dios.

¿Comprendéis ahora por qué aquellos que buscan no piensan a menudo en dirigirse a los cristianos? ¿Por qué los Padres del Concilio aprobaron la breve frase: «en esta proliferación del ateísmo puede muy bien suceder que una parte no pequeña de la responsabilidad cargue sobre los creyentes?»

Quizá me haya extendido demasiado, pero de todos modos es preciso que sepamos a veces mirar de frente el mundo en que vivimos.

LA PAREJA, TESTIGO DE DIOS VIVO

Me figuro que estáis de acuerdo conmigo en llegar a la conclusión de que este reto a los cristianos por el ateísmo exige una respuesta urgente, la respuesta de nuestro testimonio. Por poco que se conozca y se ame a Dios, ¿cómo no encontrar intolerable que se desfigure así su verdadero semblante?, y por poco que amemos a nuestros hermanos, ¿cómo soportar que ignorando el verdadero Dios se suman en la angustia, en la inquietud y en el absurdo? Y por poco que se tenga el sentido de la solidaridad humana, ¿cómo no sentirse co-responsables de la traición a Dios por los cristianos?

Es asunto que incumbe a toda la Iglesia el revelar a nuestra época el verdadero semblante de Dios. Y en cierto sentido es asunto especial de los esposos.

Adivino vuestra reacción: «La misión es grande, demasiado grande; carecemos de tiempo y competencia.» ¿Y si os respondiera que sois particularmente aptos para cumplir esta misión, precisamente porque sois esposos? Tenéis un carisma propio. Por otra parte, para ser estos testigos que el mundo espera, no es necesario que abandonéis vuestras tareas familiares y profesionales; no tenéis que partir para una lejana cruzada.

Voy a explicarme: de vuestro amor conyugal y de vuestro hogar espera el mundo ateo el testimonio esencial.

Os hablaré, en primer lugar, del testimonio que debéis dar mediante vuestra vida; luego, del testimonio de la palabra.

EL TESTIMONIO DE LA VIDA

Perrnitidrne que exprese el pensamiento de Dios sobre la pareja, a la manera de Péguy, el escritor francés harto olvidado hoy día.

«Dios dice: esposos cristianos, sois mi orgullo y mi esperanza.

Cuando creé el cielo y la tierra y en el cielo grandes luminarias, vi en mis criaturas vestigios de mis perfecciones y encontré que estaba bien.

Cuando hube cubierto la tierra con su gran manto de

campos y bosques, vi que estaba bien.

Cuando hube creado los innumerables animales según su especie, contemplé en esos seres vivos y abundantes un reflejo de mi vida desbordante y encontré que estaba bien.

De toda mi creación subía entonces un gran himno solemne y gozoso celebrando mi gloria y mis perfecciones.

Y no obstante, en ninguna parte veía la imagen de lo que es mi vida más secreta, más ferviente.

Entonces despertó en mí la necesidad de revelar lo mejor de mí mismo: y fue mi más bella invención.

Fue así que te creé, pareja humana «a mi imagen y semejanza», y esta vez vi que estaba muy bien.

En medio de ese universo del que cada criatura deletrea mi gloria, celebra mis perfecciones, había surgido por fin el amor, para revelar el amor.

Pareja humana, mi bien amada criatura, mi testigo privilegiado, ¿comprendes por qué me eres querida entre todas las criaturas, comprendes la esperanza inmensa que pongo en ti?:

Eres portadora de mi reputación, de mi gloria, eres para el universo la gran razón de esperar... «porque tú eres el amor.»

Pero observemos más de cerca vuestra misión de testigos de Dios. La primera manera de realizarlo consiste en vivir siempre más perfectamente vuestro amor, en hacer que despliegue todas sus virtudes, que se manifieste fiel, feliz, fecundo. Es verdad que está por encima de vuestras posibilidades. El hombre y la mujer comprueban pronto que el mal actúa en el hogar; es absolutamente necesario recurrir a la gracia de Cristo, salvador de la pareja. Y gracias a ello vuestra unión se convierte en el testigo, no solamente de Dios creador, sino también de Dios salvador.

Vuestro hogar rendirá a Dios un testimonio más explícito todavía si es la unión de dos «buscadores de Dios», según la admirable expresión de los salmos. Dos buscadores cuya inteligencia y cuyo corazón sienten avidez por conocer y encontrar a Dios. Apasionados de Dios, impacientes de estar unidos a El. Un hombre y una mujer han comprendido que Dios es la gran realidad, que Dios interesa más que nada. En ese hogar, todo se mira y se concibe en función de Dios. No

hablo en teoría. ¡Cuántos conozco de entre vosotros verdaderos buscadores de Dios, en quienes vibra una cuerda secreta cuando se evoca, ante ellos, el nombre de Dios!

Un hogar así es un lugar de culto, no solamente porque los esposos son esos «adoradores en espíritu y en verdad» anunciados por Cristo, porque sus hijos se formarán de manera a ser, ellos también, unos adoradores, sino también en el sentido de que ese ímpetu de adoración orienta los corazones y todas las tareas a lo largo del día. El hogar cristiano es esta «Iglesia en reducción» de que hablaba San Juan Crisóstomo, esa célula de Iglesia de la que nos hablaba ayer por la mañana Pablo VI. Aunque todos los lugares de culto se cerraran y destruyeran, como en ciertas regiones del mundo, la familia cristiana continuaría siendo la morada de Dios entre los hombres.

Y porque Dios mora en ella, es un lugar donde actúa, continúa operando esas «mirabilia», esas grandes cosas de las que nos hablaba la Biblia. La existencia de un hogar cristiano es una «historia sagrada», porque es una historia dirigida por Dios.

Y los que vienen a pedirle hospitalidad, tengan o no conciencia de ello, encuentran Aquél del que es la morada. *Ubi caritas et amor Deus ibi est*. Allí donde están el amor y la caridad, Dios está presente.

Los que van de visita encuentran a Dios actuando en el hogar en múltiples indicios: una preocupación por la simplicidad, la caridad, una forma habitual de subrayar la parte buena de la gente y de las cosas, un juicio espontáneamente evangélico sobre los acontecimientos ... una independencia frente al mundo, a las modas ya sean las intelectuales u otras cualquiera.

No se corre el riesgo de que un hogar así sea una especie de gueto donde se encierren al abrigo de las miserias del mundo: es el lugar de partida hacia todas las tareas humanas. Ahí, el «Dios amigo de los hombres» envía en misión a sus servidores cuando han recuperado sus fuerzas en el amor mutuo, la oración y el descanso. Entonces, nada tiene de sorprendente que los esposos cristianos sean, en medio de los hombres, testigos del Dios vivo; como prueba de ello, aduzco esta reflexión de una científica atea a una amiga católica: «Para usted, Dios está vivo como lo está su marido o sus chiquillos. Ante usted, mis argumentos contra Dios resultan ridículos... es como si intentara demostrarle que su marido no existe».

Me diréis que este retrato del hogar cristiano supone el problema

resuelto, a saber, que somos santos. ¡En absoluto! No he hablado de santidad, sino de búsqueda de Dios, de honor rendido a Dios, de recurso a Cristo salvador para superar cotidianamente, en la vida conyugal y familiar, las tentaciones y los obstáculos. La penitencia, y entiendo con ello el humilde reconocimiento de los pecados, de la frecuente infidelidad a Dios, rinde ya testimonio a Dios, revela su santidad. Recuerdo esta reflexión de un diplomático de la América Latina, después de una estancia en un hogar de los Equipos. No dejaba de reconocer que los esposos no eran perfectos, pero se trataba precisamente de ese tipo de matrimonio penitente en busca de Dios. «Ahora sé que si mi país, a imagen de esta pequeña comunidad familiar, reconociera sus transgresiones e hiciera penitencia, conocería la paz que reina en el hogar donde acabo de pasar unos días.»

Quisiera saber comunicaros mi convicción de que un matrimonio de «buscadores de Dios», en nuestro mundo que ya no cree en Dios, que ya no cree en el amor, es una «teofanía», una manifestación de Dios, como lo fue -para Moisés- aquel zarzal del desierto que ardía sin consumirse.

Que si vuestra vida matrimonial, si vuestro amor, atestigua el Dios del amor, entonces, y sólo entonces, debéis y podéis realizar el testimonio de la palabra que se verá garantizada por vuestra vida.

EL TESTIMONIO DE LA PALABRA

Con mucha frecuencia oigo decir: ¿No es traicionar a Dios hablar de El? Las palabras, las imágenes y los conceptos son siempre inadecuados. ¡Es cierto! Tienen razón los musulmanes al decir que el centésimo nombre de Dios, su verdadero nombre (los otros noventa y nueve solamente son aproximaciones) es incognoscible e indecible. El obispo anglicano John Robinson escribía no hace mucho en este sentido: «Cuando hablamos de Dios, todas nuestras palabras están destinadas a quedarse a un lado.» San Agustín pensaba lo mismo, pero en seguida rectificaba: «¿Qué puede decir aquel que habla de Ti? Y no obstante, ¡pobres de los que te silencian!» Doce siglos después, Bossuet con su enorme sentido común interpellaba a sus oyentes: «Si para hablar de Dios esperáis encontrar palabras dignas de El, jamás hablaréis.»

Por lo tanto, la pregunta que se plantea no es: ¿hay que hablar de El?, sino: ¿cómo hablar de El para no traicionarlo? En primer lugar para no traicionarlo ante vuestros hijos. He aquí la respuesta que os propongo: Nuestro Dios es, según la expresión bíblica, «un Dios escondido», incognoscible, pero que se reveló en el hombre-Jesús, que se dio a conocer como siendo el amor, amor de los hombres sin duda, pero en primer lugar amor en su vida íntima, trinitaria, y está presente en el corazón de sus criaturas. Comento brevemente esta respuesta.

Nuestro Dios es un Dios oculto, incognoscible, que no pueden incluir ni unas imágenes ni unos conceptos; pero esta convicción, lejos de alejar de Dios al creyente, lo acerca a El, provoca su adoración. Más de una vez lo he constatado con niños pequeños. Un Santo Tomás de Aquino dijo, respecto a esto, extraordinarias palabras: «Al final de nuestro conocimiento, conocemos a Dios como desconocido; y es para nuestro espíritu una manera muy perfecta de penetrar en el conocimiento de Dios, el reconocer que la esencia divina está por encima de lo que la inteligencia puede captar aquí abajo». Decir que Dios está por encima de todo lenguaje nos hace presentir su grandeza sin igual.

Y no obstante, Dios, para darse a conocer, ha corrido el riesgo del lenguaje. De ese lenguaje infinitamente más explícito y elocuente que cualquier otro: la encarnación de su Verbo. Para acercárenos sin herirnos, para familiarizarnos con El, nos ha revelado su gloria, pero tamizada mediante un semblante y una sonrisa de hombre; nos ha comunicado el fuego devorador de su santidad, pero a través de un corazón de hombre.

En ese Jesucristo, Dios revela su amor: «Amó Dios tanto a los hombres que les entregó su Hijo único.» Amor, es quizás el concepto y la palabra menos impropia para darnos a conocer lo que es respecto a nosotros; pero este término «amor, terriblemente envilecido, acaba por ser ambiguo; conviene cuidar de precisar bien el sentido. ¿No es a vosotros, esposos, a quienes incumbe revelar por vuestra vida, de la manera menos imperfecta posible, lo que significa? Sí, habría que poner a los hombres en camino hacia el misterio incognoscible, gracias al amor del hombre y de la mujer.

También a vosotros, marido y mujer, os incumbe el dejar entrever, por vuestra unión, el misterio del Dios Trinidad. Nuestro Dios, en efecto, no es ese triste e impasible «célibe de los mundos» del que

hablaba René de Chateaubriand, sino un sol que caldea, una comunidad de tres personas y de tres personas que se aman. También ahora hemos de apresurarnos en ir más allá de las ideas y de las palabras, hacia las realidades que designan. Y la oración silenciosa es, finalmente, el mejor camino de acceso al misterio trinitario.

Finalmente, no se les ha dicho todavía a los hombres lo que sin duda más les importa, mientras no se les ha enseñado que nuestro Dios no es un Dios ausente, un Dios «más allá», sino próximo, presente en el corazón de toda criatura. Por no saberlo tardó en convertirse San Agustín. Confiesa: « ¡Tarde te he amado! Pero ¿y qué? Tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera de mí mismo. Te buscaba fuera, me volcaba sobre las criaturas. Tú, tú estabas conmigo y yo no estaba contigo.» (Confesiones, Libro X). Dios está dentro de nosotros, nos llama, nos espera. Actúa para divinizarlos: «Mi Padre y yo actuamos sin cesar.»

Tal es, a mi juicio, el Dios que por vuestra vida y por vuestras palabras debéis revelar -ante todo a vuestros hijos. Si creéis verdaderamente en ese Dios, el testimonio de la palabra surgirá espontáneamente. Por lo demás, no consistirá tanto en discutir y argumentar -no todos son siempre capaces y por otra parte, Dios no se encuentra al final de una discusión-, sino en decir sencillamente lo que ese Dios es para vosotros, el puesto que ocupa en vuestra vida.

LA DEFINICION DE LOS EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA

Tras haber hablado por turno del ateísmo, de la parte de la responsabilidad que incumbe a los cristianos en su génesis y su extensión, del papel privilegiado que incumbe a los esposos para atestiguar del Dios vivo mediante su vida y mediante su palabra, estoy en condiciones de definir en una frase la misión de los Equipos de Nuestra Señora: son un Movimiento de espiritualidad en el que los esposos que lo componen, en el siglo **del** ateísmo, quieren cobrar conciencia de la presencia activa de Dios, en primer lugar en ellos mismos, después en su hogar, y en el mundo, a fin de que su vida, a ejemplo de la de Cristo, manifieste a Dios y sus perfecciones, o mejor dicho, permita a Dios decirse y entregarse.

Por desgracia me veo obligado hoy a no tratar lo que podríamos lla-

mar la misión del Movimiento, como tal, en la Iglesia: a saber, propagar la doctrina cristiana del matrimonio, promover, tanto en el futuro como en el pasado, todas las formas de preparación al matrimonio y de ayuda a los cristianos casados.

Cuando en el transcurso de los meses pasados preparaba esta conferencia, y que este nuevo aspecto de la vocación de los Equipos de Nuestra Señora respecto al ateísmo se iba imponiendo a mi espíritu, me embargaba una inquietud: ¿no iremos a abandonar la primera inspiración, olvidar la vocación original de nuestro Movimiento? Esta inquietud era angustiada; en efecto, siempre es grave cambiar de orientación. Pero he aquí que un día la inquietud se convirtió en gozo, incluso diría en una alegría desbordante. Acababa de comprender que esta vocación de los Equipos, tal como la defino hoy, se encuentra admirablemente dentro de la línea del esfuerzo perseguido desde hace treinta años. En efecto, hemos buscado, por una parte, el pensamiento de Dios sobre el amor y el matrimonio y, por la otra, su traducción en la existencia cotidiana del hogar; tuvimos razón. Simplemente no nos habíamos dado cuenta, durante este tiempo, que esta búsqueda no estaba solamente orientada a la santificación y al desarrollo de nuestros esposos, sino también a ese testimonio que deben dar los esposos al Dios vivo ante un mundo al que el ateísmo invade. Y admiré la conducta de Dios.

No dudo que os parezca apasionante también a vosotros, descubrir esa vocación, pero ser testigos de Dios resulta una terrible exigencia: Pensemos en todos nuestros hermanos de la antigua Roma atestigüando en los circos mediante el ofrecimiento de sus vidas. Entonces no nos arrullemos en palabras grandilocuentes e intenciones edificantes. Es preciso que sepamos preguntarnos con absoluta lucidez, si nuestro Movimiento está dispuesto a cumplir su misión y que tengamos el valor de operar las transformaciones que se impongan tanto dentro de nuestros hogares como en nuestro Movimiento.

¿ESTAMOS DISPUESTOS?

« ¿Están dispuestos los hogares del Movimiento? » « ¿Está dispuesto el Movimiento? » Vais a permitirme, ¿verdad? como padre espiritual del Movimiento, que no os halague, sino que os hable con tanto amor como franqueza.

He aquí, en primer lugar, lo que podemos poner en el haber del Movimiento:

una sincera búsqueda del pensamiento de Dios sobre el matrimonio y la voluntad de conformar a él su vida.

la convicción de que todo cristiano está llamado a la santidad y de que el matrimonio es un camino de santidad.

el deseo de ayudarse mutuamente el marido y la mujer en ese camino y de conducir a él a sus hijos.

el deseo, no menos cierto, de ayudar a los esposos del Equipo y de aceptar su ayuda.

una amistad en el seno del Equipo que supera, la mayor parte del tiempo, una simple amistad humana.

la voluntad de traspasar a los otros esposos lo que se ha comprendido y lo que se intenta vivir en cuanto a las riquezas del matrimonio **cristiano**.

Reconocido esto, intentemos ser no menos lúcidos sobre nuestras deficiencias.

Tengo la sensación de que para muchos esposos de los Equipos, la vida religiosa se limita a nivel del esfuerzo moral, de la rectitud, de la abnegación; les falta aquello que lo transfiguraría todo, un ímpetu teologal vigoroso, un soplo espiritual. Ahí reside sin duda la explicación de la falta de aliento, del pataleo, del volar tan bajo que se observa muy a menudo tras algunos años de matrimonio. No hablo de esos matrimonios, mucho menos numerosos por fortuna, en los que después de haber caminado durante un tiempo con nosotros, estalla el drama de la infidelidad o naufraga la fe.

Justo es reconocer que los esposos tienen un sentido común, una salud moral que les hacen evitar esos desórdenes del pensamiento y de la acción tan frecuentes entre aquellos a quienes la obligación de educar a los hijos y ganar el pan para una familia no les mantiene con los dos pies bien plantados en el suelo. ¡Es verdad! Pero, ¿no les falta, en cambio, ese granito de locura evangélica, o si queréis esas generosidades y esas invenciones del amor que Cristo espera de sus discípulos? El hombre moral observa unas prescripciones y cree estar en regla. El hombre teologal, el verdadero discípulo del Señor, espoleado por la caridad, no cree nunca no deber nada. Me pregunto si no será una insuficiencia de vida teologal lo que explica el reducido número de vocaciones sacerdotales y religiosas en los hogares de nuestro Movimiento, de esos hogares que quince años atrás pensarnos que serían semilleros de vocaciones.

Mi segunda observación concierne, no ya a los esposos, sino al Movimiento como tal. En una Iglesia y en un mundo en crisis, donde vemos tantas asociaciones e instituciones desquiciadas, sería sorprendente que no se vieran concernidos los Equipos de Nuestra Señora. A decir verdad, no conocen las crisis graves que dan por tierra con tantas otras agrupaciones, pero no por eso dejan de existir ciertos síntomas preocupantes: una expansión que no se ha detenido, pero sensiblemente menor que antes en ciertas regiones. Sobre todo a nivel de los Equipos surgen disensiones entre matrimonios de posiciones divergentes. Se manifiestan también oposiciones hacia la dirección del Movimiento. De momento se trata sólo de una enfermedad leve, limitada a algunas zonas del Movimiento. Pero la enfermedad, hoy leve, podría llegar a ser peligrosa el día de mañana. Pongo por ejemplo nuestra peregrinación a Roma. Que haya podido tener lugar en esta Iglesia en plena contestación de la autoridad y poco después del choque producido por la publicación de *Humanae Vitae*, es sin duda una señal de salud. Pero deberíamos ser más: una cuarta parte más. El correo de los últimos meses explica esta ausencia. Se trata, por una parte, de una menor confianza en los responsables del Movimiento, y por otra parte - lo que es más grave- de un menor apego a la Sede de Pedro. Unos porque no admiten que el Papa haya aprobado la nueva liturgia; otros -más numerosos-, porque no admiten la manera cómo concibe y ejerce su autoridad.

Estas dos constataciones, la anemia espiritual de muchos matrimonios, y las disensiones dentro del Movimiento, muestran que no estamos verdaderamente dispuestos a asumir nuestra misión de esposos-testigos de Dios vivo en el mundo contemporáneo. Entonces, falta preguntarnos: « ¿Qué hacer para poner remedio a ello? » ya que estoy convencido de que vosotros no tomáis partido más fácilmente que yo.

LAS TRANSFORMACIONES QUE SE IMPONEN

Con frecuencia parecen imponerse tres orientaciones generales (corresponden muy exactamente a las consignas que ayer nos dio el Papa): el estudio y la práctica de la ascesis cristiana, la escucha de la Palabra de Dios, la práctica de la oración mental. No me limitaré a

definir esas orientaciones; subrayaré las aplicaciones en la vida, ya que el riesgo está en contentarse.

1. °) Interesa que el Movimiento ayude a los esposos a que hagan en su vida un puesto a la ascesis cristiana que definiré provisionalmente como una imitación de Jesucristo en la vida cotidiana. Estoy convencido, en efecto, que las deficiencias del Movimiento provienen de una falta de ascesis. Al decirlo esto, hago más mi proceso que el vuestro. Hace treinta años, me imaginaba un poco ingenuamente, ante estas parejas jóvenes que vivían un amor cristiano alegre y ferviente que su ímpetu bastaría para arrastrarlos hasta la santidad. Después de haberlos visto evolucionar, y también después de haber profundizado el pensamiento de Cristo, comprendo hoy que a muchos les falta conocer las exigencias evangélicas. Sin un leal y valiente esfuerzo de purificación del corazón, es inútil pretender conocer a Dios, vivir y dar testimonio de El. Cristo lo dijo: «Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán a Dios». Dijo también: «Aquel que quiera ser mi discípulo, que tome su cruz y me siga». Cuando se habla de ascesis, piensan algunos en no sé qué penitencias dignas de los Padres del desierto. Se trata de algo más sencillo, más profundo y más alegre. En todos nosotros conviven dos fuerzas incompatibles, lo que la Escritura llama la «codicia» -o si lo preferís, el egoísmo- y la caridad que es amor de Dios y de nuestros hermanos para con Dios. En el transcurso de veinte siglos de vida cristiana se ha elaborado una ciencia y un arte que enseñan los medios de hacer triunfar la caridad sobre la codicia, el «hombre nuevo» sobre el «hombre viejo», sobre el pecador que anida en nosotros. Es impensable que en los Equipos de Nuestra Señora, Movimiento de espiritualidad, los hogares no se inicien lealmente a esta ciencia de la ascesis cristiana.

Pero la ascesis cristiana tiene modalidades diferentes según los estados de vida: la ascesis del laico casado no tendrá las mismas formas que la ascesis de los religiosos. Desgraciadamente, si las reglas y los medios de la ascesis religiosa se han estudiado ampliamente en el transcurso de los siglos, si gracias a las agrupaciones de laicos, a través de los siglos se ha ido poco a poco poniendo a punto una ascesis de la vida laica, está casi todo por hacer en lo que se refiere a una ascesis adecuada a los cristianos casados. ¡Qué inmenso servicio podríamos prestar los Equipos de Nuestra Señora -ante todo a sus miembros y luego a la Iglesia- emprendiendo esta búsqueda apenas esbozada! Para

lograrlo contamos ahora con la incomparable luz que es el discurso de Pablo VI.

No os sintáis abatidos sin motivo: la ascesis cristiana no es ni triste ni opresora, sino abertura al soplo del Espíritu; nos prepara para Pentecostés, este Pentecostés que cada cristiano está llamado a conocer personalmente.

A esta orientación de la ascesis uniré nuestra intención de conceder en adelante una mayor importancia al compromiso y a la renovación anual del compromiso en los Equipos. Comprometerse en un Movimiento, aceptar un marco, someterse a una disciplina, observar una regla, es una ascesis, un medio de precaverse contra la inconstancia, de contrarrestar nuestro gusto por la independencia, que es con frecuencia una forma de orgullo y de suficiencia, de reaccionar contra una tendencia al individualismo espiritual, a prescindir de los otros en el camino hacia la santidad. Pero es evidentísimo que para alcanzar su plena significación, esta ascesis debe acogerse conscientemente y proseguirse lealmente. Por esta razón, al pronunciar en adelante el compromiso y al renovarlo, deberá precisarse que se está totalmente de acuerdo con la naturaleza, las orientaciones y la pedagogía de los Equipos de Nuestra Señora. En tanto me parece esencial que no se desanimen nunca los esposos que llenos de buena voluntad tienen dificultad por observar las obligaciones de nuestra Carta, del mismo modo me parece ilógico y peligroso que ingresen o permanezcan en el Movimiento aquellos que no están de acuerdo con las finalidades o los medios, o bien que estando de acuerdo con ellos, no tienen voluntad para «jugar el juego».

La práctica del compromiso y de su renovación anual ha contribuido mucho a la fuerza y al desarrollo de nuestro Movimiento. Pero durante estos últimos años, muchos miembros parece que no han medido ya toda su importancia. Hay que rehabilitarse. Y nuestro Movimiento será joven, inventivo, creador, obrero de unidad en la Iglesia, porque él mismo realizará la unidad de sus miembros.

2. °) La escucha de la Palabra de Dios es la segunda orientación general que os propongo, La ascesis, en el sentido de renunciamiento, es una condición indispensable en la vida espiritual, pero continúa siendo insuficiente. No se descubre a Dios sin una activa y perseverante búsqueda, especialmente por la lectura de las Escrituras. Ahora bien, esta lectura tiene sólo un lugar muy limitado en la vida

personal de los esposos, en la vida del hogar, en la vida del Equipo. En lo sucesivo habrá que dedicarse a ella con más entusiasmo. Veremos entonces los milagros que obra la Palabra de Dios, ya que es creadora: hace vivir a los que se abren a su virtud, hace surgir la alegría en el hogar.

Parece ser que si tantos esposos, si tantos cristianos, descuidan el estudio y la meditación de la Palabra de Dios, es por falta de que se les ayude a descubrirla. No faltan, desde luego, los libros y las revistas, pero nada sustituye la búsqueda en común. Por esta razón, en adelante, aparte de los temas sobre la espiritualidad del matrimonio, que se basarán en lo sucesivo en el discurso de Pablo VI, todos los demás estarán centrados sobre la Palabra de Dios, fundamento de toda vida espiritual. Y estoy convencido de que nuestras reuniones en equipos conocerán ese fervor que reina siempre entre los cristianos reunidos para meditar las Escrituras.

3. °) La oración mental es la tercera orientación. Para encontrar a Dios no basta con escucharlo, hay que responderle abriendo y entregando a su Palabra las profundidades de nuestro ser. Esto exige esa oración que se llama «oración mental». Donde falta la oración todo se agosta; donde hay oración todo renace, todo madura. Hay que reconocer sinceramente que si en la reunión de Equipo tiene la oración un lugar destacado, no ocurre lo mismo en la vida personal de la mayoría de los esposos. ¡Muy contrario! Ahora bien, sería inútil pretender convertirnos en hombres oración. No se puede dar testimonio sino de lo que se conoce. Únicamente los seres que rezan -ya se trate de sabios o de personas de escasa cultura no decepcionan cuando hablan de Dios. Y solamente aquel que reza puede exclamar un buen día, lo que decía Job al dirigirse a Dios: «Yo te con *e* sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos.»

En adelante se le pedirá a todo miembro del Movimiento que dedique diariamente a la oración mental, a partir del compromiso, el modesto mínimo de diez minutos. Simultáneamente, se hará un gran esfuerzo, a todas las escalas, de iniciación a la oración, para que ésta sea lo que ya es para tantos de vosotros, un encuentro cotidiano con el Señor. Los Equipos, Movimiento de espiritualidad, serán un Movimiento de oración. ¡Es lógico!

¿Qué vamos a hacer para que estas tres grandes orientaciones se viertan en una realidad concreta, aparezcan con más claridad en los

documentos e inspiren más eficazmente los métodos y la vida de los esposos? La «Carta Mensual», a lo largo del año próximo, tratará de las puestas a punto que se imponen e instaurará un diálogo sobre las modalidades de aplicación.

En la primavera próxima, en la reunión-balance del equipo, todos los esposos deberán responder, no a la pregunta: « ¿Nos encontramos a gusto en el Movimiento?» -éste no es una guardería para adultos-, sino ésta: « ¿Estamos totalmente decididos a comprometernos a fondo en los Equipos, y con la ayuda de los Equipos, en la misión de testigos de Dios, en medio de este mundo al que amenaza sumergir la marea creciente del ateísmo?»

CONCLUSION

Por tanto, me atrevo a deciros, aquí en Roma, sobre el sepulcro de Pablo decapitado por su fidelidad a su misión de testigo de Cristo: Escuchad la llamada de Dios, de la Iglesia y de su jefe visible; a vosotros toca ser los testigos de Dios vivo en este siglo XX en que el testimonio de los esposos toma de pronto una importancia inesperada y considerable.

Añadiré: por favor, escuchad también la interpelación de la joven generación. Que no se pierda en la indiferencia, tras un minuto de emoción, la trágica llamada de aquel estudiante que se suicida convertido en una hoguera, hace ahora unas semanas, ante los ojos de sus compañeros. Después de su muerte se pudo leer en su cuaderno esta confesión dolorosa: « ¡Dios!...se hace difícil creer en él». Habría que lograr que gracias a vuestros hogares donde irradia la presencia del «Dios bienaventurado», del Dios del amor, ya no sea tan difícil creer en El.

10

¡A Dios!

Para cobrar conciencia de nuestra vocación, ver con más discernimiento dónde debemos ir y qué camino debemos seguir, es a veces muy instructivo considerar de dónde venimos y qué etapas hemos recorrido. La perspectiva hace que se nos aparezca llena de sentido la manera como ha llevado Dios las cosas y nos revele una maravillosa solicitud. Lo que es verdad para una persona también lo es para el Movimiento.

A través de este editorial, quisiera invitaros brevemente a una búsqueda de esta clase.

El período de 1937 a 1940, aunque muy corto, fue decisivo. Una generación de jóvenes esposos se encontraba irresistiblemente empujada a interrogar al Señor sobre las riquezas cristianas del amor y del matrimonio. Presentían que iban a hacer descubrimientos admirables. Dos amores constituían para ellos su fuerza, su alegría, su gozo de vivir: el amor de Cristo y el amor conyugal. Aspiraban a responder sin reservas a las llamadas de uno y otro, sabiendo perfectamente por otra parte que el segundo sólo puede encontrar todo su sentido y su dinamismo en el primero.

Entre 1940 y 1945 se elaboró lo que después se ha conocido por la espiritualidad familiar y conyugal. Había mucho entusiasmo por desbrozar terrenos casi inexplorados de la espiritualidad cristiana y por

vivir en equipo esos descubrimientos, bajo la regla que nos habíamos fijado. Las difíciles condiciones de vida como eran la guerra, la ocupación, la pobreza, obligaban a no contentarse sólo con hermosas ideas, sino a conformar a ellas nuestra vida.

A partir del año 1945, se multiplicaron los grupos en Francia y en el extranjero; el movimiento cobraba conciencia de que tenía una responsabilidad de Iglesia: se trataba de compartir lo que descubríamos y lo que vivíamos con todos los matrimonios cristianos que aspiraban a vivir su estado con plenitud. *L'Anneau d'Or*, fundado ese año 1945, representó el medio de difusión. Teníamos muchas esperanzas de que una renovación de los esposos cristianos contribuyera a una nueva primavera de la Iglesia.

El anuncio del Concilio nos pareció la ocasión providencial para aportar nuestra contribución de esposos a la renovación de la Iglesia deseada por Juan XXIII. Centenares de cristianos casados respondieron con entusiasmo a nuestra pregunta: ¿Qué esperan de la Iglesia los matrimonios y qué piensan aportar a la Iglesia? El informe de esa encuesta dio lugar a un número especial de *L'Anneau d'Or*, «Mariage et Concile» (Matrimonio y Concilio) 1962, que enviamos a los Padres del Concilio y que para muchos de ellos representó una verdadera revelación.

Las grandes esperanzas que provocó el Concilio, encontraron profundo eco en nuestro Movimiento. La gente creía que la renovación de la Iglesia, en todos los sectores, iba a estallar como la primavera canadiense que en pocos días hace que se pase del invierno al verano. ¡Qué ingenuidad! Sobrevino la crisis que fue agravándose de año en año; no fue sólo la sacudida de unas instituciones que necesitaban una seria transformación, sino una crisis de fe y de las costumbres en el seno mismo de la Iglesia.

Nuestros Equipos, zarandeados por el enorme movimiento que todo lo ponía en entredicho, sólo lo fueron momentáneamente, ya que al estar los matrimonios sólidamente arraigados en lo real, tienen más facilidad para discernir los proyectos fecundos de la utopía. Además, les ayuda a ello de una manera cruel ciertos acontecimientos familiares totalmente inesperados, ya en su casa o entre familias amigas. Muchos esposos que de la espiritualidad conyugal y familiar habían sacado luz, fuerza y alegría a lo largo de los años, ven a menudo cómo sus hijos adolescentes abandonan la fe cristiana o bien se marchan de casa para

vivir maritalmente sin pensar en casarse: no siempre tiene lugar una ruptura violenta y a veces los jóvenes mantienen buenas relaciones con los padres. Dicen, sencillamente, que no entienden «qué más podría aportarles» la fe por una parte y el matrimonio por otra. Amarga prueba para unos padres que no abrigaban mayor ambición que transmitir a sus hijos lo que es su razón de vivir.

Sé cuánto os agita la crisis de la Iglesia y su repercusión en la familia. Sé que descubristis con más urgencia las responsabilidades que incumben al Movimiento en esta Iglesia. No tengo la menor duda de que los Equipos entran en una fase nueva de su historia. Si acabo de presentaros una breve ojeada retrospectiva, ha sido para ayudaros a descubrir los caminos futuros.

El momento crucial se inició con nuestra peregrinación a Roma el año 1970. He dicho inició; porque queda por llevar a cabo con voluntad férrea un esfuerzo de oración, de reflexión y de transformación, para descubrir la voluntad de Dios sobre el Movimiento y su misión, con fidelidad a la gracia del principio y la inteligencia de las actuales necesidades.

No he querido abandonar mi misión de Consiliario del Movimiento antes de haberse emprendido esta mutación obligada; pero para que se lleve plenamente a cabo serán necesarios diez o quince años, y a los setenta no puede pensarse en llevar a buen puerto semejante empresa. Por esta razón, un sacerdote a quien tengo en gran estima y merecedor de toda mi confianza, el Padre Roger Tandonnet, conocido y estimado por muchos de vosotros, desempeñará en adelante la tarea de Consiliario en el Equipo Responsable.

¿Es preciso que diga que abandonar mi cargo no significa que abandone el Movimiento? Está aferrado a mi corazón. Los padres no abandonan al hijo que funda un hogar; no se sienten menos responsables del destino espiritual de aquél a quien han comprometido en la peligrosa aventura de la vida humana. Pero comprenden que en adelante deben ayudarle como lo hacía Moisés, rezando en la montaña con los brazos tendidos hacia Dios, mientras los israelitas libraban en la llanura un violento combate.

Creo más que nunca en el valor irremplazable de la oración; así es como deseo ayudaros y permanecer presente ante vosotros. Todo mi tiempo, durante los años que me queden de vida y en la medida que de mí dependa, lo dedicaré a rezar y ayudar a rezar a los demás: los

Cuadernos sobre la Oración, los Cursos de oración por correspondencia, la dirección de la Casa de Oración de Troussures y la animación de las Semanas de Oración que allí se celebran, la *Chambre Haute* -el nuevo boletín que he creído oportuno fundar para sostener a los grupos de oración que surgen un poco por todas partes-, la ayuda a esa gran corriente de Renovación que surgida en América acaba de alcanzar Europa ...

Algunos de entre vosotros me han dicho: Déjenos un testamento espiritual. ¿Es necesario? ¿No es mejor, para un discípulo de Cristo, repetir las últimas palabras de su Maestro: «Lo que os mando es que os améis los unos a los otros?» (Jn 15, 17).

Añadiré no obstante: rezad por mí. Al dejaros, tengo conciencia de todo lo que no he hecho ni he sido. No os he incitado con bastante fuerza a seguir a Cristo por el camino de un amor incondicional. La oración me ha llevado a comprender un poco mejor la exigencia de este amor de Cristo; amor tierno e intransigente, amor celoso. Por otra parte, no se trata tanto de llevar a cabo unas hazañas como de tener fe absoluta en Cristo.

Quisiera poder estrechar la mano de cada uno de vosotros, los ojos puestos en vuestros ojos. ¡A DIOS!

11

¿Qué es un Equipo de Nuestra Señora?

1. UN PROYECTO

"Ven y sígueme": esta llamada de Jesucristo se dirige también hoy a cada uno de nosotros, a todos y cada uno de nuestros hogares, invitándonos a abrirnos cada vez más a su amor para poder ser testigos del mismo allí donde nos encontremos.

Aquellos matrimonios que deseen responder a esa llamada del Señor, pero son conscientes de su propia debilidad, confiando en la gracia del sacramento del matrimonio y convencidos de la eficacia de una ayuda fraternal y de la promesa de Jesucristo. «Donde estén dos o más reunidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos» (Mt. 18, 20), se deciden a formar equipo y piden ayuda a un Movimiento: tal es el proyecto común a los matrimonios de los Equipos de Nuestra Señora.

2. UNA FISONOMIA

Un Equipo de Nuestra Señora es una comunidad cristiana de matrimonios.

UNA COMUNIDAD

De 5 a 7 matrimonios que libremente deciden agruparse asistidos por un sacerdote constituyen un Equipo. Nadie entra coaccionado a un

Equipo ni está obligado a permanecer en él. Todos se mantienen en él activos y en fidelidad al espíritu

Sus miembros se comprometen, para llevar fielmente a término el proyecto común, a participar con lealtad en el juego de la vida comunitaria.

Esta tiene sus leyes y sus exigencias propias, que se encarnan en la elección de un cierto número de objetivos comunes y de medios concretos para progresar hacia esos objetivos (cf. 3.ª parte) cada uno hace suyas las opciones de la comunidad, al mismo tiempo que participa en sus actividades.

Cada equipo es a su vez miembro de una comunidad más amplia, el Movimiento supranacional de los Equipos de Nuestra Señora.

UNA COMUNIDAD CRISTIANA

Un Equipo de Nuestra Señora no es una simple comunidad humana; «se reúnen en nombre de Cristo» y quieren ayudar a sus miembros a progresar en el amor de Dios y en el amor al prójimo, para mejor responder a la llamada de Cristo.

Él quiso que el amor que nos comunicó fuera acogido y se pusiera en marcha dentro de una comunidad visible que Él fundó, a la que prometió su presencia, comunicó su Espíritu y confió la misión de irradiar a todo el mundo la Buena Nueva. Esa comunidad es la Iglesia, cuerpo de Cristo, puesta al servicio de la comunidad humana.

Esa gran comunidad está compuesta de pequeñas comunidades de características muy diversas, y que, si no tienen la estructura de aquélla, no por eso dejan de participar en su vida (como cada célula de las del cuerpo entero), a esta vida que es el amor mismo de Cristo por el Padre y por todos los hombres.

Un Equipo de Nuestra Señora es una de esas pequeñas comunidades que aspira a vivir al mismo tiempo injertada en el Padre, en comunión estrecha con la Iglesia y totalmente abierta al mundo.

Su vida tendrá que organizarse en consecuencia, y el sacerdote que «hace a Cristo presente como cabeza de la comunidad» (Sínodo de los Obispos, 1971) la ayudará a no perder de vista su verdadera razón de ser.

UNA COMUNIDAD DE MATRIMONIOS

Un matrimonio cristiano es ya en si una «comunidad cristiana», pero de una originalidad verdaderamente especial.

Por una parte, esta comunidad reposa, en efecto, sobre una realidad humana; la entrega libre, definitiva y fecunda en el amor, entrega que se hacen un hombre y una mujer en el matrimonio. Por otra parte, esta realidad humana se convierte en sacramento en virtud de Cristo, es decir, en un signo que manifiesta el amor de Dios por la Humanidad, del amor de Cristo por la Iglesia y del cual participan los esposos. Cristo está, pues, presente en la comunidad conyugal de manera privilegiada: su amor por el Padre y por los hombres transfigura desde su interior el amor humano. Es por lo que este amor humano vivido cristianamente constituye por él mismo un testimonio de Dios, y es de su plenitud de donde brota la acción apostólica del matrimonio.

La ayuda en el seno de un equipo adopta una forma especial: los matrimonios van a ayudarse unos a otros a «construirse» en Cristo la construcción de un hogar no termina nunca- y a poner su amor al servicio del Reino de Dios.

Los Equipos de Nuestra Señora se ponen bajo la protección de la Virgen María. De esta forma manifiesta su convencimiento de que no hay mejor guía para ir hacia Dios que «la que ocupa el primer lugar entre los humildes y pobres de Dios que esperan y reciben su salvación con entera confianza» (Lumen Gentium, 55).

3. UN CAMINO

Para un cristiano no hay más camino que Jesucristo, Palabra de Dios hecha hombre: «Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc: 11, 22>).

Los Equipos de Nuestra Señora no imponen a sus miembros ningún tipo determinado de espiritualidad: lo único que pretenden es ayudarse a comprometerse en familia en el camino trazado por Jesucristo. Para ello les proponen:

- orientaciones de vida

- puntos concretos de esfuerzo
- una vida de equipo

ORIENTACIONES DE VIDA

La orientación fundamental es la del amor que Jesucristo vino a traernos «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas... y al prójimo como a ti mismo» (Mc. 12,30-31)

Crecer en este amor es tarea de toda la vida: los Equipos de Nuestra Señora proponen a sus miembros ayudarles en este sentido y les piden:

- para ayudarse a progresar en el amor de Dios:
 - que den a la oración un lugar muy importante en su vida
 - que manejen asiduamente la Palabra de Dios y que se esfuercen por ponerla en obra más perfectamente cada día;
 - que profundicen constantemente en el conocimiento de su fe;
 - que frecuenten los sacramentos y en especial el de la Eucaristía;
 - que se preocupen por conocer y practicar mejor cada día la ascesis cristiana.
- para progresar en el amor al prójimo:
 - que practiquen una verdadera ayuda conyugal (escucha, diálogo, participación) en todos los terrenos, en particular en el terreno espiritual;
 - que se preocupen constantemente de la educación humana y cristiana de sus hijos;
 - que practiquen ampliamente la acogida y la hospitalidad en su hogar;
 - que testimonien concretamente el amor de Jesucristo, en especial por uno o varios compromisos eclesiales o cívicos.

PUNTOS CONCRETOS DE ESFUERZO

La experiencia demuestra que, sin ciertos puntos concretos de aplicación, las orientaciones de vida corren el riesgo de quedarse en letra muerta. Por eso los equipos proponen a sus miembros:

- que se comprometan a seis puntos muy precisos, que se suelen conocer con el nombre de «obligaciones»;
- que pidan a los miembros de su Equipo que les controlen y ayuden en el cumplimiento de los puntos mencionados: es lo que se conoce por «participación» en las reuniones mensuales.

Los seis puntos son los siguientes:

1. “Escuchar” asiduamente la Palabra de Dios;
2. Reservar todos los días algún tiempo para un verdadero "encuentro con el Señor" (oración);
3. Encontrarse cada día juntos marido y mujer en una oración conyugal (y si fuera posible, en una oración familiar);
4. Dedicar cada mes el tiempo que sea preciso para un verdadero diálogo conyugal bajo la mirada de Dios (deber de sentarse);
5. Fijarse una «regla de vida» y revisarla todos los meses;
6. Ponerse cada año ante el Señor en matrimonio, si es posible- durante un retiro de 48 horas como mínimo, para reflexionar y planificar la vida en su presencia.

VIDA DE EQUIPO

El Equipo no es un fin en sí mismo, es un medio al servicio de los miembros, que les permitirá:

- vivir tiempos fuertes de oración comunitaria y de participación;
- ayudarse eficazmente a caminar hacia el Señor y a testimoniar de Él.

Como en la vida de toda comunidad cristiana, podríamos distinguir esquemáticamente tres aspectos, tres grandes momentos de la vida del Equipo:

- cuando, en Jesucristo, el Equipo se vuelve hacia el Padre para acoger su amor;
- cuando, en Jesucristo, el Equipo vive ese amor: «No tenían más que un corazón y una sola alma» (Ac. 4, 32);

- cuando, impulsado por el Espíritu de Jesucristo, el Equipo envía a sus miembros al mundo para revelarles ese amor.

Estos tres aspectos son los que se viven fundamentalmente a lo largo de la reunión mensual, que suele consistir en:

- una comida, que constituye, sobre todo, el tiempo de la amistad;
- una oración en común, como centro y cumbre de la reunión (y que puede consistir a veces en la celebración de la Eucaristía);
- una «participación» y una «puesta en común», que son los momentos fuertes de la ayuda mutua y, sobre todo, de la ayuda espiritual y apostólica;
- un intercambio sobre el tema de reflexión de cada mes, que es propiamente el tiempo de reflexión en la fe.

Con todo, la vida del equipo no se reduce a la reunión mensual. Durante todo el mes, los miembros del Equipo prosiguen orando por los miembros de su Equipo y por sus intenciones, y ayudándose en las formas precisas que cada Equipo se fije.

Los componentes de un equipo escogen cada año a uno de los matrimonios como «responsable» del mismo, y es el que se compromete a que todos participen de hecho en la vida comunitaria del equipo, de suerte que la ayuda mutua resulte eficaz y que todos los que componen el Equipo se sientan aceptados, queridos y tomados a cargo de la comunidad.

El matrimonio responsable es el que se ocupa de que todos los miembros de su Equipo demuestren que pertenecen a los Equipos de Nuestra Señora, invitándoles:

- a nivel de Equipo:

- a la reunión mensual;
- a que la preparen con oración y reflexión;
- a que lleven a ella por escrito el fruto de sus reflexiones sobre el tema de cada mes;

- a nivel de Movimiento:

- a que sigan al día la vida del mismo por la Carta del Movimiento, y sobre todo por la lectura de su Editorial.
- a que procuren vivir las orientaciones que el Movimiento da para todos y que colaboren en sus iniciativas.
- a que tomen parte en las reuniones que se organicen a distintos niveles;
- a que participen en la vida del Movimiento y en su misión apostólica:
 - aceptando responsabilidades;
 - con una participación anual calculada lealmente en base a los ingresos de un día;
- incorporando a su oración las intenciones de cada uno de los miembros del Movimiento.

CONCLUSION

Los Equipos de Nuestra Señora son un movimiento de espiritualidad conyugal. Proponen a sus miembros una vida de equipo v medios concretos para ayudarles a progresar en familia en el amor de Dios y del prójimo. Así les preparan para el testimonio, cuya forma será escogida por cada hogar. De modo que si los Equipos no son un movimiento de acción, quieren ser, sin embargo, un movimiento de gente activa.

12

Hacia el porvenir

Después de leer los distintos textos de este libro, se capta mejor el espíritu de los Equipos de Nuestra Señora, los esfuerzos realizados para que entre este espíritu en la vida de los hogares. Pero un ser vivo no deja de evolucionar al reaccionar según lo que es y lo que le rodea. Y un movimiento es algo vivo. La intuición que ha precedido a su inicio sigue llevándole adelante desde dentro. El medio donde va creciendo lo lleva a adaptarse sin renegar de sí mismo.

Se puede aplicar a los Equipos de Nuestra Señora lo que el Concilio Vaticano II dice de la renovación de las instituciones religiosas (Decreto sobre la renovación adaptada de la vida religiosa, n. ° 2), guardando las proporciones de los movimientos laicos.

«Esta renovación, bajo el impulso del Espíritu Santo y con la guía de la Iglesia, ha de promoverse de acuerdo con los principios siguientes:

1. La norma última de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo tal como se propone en el Evangelio.
2. El Movimiento debe tener «su carácter y función particular. Por tanto reconózcense y manténganse fielmente el espíritu y propósito propios» del fundador.
3. El Movimiento debe «participar en la vida de la Iglesia»
4. El Movimiento debe promover en sus miembros «conveniente conocimiento de la situación de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia» para aportar a los hombres de este tiempo la ayuda más eficaz.
5. Hay que considerar seriamente que las mejores acomodaciones a las necesidades de nuestro tiempo no surtirán efecto si no están

animadas de una renovación espiritual, a la que hay también que conceder siempre el primer lugar en la promoción de las obras externas.»

A la luz de estos principios, resulta posible abrir pistas para el porvenir de los Equipos de Nuestra Señora. Lo haré brevemente refiriéndome a la reciente intervención del Padre Caffarel ante los Responsables Regionales, en Chantilly, el 30 de abril de 1987. Definió el «carisma fundacional» de una institución o de un movimiento de Iglesia como una intuición que no es solamente humana, sino que viene de una inspiración del Espíritu. Inspiración de la cual no se tiene en general conciencia al principio, pero que a menudo aparece con evidencia después de varios años. Esta intuición se desarrolla en el tiempo, como el impulso vital que de un pequeño fruto hace surgir un gran árbol. Le proporciona dinamismo al Movimiento y dirige su desarrollo: éste la realiza a la vez que la revela. De esta manera y retrospectivamente, se puede distinguir en el carisma fundacional de los Equipos de Nuestra Señora lo siguiente: *lo que se ha visto con claridad, lo que no se ha visto bien y lo imprevisto*. Algunos aspectos aparecieron en seguida; otros permanecieron mucho tiempo en la sombra; otros por fin van surgiendo de las tinieblas a la luz de la actualidad. Examinarlos nos preparará el terreno para las cosechas futuras, cosechas que solamente podrán madurar bajo el sol de la oración. El Espíritu que estuvo en el nacimiento sigue presidiendo el crecimiento.

A PLENA LUZ

La aparición de los primeros grupos de hogares fue como la eclosión de una primavera dentro de la Iglesia. Desde el principio, se hicieron algunos descubrimientos. Siguen siendo hoy el núcleo radioactivo de los Equipos de Nuestra Señora. Puestas debidamente de relieve en los documentos anteriores, basta con enumerarlas con algunas palabras.

a) El matrimonio es obra de Dios. Es la cumbre de la creación. Esta, como nos lo dice el Génesis termina con la *pareja humana*: «Dios creó el hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó» (Gen. 1, 27). Y cuando Cristo habla del matrimonio, recuerdo los principios para concluir: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (Mt. 19, 6)

b) El matrimonio tiene un alma: es el *amor*. Vale lo que vale el amor.

Tiene la profundidad y la solidez de este amor. Si el amor que acerca a un hombre y a una mujer no es más que efervescencia sentimental, el matrimonio corre muchos riesgos. Si es un compromiso total del ser, corporal y espiritual, tiene todas las probabilidades para seguir adelante.

e) Pero también es cierto que el *pecado* está actuando en la pareja como en el individuo. Por eso el matrimonio necesita ser salvado y santificado. Es la obra de Cristo que actúa por los sacramentos y muy especialmente por el *sacramento del matrimonio*. A través de este sacramento, Cristo actúa en el corazón de la pareja para transfigurar poco a poco este amor que tiene su fuente en el corazón de Dios y se llama *ágape* divino.

d) Aparece así que el *sacramento del matrimonio* es el camino de santidad de los esposos. Mucho antes del Concilio Vaticano II, los Equipos de Nuestra Señora lo han repetido: todos los miembros del pueblo de Dios están llamados a la santidad. Para el cristiano casado, la vía se abre a través del sacramento del matrimonio: Cristo se compromete entonces en el camino de los dos cónyuges. El amor conyugal va adaptando poco a poco su ritmo al del corazón de Cristo.

e) El sacramento inaugura en efecto un *estado de vida*. La vida conyugal y familiar con su dinamismo y sus exigencias es el gran medio de santificación de cada uno de los esposos y de la pareja. En ella el amor se ejercita y se fortifica. Se va purificando del egoísmo si los esposos aceptan renunciar a cosas a lo largo de la vida cotidiana.

f) Para que así sea, es necesario elaborar una *espiritualidad conyugal y familiar*. Los hogares sacarán de ella las luces necesarias para santificarse. Esta espiritualidad seguirá el camino de los esposos para llevarlos a vivir todas las riquezas y exigencias de la vida cristiana, dentro del matrimonio y con la gracia del sacramento.

g) Por fin esta espiritualidad necesita tomar cuerpo en una *Carta Fundacional* que será de alguna manera para los cristianos casados lo que la «reglas» para los religiosos.

Estas son las grandes convicciones que presidieron el nacimiento y el crecimiento de los Equipos de Nuestra Señora.

Estos han tenido una primavera alegre y explosiva que les ha llevado a

todos los continentes. Pero la vida les ha enseñado y las dificultades encontradas han hecho surgir de la sombra otros elementos que no se percibían con claridad al principio.

EN LA SOMBRA

Qué bien iban estos matrimonios jóvenes por la ruta de la santidad. Parecía que su impulso les iba a llevar pronto a la plenitud de la intimidad con Cristo. Parecía que iban a decir como San Pablo: ¡no soy yo vivo, es Cristo quien vive en mí, quien vive en nuestro hogar! ¿Entonces cómo explicar lo que muchos pronto empezaron a constatar: un ritmo más lento, un desgaste, una rutina -o peor aún a veces un fracaso?

El Movimiento tenía razón al apoyarse en el dinamismo del amor. Pero también había que contar con la acción insidiosa del egoísmo en el corazón del hombre. No se había insistido lo suficiente sobre dos preceptos inseparables que Cristo dio a los que le querían seguir: amarás (Le. 10, 27-28) y renunciarás (Le. 9, 23-24). Por eso demasiadas parejas se acordaban de lo primero y se olvidaban de lo segundo: en el camino de Cristo iban cojos. ¡Así no se podía ir muy lejos!

Conviene recordar siempre a los esposos que tienen que caminar teniendo en cuenta el amor y la abnegación. Una abnegación inherente al verdadero amor y que es como la otra cara del amor. No se trata de realizar prácticas artificiales, sino de acoger la gran exigencia del amor: vivir siempre «para ti». Esto es cierto para el amor conyugal y también para el amor de padres. Es eminentemente cierto para el amor a Dios. El amor se vuelve soso sin la sal de la abnegación. La abnegación le da brillo al amor.

Cosa extraña: un componente del amor conyugal no ha llamado suficientemente la atención a lo largo de la historia del Movimiento: la relación sexual. No se ha hecho una reflexión atenta, las enseñanzas al respecto han sido someras. Nos tendríamos que haber esforzado en profundizar más el sentido humano y el sentido cristiano de la sexualidad. Habría que haber escrutado más atentamente las grandes leyes del progreso de la vida sexual de la pareja cristiana. Ya que se ha reconocido esta importancia, hay que ponerse a trabajar.

La relación sexual es un elemento del dinamismo conyugal. ¿Quién no ha conocido a parejas cuya alegría, solidez, irradiación se deben en gran parte a la vida sexual recta y armoniosa? Para llegar a esto, los esposos necesitan conocer las grandes leyes humanas de una vida sexual lograda. Es difícil salvaguardar la moralidad sin una calidad humana de las relaciones sexuales. ¿Cuántos padres hablan de esto con sus hijos? ¿Cuántas preparaciones al matrimonio informan a los jóvenes? ¿Cuántas parejas tienen de ello una opinión clara y equilibrada? Por extraño que parezca, y a pesar de la superabundancia actual de las obras sobre sexualidad, queda por estudiar el *sentido humano* y el *sentido cristiano* de la vida sexual para llegar a la realización y a la santidad de la pareja.

Así, pues, con los años parece que dos aspectos de la vida de las parejas no se han visto lo suficiente y por ello no se han enseñado lo suficiente dentro de los Equipos: la importancia sin par de la abnegación para que crezca el amor y el papel esencial de una vida sexual bien entendida y bien vivida. Pero otra toma de conciencia se ha impuesto poco a poco que no concierne ya a la vida espiritual del hogar, sino el Movimiento en sí: su misión dentro de la Iglesia.

Al principio, la idea de una misión era algo que no atañía a los primeros grupos de hogares. El desarrollo inesperado de los Equipos de Nuestra Señora, las reacciones que suscitaron, llevaron a pensar que respondían a una voluntad de Dios. La acogida calurosa, que Juan XXIII y Pablo VI hicieron al Movimiento, confirmó esta idea al fundador y a los responsables. A lo largo de los años, después de reflexionar, los aspectos varios y las exigencias de esta misión fueron tomando cuerpo.

Evidentemente, el nacimiento y el crecimiento de un Movimiento de hogares, y de hogares deseosos de santificarse dentro y por el matrimonio, ha sido un gran acontecimiento de la Iglesia: se volvió a cuestionar maneras de pensar y de hacer, juzgadas hasta ahora inamovibles.

Primer hecho insólito: un Movimiento católico que no agrupa individuos, sino parejas. La pareja como tal no tenía entonces lugar en el pensamiento y en la práctica de la Iglesia. El Padre Caffarel nos lo prueba con esta anécdota que es simbólica. En 1939, nos cuenta, fui a llamar a la puerta de una casa de ejercicios: « ¿Podrían acoger a unos

diez hogares para unos ejercicios de tres días? -«Naturalmente», respondió el padre director, pero en seguida: «¿Pero, habrá mujeres?». -«Claro que sí». «Entonces imposible».

En aquel momento se concibe la Iglesia como la reunión de individuos tomados uno a uno: Si algunos se casan, libres son de hacerlo como de hacerse ingenieros o comerciantes, investigador o poeta. Se ocultaba el hecho de que esta misma Iglesia, que engendra hijos de Dios a través del sacramento del bautismo, realiza también la unión del hombre y la mujer a través de otro sacramento, unión que es, según Juan XXIII «verdadera célula de Iglesia». La Iglesia vigila el crecimiento del bautizado en la gracia; también tiene que promover el crecimiento espiritual de los que unen por el sacramento del matrimonio. Un movimiento de hogares aparecía, pues, por lo menos para algunos, como un medio providencial ofrecido a la Iglesia para llevar a bien su misión educadora con la pareja.

¿Quiere esto decir que con los Equipos de Nuestra Señora las parejas cristianas adquieren del día a la mañana derecho de ciudadanía dentro de la Iglesia? Desde luego que no. De hecho, la pareja molesta algo. No se alude a ella en las obras de teología o en los tratados de espiritualidad. El interés de la Iglesia se concentra, en los últimos años, en este mamífero asexuado que, sin embargo, no aparece en la gran gesta creadora: el laico.

Sí, la pareja molesta. Su emergencia en la espiritualidad hace tambalear una convicción arraigada con fuerza en el mundo católico: si un hombre o una mujer se creen llamados a la perfección evangélica, tienen que renunciar al matrimonio para retirarse del mundo. Pero, veinte años antes de que Vaticano II recuerde solemnemente que todos los bautizados están llamados a la santidad, unos cristianos casados manifestaban su voluntad de tender a ella y de unirse para progresar.

¿De dónde venía el bloqueo? Pues de esta consecuencia sorprendente para la época: la vida sexual se veía así trasladada a medio de perfección. Hacía siglos, sobre todo con el jansenismo, la espiritualidad corriente consideraba con recelo y muchas veces con desprecio las realidades terrenales, especialmente las realidades sexuales. Habría que revisar las posturas adquiridas, admitir que la frontera entre el bien y el mal no pasa entre el espíritu y la materia,

sino entre el amor y el egoísmo, entre el don de sí y el deseo.

En otro terreno, este Movimiento de parejas hacía tambalear un concepto corriente: la de la salvación individual o más bien individualista. Era la época en que en las Iglesias se cantaba: «No tengo más que un alma que hay que salvar». Desde luego que la salvación depende de la libre respuesta de cada uno a Dios. Pero no se realiza más que con la ayuda de los demás y a través de la realización común del último precepto de Cristo en el momento de dejar a los suyos: «Amaos los unos a los otros como Yo os he amado». ¡Marido y mujer, amaos! ¡Hogares reunidos en Equipo por Dios, amaos!

No se trata para vosotros y según la fórmula de entonces de «cultivar vuestra belleza» cada cual en su rincón. Los esposos cristianos tienen que ser «cooperadores de Dios», según palabras de San Pablo, de Dios creador y salvador. Primero por la transmisión de la vida. Y más ampliamente por pertenecer a este gran movimiento de la madurez del mundo y de la humanidad que sigue desarrollándose hoy ante nuestros ojos. Por los frutos quedareis en todos los terrenos, se juzgará la calidad cristiana de vuestra vida conyugal, de vuestra vida de Equipo.

Fue desde luego un gran acontecimiento de Iglesia el que surgiera un Movimiento de hogares que aspiraban a la santidad, en los años cuarenta. Un gran acontecimiento. Hoy los Equipos de Nuestra Señora tienen de ello más conciencia que nunca. No para glorificarse. Sino para dar gracias. Y también para sopesar su actual responsabilidad en la Iglesia y en el mundo.

SURGIENDO EN LA SOMBRA

La gigantesca evolución de la sociedad en la que estamos sumergidos plantea unas preguntas inéditas a los Equipos, que no era posible que surgiesen hace cincuenta años. Justamente van saliendo de la sombra. No se puede más que dejar planteadas algunas y dejar la investigación abierta.

a) ¿Quiénes son las parejas jóvenes que entran hoy en los Equipos? ¿A qué valores están sensibles? ¿A qué tentaciones se ven enfrentadas? ¿Cómo adaptar la pedagogía de los Equipos para acogerles y hacerles caminar hacia la meta que no cambia: la santidad?

b) ¿Qué esperan del Movimiento las parejas que ya pertenecen

hace veinte, treinta, cuarenta años? Algunos han caminado con buen paso por la ruta de Cristo: llegan a etapas más avanzadas de la vida cristiana, ¿El Movimiento les ayuda? Desde luego no es fácil contestar, ya que dentro de un Equipo no todos avanzan a la misma velocidad, todos los cónyuges no oyen la misma llamada a la vez. Pero el Movimiento tiene que responder a la espera de estas parejas.

e) ¿Y los padres enfrentados con los problemas de los hijos mayores? ¿No sería bueno elaborar para ellos una visión renovada de la educación cristiana? La transmisión de la fe, que parecía algo normal en una época estable, ahora se hace problemática. Con esto parece que decae un cierto fariseísmo: ya no se pertenece al grupo de los «buenos» donde hay que mantener a los hijos. Nos vemos con ellos entregados a la acometida de las fuerzas del mal. Un único recurso: Cristo. La oración se hace intercesión. La santidad de los padres aparece como una urgencia. El testimonio de una total coherencia entre fe y vida se impone más que nunca. Los padres están al lado de sus hijos para el combate de la fe. Y este combate en algunos países puede llegar al martirio. ¿No cambia esto los datos de la educación?

d) Otra cuestión que no se planteaba hace cuarenta años a un Movimiento de parejas jóvenes: ¿Cómo ayudar a los hogares a descubrir y a vivir en profundidad el sentido cristiano de la jubilación, de la vejez, de la muerte, de la viudez? En el terreno espiritual, hay que seguir subiendo. Como decía San Pablo: «antes, aunque en nosotros el hombre exterior se vaya desmoronando, el interior será renovado de día en día» (2 Cor. 4, 16) «El otoño de la vida» ya hace algo al respecto: ¿llega esta acción a bastantes hogares?

e) ¿Y el paro? Los Equipos de Nuestra Señora no pueden dejar de preguntarse cómo ayudar a sus miembros que padecen esta situación tan temible para el equilibrio humano y espiritual del individuo y de la pareja... ¿Y de una manera más amplia, qué hacer para luchar contra este mal a nivel de la sociedad?

Estas pocas pinceladas no son exhaustivas. Otros interrogantes surgen o van a surgir de la actual coyuntura. El Movimiento -es decir, todos nosotros- se debe preparar para hacerles frente, cada vez más arraigado en el carisma fundacional.

¿No hace hoy el cielo un guiño a los Equipos de Nuestra Señora? En el

momento en que festejan sus cuarenta años de la Carta Fundacional y en que trabajan para su renovación, he aquí que el Papa decreta un año mariano. Que esto nos recuerde que no se puede hablar del carisma fundacional de los Equipos de Nuestra Señora sin evocar a María, a cuya conducta e intercesión han recurrido desde el principio... Anclados en la intuición original, atentos a las realidades presentes, los Equipos de Nuestra Señora ven abrirse ante ellos un porvenir prometedor donde su tarea está a la medida del don inagotable de Dios. Con Nuestra Señora, repiten:

«ECCE... FIAT... MAGNIFICAT... »



Equipos de Nuestra Señora
Súper Región de España

SECRETARIADO ESPAÑOL

San Marcos, 3 – 1º - 1ª 28004 MADRID

<http://www.equiposens.org>